

42054298

200

ISIDORO ACEVEDO

IMPRESIONES DE UN VIAJE Á RUSIA

PRÓLOGO

DE

JUAN IBERO



OVIEDO

Imp. Hijo de A. P. Santamarina
Canónica, 18, teléf. 509

1923

Explicación preliminar

Hace ahora un año próximamente, conversaba yo con JUAN IBERO—seudónimo que oculta al erudito autor de CUENTOS DE LA TIERRA QUE FUÉ DE LOS ZARES—acerca de una controversia que mantuve en LA AURORA SOCIAL, en los últimos tiempos que dirigi ese periódico, con el P. José D. Gafo, rector entonces del Colegio de Santo Domingo, de Oviedo, y uno de los más cultos propugnadores de la Democracia Cristiana en España. «¿Por qué no termina usted aquella controversia y hace con ella y algunos trabajos más un libro? —me interrogó de pronto el inteligente políglota—. Me ofrezco á prologarlo.»

La idea del libro obedecía á que, interrumpida dicha controversia en su última parte, en la contestación con que yo debía cerrarla, no parecía bien proseguirla en periódico distinto, ni siquiera en el que empecé á dirigir después de dejar LA AURORA SOCIAL, y en este último nada tenía ya que hacer desde el momento de mi separación del partido socialista.

Una respuesta consonante con el deseo de JUAN IBERO animó á éste de tal modo, que á los pocos días ponía en mis manos el original de su generoso prólogo.

Preocupaciones de otra índole y labores inaplazables me impidieron realizar antes la sugerión de JUAN IBERO. Y si ahora me decido á no demorarla más es porque habiendo comenzado en el Ateneo de Madrid las conferencias que continué en Vizcaya, Santander y Asturias, sobre impre-

ES PROPIEDAD

A 3094

4624489



siones de mi viaje á Rusia, no fueron pocas las personas que me acuciaron á recoger en un volumen lo que me oían en esas conferencias. De una de ellas —la que pronuncié en el Ateneo de Gijón— conservo un amplio esquema, y sobre él, y ayudado de mi nada feliz memoria, he procurado reconstruirla.

Es esa conferencia de Gijón la que bautiza el presente libro. Adopto, por tanto, la costumbre de los autores que rotulan los suyos, cuando están, como este mío, integrados por diferentes trabajos, con el título de uno de ellos.

Y he aquí explicada la génesis de este libro y el por qué de su aparición ahora. El bondadoso amigo que lo prologa sabrá disculpar la tardanza, y hasta presumo que se alegrará de ella al adentrir que una circunstancia no prevista cuando conversábamos hace un año me permite tratar hoy de un país por él también visitado y que en el espíritu de los dos dejó huellas eternas.

EL AUTOR

Oviedo, junio de 1923.

PRÓLOGO

En todos los tiempos fué Asturias creadora de hombres de un amplio sentido de la vida, como si las montañas bravías que les cobijan, á la vez que les impiden los dilatados horizontes, exentos de bruma, buscasen en el cerebro la lejana dilatación de luminosas perspectivas en el campo científico, político y social.

Los grandes hombres asturianos se caracterizan por su empeño en abrir nuevos caminos á la idealidad y por su consagración á la defensa de ideas de libertad, amor y belleza.

Sería larga la enumeración de los grandes hombres del pensamiento asturiano que enaltecen las páginas de nuestra Historia. Asturias ha conquistado también el alto honor de ser la tierra de los grandes héroes de nuestras epopeyas nacionales, en aquellos tiempos en que la razón tenía que ser suplantada por la espada.

Pero no es nuestro intento entrar en el sagrado panteón de la Historia para desempolvar figuras consagradas con hechos de armas; nos limitaremos solamente al proceso de las ideas en nuestro país, en relación con el objetivo de la obra que prologamos.

No debemos, sin embargo, pasar por alto algunos pormenores respecto á aquellos insignes pa-

tricos que, todavía hace poco más de un siglo, llevaron la voz en el alzamiento nacional contra la invasión napoleónica, que tuvo principio en Asturias.

Heroísmo, vigorosa resolución, abnegado desinterés, exaltación en favor de la libertad, fueron las características de aquellos hombres, directores y dirigidos, del movimiento, sanos de alma y de cuerpo, los cuales, á la hora en que la nación destina el solio para los héroes, hallaron el anatema de un tirano. ¡Nunca falta, en la Historia, un déspota que intente echar por tierra las más sublimes empresas y santas virtudes!...

Al grito de «viva Fernando VII», que encarnaba la independencia patria, se les contestó con el odio y la persecución. ¡Cuánta sangre corrió! ¡Cuánta desventura había de costar á la nación tan deplorable ceguera!... Los mismos que vertieron su sangre por conquistar el trono que aquel rey abandonara cobardemente, viéronse pagados por éste con las prisiones, el destierro y la horca. Nunca con mayor propiedad pudiera aplicarse, como en este caso, el viejo refrán: «así paga el diablo á quien bien le sirve», compendio y manifestación del sumo grado de la ingratitud.

Todo cuanto había de ilustrado y liberal en España vióse obligado á buscar refugio en extrañas tierras para evitar el ensañamiento del verdugo coronado. El fantasma negro del clericalismo no dejó en aquella ocasión, como en otras muchas, de proyectar su maléfica sombra sobre la luz de la libertad.

He aquí algunos partes de los generales franceses, que reflejan, como siempre, el afán del clero de lanzar en la sima de lo absurdo al pueblo español:

«El Consejo Supremo de la Inquisición fué más

sumiso que las demás autoridades. En el fervor de su celo, dirigió exhortaciones á los ministros de la religión para llamar la animadversión del pueblo contra los instigadores de *excesos semejantes al motín escandaloso del 2 de mayo.*»
(El general Foy.)

Verdaderamente, ¿qué hubiera podido esperarse de aquella institución, aberración inconcebible del intelecto humano?

He aquí otro modelo:

«Por aviso particular sé que La Romana se embarcó en Gijón y que el obispo de Oviedo salió á recibir á Mr. el duque Elchingen (Ney) para prestar obediencia...»

Cuando la Audiencia de Oviedo, adicta á los franceses, llamó á las autoridades eclesiásticas para ver de contener los ímpetus de libertad del pueblo, el obispo de Oviedo habla á la multitud desde el corredor de aquella casa, encargando el orden, la tranquilidad y la obediencia á las autoridades. ¡Siempre en los labios el encargo de la obediencia, creadora de déspotas y de tiranos!...

En 1812 y 1813, el Cabildo de la catedral de Oviedo hace la petición del restablecimiento de la Inquisición con todas sus consecuencias, que Napoleón había abolido, y al cual debimos, por entonces, aquella gracia.

Pero ya no eran tiempos aquéllos de sumisiones serviles. Los asturianos tenían presente el aforismo latino *Servile caput nullum jus habet* (el esclavo no tiene derechos), y haciendo un inaudito esfuerzo de bravura pudo aquel reducido número de patriotas hacer frente al vencedor en Marengo y Austerlitz.

Un hombre hay entre aquellos abnegados patrios que nos interesa grandemente, no sólo por la parte activa y acertadas disposiciones de su

sólidamente equilibrado cerebro, puestas á tributo de la causa de la Independencia, sino como escritor y sociólogo insigne. Nos referimos al eminente Flórez Estrada, que había de adquirir con el tiempo un nombre ilustre y respetado, en su país y en toda Europa. Día llegará en que se haga verdadera justicia á este sabio defensor de la causa de la libertad, en el lato sentido de la palabra, tan ingratamente perseguido por la intransigencia y casi olvidado hoy por sus conterráneos, á pesar de haber elevado el nombre asturiano á ingente altura.

Entre los sabios que admiten como legítima la propiedad común de la tierra se halla Flórez Estrada, que ha defendido las nuevas teorías económicas con verdadero tesón y sólidos conocimientos. Fué el primero que de una manera científica trató estos asuntos en España, iniciándola en la ciencia de Adam Smith, Say y Ricardo. Bendigamos su augusta memoria.

La evolución de las ideas se orientó en Asturias, desde tiempos antiguos, de derecha á izquierda. En las primeras Cortes constitucionales, los diputados asturianos proyectaban radicales reformas, desempeñaban con lucimiento cometidos que ponían á gran altura su genio de hombres notables en algún ramo del saber.

El nombre excelsa de Riego, ídolo de los liberales de aquellos tiempos, dejó una estela indeleble, que nos habla claro sobre la magnitud de nuestros hombres de pensamiento y de acción.

Es necesario también consignar que ya allá por el año 55 un diputado asturiano fué de los primeros en proclamar en el Congreso el principio de la tolerancia de cultos.

Aquella evolución de las ideas se acentuó en estos últimos tiempos, siguiendo á pasos agigan-

tados el derrotero de la izquierda. Y es natural que así ocurra. La ley del contraste tiene en política su justificación. Contra los bandos privilegiados y avasalladores, usufructuarios del Tesoro, hubieron de levantarse otros bandos contrarios, que tendiesen á establecer, de algún modo, el equilibrio de aquellos privilegios.

El Poder español, en las manos cerrilmente reacias al progreso de nuestros gobernantes, empeñados en retener al país en los oscuros recintos de la tradición y del atraso, ha puesto en comoción otro poder: el que constituyen los rebeldes al ominoso yugo, los cuales forman hoy en nuestra provincia una formidable legión.

Como en todas partes donde el humilde se puso en pugna contra el capitalismo, consumidor del producto del trabajo, las luchas fueron aquí muy enconadas.

Los primeros conatos de organización en Asturias y las primeras huelgas ofrecen un caudal edificante de sabia enseñanza para los escépticos, para aquellos que, influenciados sin duda por el ancestral fatalismo, aún no han querido tomarse el trabajo de examinar detenidamente la condición paria del obrero de antes con relación al obrero de hoy, gracias á su organización.

Cuando el misero proletariado asturiano apenas soñaba todavía en el Socialismo redentor, ya en otras regiones, más adelantadas en la industria y, por lo tanto, con mayor contingente de obreros, existía la lucha social. A aquella época de los albores del Socialismo español pertenece el ilustre campeón Isidoro Acevedo, asturiano también, digno continuador de las tradiciones liberales de nuestros antepasados, nacido en un pintoresco pueblo de la costa, frente al impetuoso mar cántabro.

La inmensidad del mar y los embates de las olas contra el rocaje, que en su labor perseverante llegan á perforar; sus avances y retrocesos en un incesante bregar, con alternadas agitaciones coléricas, magno esfuerzo y calmas momentáneas, han inspirado, indudablemente, á Acevedo el sentido de la vida de los humildes, que, en el incesante bregar de las luchas sociales, van perforando, con gran perseverancia, la roca viva del capital y de la intransigencia, á la vez que allanan las asperezas de la inteligencia.

En la famosa huelga del 82, de la Sociedad de Tipógrafos de Madrid, ya era huelguista Acevedo. Allí pudo oír la palabra cálida de Pablo Iglesias, padre del partido socialista español, el cual, como Quejido y otros significados luchadores por el santo ideal socialista, salió de aquella valiente Sociedad. Sin duda por estar siempre cerca de las letras, fueron también los primeros en acercarse á las luchas de manumisión económica.

Ingresó Acevedo en el partido socialista en 1886, en la Agrupación de Madrid. Colaboró en los primeros números de *El Socialista*, de cuyo Consejo de Redacción formó parte después. Desde aquella época recorre un camino glorioso de abnegado maestro de las multitudes, sumidas en el atraso en que las tienen las clases dirigentes.

Fué director del periódico *La Voz del Pueblo*, de Santander, en el que hizo campañas de imperecedera memoria. Asumió el cargo, reiteradas veces, de presidente de la Agrupación Santanderina y contribuyó á la creación de la Federación Obrera de aquella capital.

Muchas veces fué procesado. ¿Quién pudiera dudarlo? «La verdad forja cerrojos carcelarios», ha dicho Víctor Hugo. Y, como tam-

bién se puede deducir fácilmente, fué siempre blanco de las injurias de la Prensa reaccionaria. ¿Pero qué caso se puede hacer de los impropios injuriosos de los hombres retrógrados á los adalides de la liberación de los oprimidos? ¿Quiénes fueron más cargados de vilipendios que Antonio Maceo y José Rizal, por la reacción española? Sin embargo, sus arrogantes figuras, vaciadas en el bronce, yérguense hoy en las plazas de sus respectivas ciudades, como magnífico triunfo de la idea que sustentaron y baldón permanente de los que intentaron mancharles con la calumnia.

Acevedo fué condenado en una ocasión por supuestos agravios á la Iglesia católica. Los hombres que concedan atención al librepensamiento, por fuerza han de combatir á la institución católica española, puramente política, obscurantista, la cual no tiene de cristiana más que el nombre, y aun éste debiera desaparecer de su credo para no empañar la memoria del que sufrió el martirio por libertar al género humano de la garra de los césares, escribas, mercaderes y fariseos, que son precisamente los que componen hoy el catolicismo español.

A los ritos, esencialmente paganos, del catolicismo va unida siempre la política retrógrada. Al rito incomprendible para el pueblo, va agregada la plática comprensible, que dejó de ser comúnmente la palabra humilde del Evangelio para convertirse en arenga tonante de la política, que según los tiempos y circunstancias se llamó política fernandista, carlista, jaimista, mellista, maurista...

Pero lo que repugna más á toda conciencia honrada es el afán de todos los católicos al uso de encaminar sus actividades á combatir al So-

cialismo, en vez de dirigir sus esfuerzos hacia el saneamiento de su propio organismo católico, corrompido hasta los más bajos fondos; y para inmiserirse en todo y atraerse el rebaño que se desmanda, no vacilan en disfrazarse de *demócratas*, y emplean, en su Prensa, nuestra terminología, como medio sagaz de seducción; y cuando el incremento del Socialismo constituye para ellos una seria amenaza, las hienas de la Inquisición, los tigres de las guerras carlistas, los lobos hambrientos del fanatismo negro, vistense con pieles de cordero para mejor cazar incautos, y hasta solicitan las columnas de los periódicos avanzados para insinuarse blandamente, como verá el curioso lector en algunas páginas de este libro.

Trasladado Acevedo á Bilbao, dirigió en aquella villa industrial el célebre periódico *La Lucha de Clases*, cargo que desempeñó, como anteriormente en Santander, con un acierto y nobleza que le granjearon un puesto honorable en la historia del Socialismo español.

A causa de un artículo publicado en aquel valiente semanario, en el que se ha pretendido ver supuestas injurias al monarca, fué procesado y condenado á ocho años de presidio. Pero las simpatías de que gozaba ya Acevedo en todas partes dieron motivo á que se celebrasen en toda España centenares de mítines de protesta contra unas leyes arbitrarias que tendían á tronchar la labor de un maestro honrado. Y aquella campaña de protesta abrió al fin las puertas de la celda carcelaria que durante año y medio ocupó Acevedo por dicha causa. Poco después ingresaba nuevamente en el mismo establecimiento penitenciario á cumplir una condena de seis meses que le impuso un Consejo de guerra por un escrito antimilitarista.

Supondría ardua tarea examinar, aunque fuera á grandes trazos, la labor intelectual de Isidoro Acevedo, de una complejidad pasmosa, que abarca todas las actividades del intelecto: es orador fogoso, conferenciente ameno, escritor correcto, crítico perspicaz, sociólogo profundo.

Es admirable cómo los años no pesan sobre él y cómo, con el desembarazo del adolescente, realiza su improba labor. En un mismo día suele tomar parte en varios mítines, y en días agitados de elecciones ó huelgas se le ve recorrer diversas localidades de la provincia en activísima propaganda. Esto, que supone un trabajo agotador, lleno de contratiempos y desazones, ¿qué no será cuando se realiza en un ambiente hostil, bajo la mirada hosca de los esbirros, y lo que es aún más doloroso, el agudo harpón de la ingratitud, que, de vez en vez, le lanzan algunos seudocompañeros?

Labor es la suya que sólo puede soportar el que, consciente y firme en sus ideas, posponga su tranquilidad á las asperezas de la lucha por el ideal.

Acevedo, en contacto siempre inmediato con las masas desheredadas de la fortuna y enfrente siempre de la dura realidad de las injusticias sociales, ha llegado á adquirir un cariño paternal á los humildes.

Durante un largo lapso de años dirigió en la ciudad de Fruela el semanario, órgano del partido socialista, *La Aurora Social*. En las columnas de este periódico sostuvo campañas magníficas. Ahora dirige *La Aurora Roja*, con mayor energía, si cabe, que en épocas anteriores.

Acevedo, en su aspecto físico, con poblada barba de apóstol, nos recuerda la figura del maestro de maestros, Carlos Marx. Los hilos de plata

ya blanquean, prematuramente, su barba, como señales inequívocas de la dura brega á que fué sometida su juventud, consagrada á propagar la semilla de la justicia entre sus semejantes, capacitando y educando al proletariado para hacerle digno de los derechos que le pertenecen en la sociedad. Sin embargo, su carácter benévolο le hizo repugnar siempre la violencia á modo de los propagandistas por el fuego. Célebre fué en verdad una controversia pública que sostuvo en Santander, hace años, con un destacado discípulo de Bakunín, en la que combatió enérgicamente la violencia individual.

Acevedo pertenece á la primera gloriosa época del Socialismo español; pero su ideología sigue las corrientes nuevas del mundo. No suelta de sus manos la antorcha esplendorosa de la genuina Democracia. Cree firmemente en la Revolución Social, preconizada por los maestros, pero á título de fuerza unánime, palanca única del proletariado que, movida por la imperiosa necesidad de romper los diques de la opresión, elevase sus miras hacia el progreso y bienestar común.

Hay Estados, como España, dominados por las oligarquías, en que el hombre verdaderamente digno ha de ser, de alguna manera, revolucionario, porque por fuerza ha de mostrarse en pugna contra el abuso de unos pocos, que esclavizan á la mayoría para satisfacer sus egoismos y vanidades. Contra estos desaprensivos han luchado siempre los hombres nobles y buenos, entre ellos, con gran ahínco, Isidoro Acevedo.

JUAN IBERO.

Impresiones de un viaje á Rusia

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL ATENEO DE GIJÓN

Exordio

«La verdad es la belleza suprema.» Esta definición de Balzac es una sentencia que todos debíamos de grabar en la mente y en el corazón como guía de nuestras acciones. Sin la verdad, sin sentir la belleza de la verdad, la suprema belleza de la verdad, el hombre no es más que una máscara que anda por el mundo negándose á sí mismo.

Yo fui á Rusia en busca de la verdad, libre la mente de toda clase de prejuicios, libre también el corazón de sentimientos bastardos. Y la verdad que yo vi en Rusia, vengo pregónándola por estas tribunas. Comencé en la del Ateneo de Madrid; seguí en Vizcaya y en Santander; prosigo ahora en mi tierra natal. Hoy es este Ateneo, mansión de cultura y refugio de libertad, quien me dispensa una hospitalidad que nunca olvidaré.

Me percato de que tengo ante mí un auditorio que no es de los que se satisfacen con peroraciones efectistas, que por mi parte repugno. Por eso mi disertación será sencilla, veraz ante todo, y, en lo que esté á mi alcance, documentada.

Impresión objetiva

Cuando yo llegué á Rusia, dos preocupaciones embargaban profundamente mi espíritu: ¿estará el régimen soviético asistido del apoyo popular que necesita para continuar resistiendo victoriósamente los embates del enemigo exterior y las asechanzas de los que solapadamente en el interior le minan?; ¿habrá llegado, en pureza ideal, al máximo posible dentro de las dificultades con que tiene que luchar y de los obstáculos que ha de vencer? Pronto me convencí, respecto á la primera preocupación, de que el régimen que impera en Rusia desde noviembre de 1917 está tan dentro del alma de aquél heroico pueblo que no habrá poder humano capaz de derribarlo, y con respecto á la segunda preocupación, la observación atenta de lo que vi y de los hombres que están al frente de aquella República proletaria me dió igualmente una contestación afirmativa.

Fué al día siguiente de mi llegada á Petrogrado cuando recibí ya impresiones revela-

doras de la perfecta compenetración que existe entre el pueblo, el ejército rojo y los hombres que dirigen la República de los Soviets. Se conmemoraba el quinto aniversario de la Revolución. Frente al hotel donde el Soviet local hospedaba á los delegados que ibamos al IV Congreso de la Internacional Comunista formábamos todos, y á ambos lados de nosotros dos largas filas de soldados rojos dábannos escolta de honor, considerándonos como el Estado Mayor del proletariado internacional. Era á este proletariado, á los trabajadores de todo el mundo, á quien se rendía realmente el homenaje en nuestras personas. Al frente, las bandas militares tocaban la *Internacional*, alternándola con la *Marcha fúnebre* de Chopin.

Así llegamos á la Plaza Roja, en cuyo lugar, y ante las tumbas de los héroes de la Revolución, se pronunciaron discursos después de colocar sobre ellas gran número de coronas. El acto era de una solemnidad grandiosa. A él contribuyó la flota roja, anclada en el Neva, disparando más de cien cañonazos. Sobre nuestras cabezas, á poca altura, volaba una escuadrilla de aviones.

Terminado el homenaje á los muertos, en la misma forma, y por las principales avenidas de la capital, nos llevaron hasta la Plaza de Uritski, así denominada en recuerdo de aquel gran comunista asesinado por los con-

trarrevolucionarios. En este lugar, frente al Palacio de Invierno, en cuyas fachadas vense aún las huellas de los balazos del asalto, se había levantado una tribuna para los delegados. Por delante de ella desfiló todo Petrogrado: la guarnición, con sus músicas y sus banderas y estandartes; los marinos, detrás de una carroza representativa del acorazado *Aurora*, iniciador de la Revolución; los batallones de obreros armados, que ponían en la imponente Manifestación una nota muy simpática; los niños de las escuelas públicas, con sus maestros á la cabeza; carrozas llenas de niños salvados al hambre, que asomaban sus cabecitas entre guirnaldas de mirtos; Corporaciones científicas y literarias; Asociaciones de mujeres, de aquellas heroicas mujeres rusas que se batieron bravamente por la Revolución y hoy laboran activamente en la construcción del nuevo régimen; los Sindicatos profesionales, precedidos de sus banderas y de carrozas alegóricas... Todo Petrogrado, repito, desfiló ante nosotros, tributando á los delegados de la Tercera Internacional ovaciones frenéticas y demostrando indubitablemente su identificación con el régimen soviético y sus directores.

Pues si grandiosa fué la Manifestación de Petrogrado, más grandiosa aún resultó la celebrada en Moscú tres días después. Su importancia la reyela este dato: á las once

de la mañana entrábamos los delegados españoles en la Plaza Roja, tomando asiento en la tribuna levantada frente al muro del Kremlin que da á aquel lugar; habían desfilado ya millares de manifestantes, y cuando á hora muy avanzada de la tarde tuvimos que marchar de allí todavía faltaban por desfilar muchos millares más.

Imposible describir aquella Manifestación, la más grande quizá de las celebradas en el mundo hasta entonces. Si de la de Petrogrado dije que toda la capital pasó por la Plaza de Uritski, de la de Moscú diré que toda la ciudad santa hizo acto de presencia en la inmensa Plaza Roja.

Quiero destacar de esta Manifestación una nota que reveló humorísticamente el pensamiento del pueblo ruso en orden á tres problemas: el militarismo, el clericalismo y el internacionalismo obrero. Entre la infinidad de carrozas serias, alegóricas de las Ciencias, de las Artes y del Trabajo, figuraban tres burlescas alusivas á lo citado. En una de ellas aparecían generales del antiguo régimen, vestidos con grotescos uniformes y cubierto el pecho de cruces y condecoraciones. Estaban en actitud caída y suplicante, y frente á ellos erguíanse serenos y enérgicos unos soldados rojos que simbolizaban la fuerza al servicio de la Revolución. En otra aparecía arrodillado un *pope* de luengas bar-

bas, enemigo de la Revolución, y sobre su cabeza golpeaba con una maza de cartón un robusto obrero bolchevique. La tercera de estas carrozas burlescas representaba la Segunda Internacional, simbolizada en un enorme camaleón que se movía perezosamente, cabalgando sobre él un avispa rapaz, tocado de descomunal chistera y fumando graciosamente un puro.

Al pasar cada una de estas carrozas por delante de la tribuna de delegados, la hilariidad general se desbordaba ruidosamente, comentándose con fruición el fino humorismo del pueblo ruso, que tan donosamente sabe burlarse de sus enemigos.

Estas dos inolvidables Manifestaciones, la de Petrogrado y la de Moscú, me demostraron objetivamente que el pueblo que implantó la primera República proletaria está identificado con ella y con sus hombres guías. Pueden éstos continuar confiados su gigantesca obra. Ni los Gobiernos de la Entente lograrán destruirla, ni los Yudenitch, Koltchac, Petliura y Denikine levantar en armas á los campesinos. El régimen soviético es ya indestructible.

Los hombres del régimen

Yo no quiero hablar sino de algunos que pude observar más de cerca. Y lo haré lige-

ramente, porque una silueta que abarcara toda su personalidad requeriría por lo menos otra conferencia.

A Lenin no pude verle más que una vez, y sólo durante los tres cuartos de hora empleados en el único discurso que pronunció en el Congreso. Era el primer ponente del tema «Cinco años de Revolución Rusa y perspectivas de la Revolución mundial». Su discurso esperábese con honda ansiedad, considerándose de antemano como el más importante que habíamos de oír. Pero los médicos le prohibieron terminantemente todo esfuerzo sostenido, y por eso empleó tan escaso tiempo, desarrollando un solo aspecto del tema: «La nueva política económica». Su aparición en la asamblea, de la que se apartó, para no volver más, inmediatamente de terminar su oración, despertó un entusiasmo inmenso. Hecho el silencio después de cantar todos á coro y en pie la *Internacional*, Lenin comenzó á hablar pausadamente, en correcto alemán—como pudo hacerlo en inglés, en francés ó en cualquiera otro de los idiomas que posee—, y sus palabras eran escuchadas con avidez y subrayadas frecuentemente con grandes aplausos. Al retirarse se le tributó una ovación delirante. En aquel medio, formado por los hombres más representativos de la Revolución Rusa y de la Tercera Internacional, pude comprobar el juicio que se

tiene de Lenin como primera figura de la Revolución mundial.

Ponente del mismo tema fué Trotsky. ¡Qué equivocados están los que á través de su mirada dominante y de sus facciones enérgicas imaginan un carácter áspero! Trotsky es un hombre de acero con corazón de niño, una inteligencia clarísima y una sensibilidad exquisita. Dotado de amplísima cultura, á través de su formidable dialéctica alcanzan alto relieve los argumentos que expone. Habló, como Lenin, en alemán, y á trechos levantaba murmullos de admiración la profundidad de sus conceptos y á trechos regocijaban sus sutiles ironías y aun sus ataques cáusticos. De la resistencia mental y física de este hombre da idea lo siguiente: después de pronunciar su discurso en alemán en la sesión plenaria, empleando dos horas y media, lo repitió en francés ante los delegados del grupo latino, y como los delegados rusos le dijeran que no saldrían del Kremlin sin oírle á él mismo la traducción, se encerró con ellos en una dependencia del antiguo palacio de los zares y en ruso pronunció por tercera vez el mismo discurso sin omitir una sola idea.

A Zinovief tuve ocasión de conocerle más intimamente. Este hombre extraordinario, discípulo el más amado de Lenin, es anañado hasta en el timbre de su voz. En la orienta-

ción táctica de la Internacional Comunista juega el principal papel, como sugeridor del frente único. Cuando yo, llevando la voz de la delegación española, aportaba desde la tribuna del Congreso las experiencias de España y combatía á los franceses y á los italianos por haber saboteado la acción del frente único, Zinovief, que ocupaba en la mesa presidencial un extremo cercano á la tribuna de oradores, seguía con atención profunda mi discurso. Aquel interés de Zinovief por las cosas de nuestro país, fué el origen de una entrevista, por él solicitada, con la delegación española. Se verificó en un modestísimo despacho habilitado para Zinovief en uno de los edificios contiguos al palacio del Kremlin. Durante la conversación pude observar que el talento de este hombre se apareaja armoniosamente con su copiosa cultura y su delicada sensibilidad.

Otro ejemplo de la dulzura de carácter de estos hombres admirables me lo deparó Bujarin, gran teórico y concienzudo escritor. Yo no había cruzado nunca con él una sola palabra, y á pesar de esto en la primera sesión de una Comisión en que los dos actuábamos vino hacia mí y me estrechó efusivamente en sus brazos. Parecerá pueril este detalle. Lo apunto como una prueba más de la bondad de carácter de estos hombres insuperables.

Por último, citaré un guerrero; no un guerrero profesional, sino un guerrero formado en el ambiente de la Revolución. Cerca de mí, en la tribuna de Petrogrado, estaba un militar que á cada instante, y al paso de los manifestantes de su predilección, se enardecía de entusiasmo y levantando en alto las manos palmoteaba como un chiquillo. «¿Quién es este hombre?», interrogué á un amigo español que á mi lado estaba. «Este hombre —me contestó—es Budieni, el general de la caballería que derrotó á Wrangel.» Entonces me expliqué los triunfos del ejército rojo, el mejor de todos los ejércitos, según testimonio de Lloyd George. Lleva en sus estandartes la fe en un ideal, y la fe es una fuerza incontrastable, es la palanca que pedía Arquímedes para mover el mundo. Radeck ha dicho que el ejército rojo deshizo con la punta de sus bayonetas el nudo corredizo con que se quería estrangular á la Revolución Rusa. Con la punta de sus bayonetas escribirá en la Historia páginas inmortales ese ejército si tiene que llevar la acción de sus armas fuera de las fronteras de Rusia.

La situación económica

Atraviesa actualmente Rusia por la segunda fase de su Revolución: la denominada por Lenin «Capitalismo de Estado». Durante la

primera, denominada por Trotsky «Comunismo de guerra», procedió el Estado soviético, para afirmar los principios de la Revolución, á expropiar á la burguesía de todos los instrumentos de trabajo y de su dominio financiero. En los campos implantó el sistema de requisas porque ante todo había que avituallar al ejército rojo. Pero ese sistema disgustaba á los campesinos, cuyo descontento era aprovechado por los aventureros al servicio de la Entente para promover insurrecciones. Obligado á cambiar de rumbo, implantó la nueva política económica; realizó, según feliz expresión de Trotsky, «una retirada política sobre el frente económico». Ahora los campesinos están contentos. Lenin lo registraba con satisfacción en su discurso del Congreso.

Consecuencia de la *Nep* (nueva política económica) es el restablecimiento del mercado y la estabilización del rublo. Pero el Estado soviético es el principal comprador en ese mercado, como es el principal vendedor. Los campesinos sacan de las tierras lo que necesitan para vivir, otra parte la entregan por medio del impuesto en natura al Estado y el remanente que les queda lo llevan al mercado, donde ese mismo Estado se lo compra, regula los precios y frena la codicia.

La situación actual de la economía rusa ofrece el siguiente cuadro:

El suelo y el subsuelo son del Estado. Nadie puede decir hoy en Rusia: «este palmo de terreno es mío.» Los campesinos no son más que usufructuarios de las tierras que cultivan, las cuales son de todos, de la colectividad, como el subsuelo y los instrumentos de trabajo de la industria. La red de ferrocarriles (63.000 kilómetros) es del Estado, y en ella se ocupan más de 800.000 empleados y obreros. Las Empresas industriales son también del Estado. Las más importantes (con un millón de obreros) las explota éste directamente. Otras de segundo y tercer orden (con unos 80.000 obreros) están arrendadas, y aun de éstas solamente la mitad están en manos de particulares; la otra mitad, en poder de Cooperativas y de órganos del Estado. El comercio interior es el principal dominio del capital privado: opera en él en la proporción de un 30 por 100. El 70 por 100 restante está en poder del Estado y de sus grandes Cooperativas, cuya Central, encerrada en la Plaza Roja de Moscú, es un enorme palacio con infinidad de dependencias de todas clases y sumptuosos paseos cubiertos de cristal en el interior del edificio. El comercio exterior está todo en poder del Estado. La República de los Soviets no consiente que nadie comercie con ella si no es por medio de su Gobierno obrero y campesino.

La situación económica mejora de día en

día desde la implantación de la nueva política económica. He aquí algunos datos:

Carbón.—En 1913, un año antes de la guerra europea, ascendía la producción mensual á 144 millones de puds (1). En 1920 descendió esa producción á 33 millones. En 1921 ascendió á 44 millones. En los meses medios de 1922 llegó á 63 millones. Seguramente que la progresión creciente no ha de interrumpirse.

Petróleo.—En 1913, la producción mensual era de 47 millones de puds. En 1920 descendió á 19 millones. En 1921 ascendió á 20. En 1922, á 22.

Oro.—En 1921 produjeron las minas de oro 84 puds. En 1922 aumentó la producción en un 242 por 100.

Platino.—Este rico metal, que alcanza precios fabulosos, solamente se produce hoy en Rusia, en la región del Ural. De él se ha extraído en el año último cuatro veces más que en el anterior (42 puds y 8 kilogramos).

Para el año actual se calcula una extracción de 422 puds y 16 kilogramos de oro y 74 puds y 6 kilogramos de platino.

Agricultura.—Es en este dominio donde el progreso económico se acusa más fuertemente; de tal modo, que pronto la produc-

(1) Un pud equivale á 16 kilogramos y 400 gramos.

ción superará á la de anteguerra. En 1921 se cosecharon 2.000 millones de puds de cereales. En septiembre de 1922 se calculaba en 3.000 millones la cosecha del año. Antes de la guerra se cosechaba sobre la misma superficie 4.000 millones. Trotsky predijo, en una de las sesiones del Congreso, que pronto el trigo ruso reaparecería, en cantidad siempre creciente, en los mercados de Europa (1).

Para intensificar la producción y normalizar la economía se está desarrollando un gigantesco proyecto de electrificación industrial y agrícola, en el que Lenin pone toda su alma. Hay ya montadas tres grandes fábricas de energía eléctrica, en las que se ocupan millares de obreros que han creado espléndidas instituciones de cultura profesional y artística.

En el dominio financiero mejora también la situación de Rusia, como lo prueba el dato de que los cheques de la Banca del Estado se coticen á un tipo que rebasa la cotización oficial del oro amonedado.

Antes de la guerra ascendía la renta nacional á 12.000 millones de rublos oro al año, correspondiendo una mitad á la industria y la otra mitad á la agricultura. En el curso de

(1) La predicción de Trotsky se está cumpliendo ya. Los huelguistas del Rhur saciaron su hambre con el trigo que recibieron de Rusia.

los dos años últimos, esa renta fué de 5.000 millones de rublos oro por año, correspondiendo 4.000 millones á la agricultura, 400 á la pequeña industria y 600 á la industria del Estado.

Sintéticamente expuesto, este es el balance que arroja á los cinco años de su existencia la Revolución Rusa. A los diez años era más pobre que en la víspera la Revolución Francesa. Y la Revolución Francesa, aunque señaló en la Historia un gran paso de avance, sólo rozó el cuerpo social, en tanto que la Revolución Rusa, la más honda que han visto los siglos, removió toda la entraña de la sociedad y está creando un mundo nuevo entre obstáculos inmensos y sacrificios inenarrables.

Las concesiones

Se ha fantaseado mucho sobre la cuestión de las concesiones. Se ha llegado á decir que el Estado soviético capitulaba ante los capitalistas extranjeros. Nada más lejos de la verdad. El nuevo régimen ni claudica ni se desprende de ninguna de sus prerrogativas. Lo que hay es que se le plantea un problema de reconstitución económica que tiene que resolver haciendo intervenir al capital extranjero, pero sin que esta intervención desnaturalice las esencias del régimen, que se

mantiene dentro de la máxima pureza ideal posible.

Hasta ahora sólo se han hecho dos concesiones importantes, á capitalistas americanos ambas: una en Bakú para la extracción de petróleo y otra para la producción de amianto. Las dos son ventajosas para el Estado soviético. Para extraer petróleo de los pozos de Bakú aportarán los concesionarios los útiles necesarios, de que Rusia carece, y sólo percibirán el 15 por 100 de los ingresos netos.

No hay tal capitulación del Estado, repito. Esto podrán decirlo los enemigos de la Revolución Rusa y los incapaces de percibir el sentido íntimo de una revolución social. No hay tal capitulación porque además los capitalistas extranjeros tienen que someterse á las leyes soviéticas, y estas leyes no se hacen para beneficiar el interés privado, sino en provecho de la colectividad y para un régimen de productores. Mientras éstos conserven el Poder político, que lo regula todo, la Revolución está íntegramente salvada.

El problema del hambre

También sobre el problema del hambre, el mayor azote que ha padecido Rusia, se han hecho juicios descabellados. El diputado socialista Weils llegó á decir en un Congreso

de socialdemócratas que «el bolchevismo era el retorno al capitalismo por el canibalismo». Reducidos á la impotencia los *condottieri* de la Entente, los enemigos de la Revolución confiaban en el hundimiento de ésta por el hambre y no cesaban de gritar en todos los tonos los mortíferos efectos, imputándolos al bolchevismo. En cambio silenciaban el hambre de la India, no imputable á fenómenos circunstanciales ó inclemencias de la Naturaleza, sino producida por la política que mantiene Inglaterra en aquellas colonias.

Realmente el hambre está ya vencida en todo el país, incluso en las regiones que más sufrieron sus rigores. El problema que ahora se plantea es de socorro á los necesitados, principalmente á los niños, á los cuales se procura alimentarlos, vestirlos y educarlos. La tutela del niño es la preocupación máxima de Rusia.

No hay hambre en el sentido estricto de la palabra, pero sí miseria en muchos puntos. ¡Cómo no ha de haberla después de pasar por tantos trastornos!... Dentro de poco tiempo, y á medida que se vaya desenvolviendo la nueva política económica, también será vencida la miseria. A este fin tienden los esfuerzos del Estado soviético.

Sufrieron hambre unos 40 millones de personas, de las que murieron 3 millones. Pero

el hambre no fué vencida por el socorro extranjero, sino por el socorro de la propia Rusia. Todas las organizaciones extranjeras, los Gobiernos, instituciones como la de Nansen, la Cruz Roja, etc., no llevaron á Rusia, hasta primeros de agosto de 1922, más que 33 millones de puds de cereales, mientras que Rusia sola transportó á las regiones invadidas 165 millones de puds de víveres y 33 millones de puds de simientes. Entre todos los países extranjeros no aportaron más que la sexta parte de lo que envió el propio país hambriento á las regiones invadidas.

Lo más noble de la acción desarrollada para socorrer á Rusia fué la solidaridad obrera. En Inglaterra y en Holanda, muchas mujeres del pueblo sacrificaron su propio hogar, y no pocos niños entregaron los ahorros que destinaban á juguetes. En Alemania hubo presos que dejaron de comer por dárselo á los hambrientos rusos.

Uno de los medios para reconstituir la vida económica de Rusia es aportar recursos para atenuar su miseria. Pero el más eficaz será la presión de los trabajadores de todos los países sobre sus respectivos Gobiernos para lograr de ellos el reconocimiento de la República de los Soviets y la reanudación de las relaciones comerciales con ella.

A propósito del hambre, yo tengo que destruir aquí el mito de los andrajosos y los fa-

mélicos en las calles de Petrogrado y Moscú. Los sugestionados por ese mito, que corre por las columnas de la Prensa de Europa y América, se imaginan que en Moscú y en Petrogrado se ofrecen cuadros terroríficos de hambrientos y desarrapados. Yo puedo asegurar que en ambas capitales el semblante de las gentes es de nutrición normal, que en general están bien trajeadas y que los niños van mejor vestidos que en Berlín.

Los seguros sociales

En los países de régimen capitalista, el obrero tiene siempre ante sí el tormento de la inseguridad, las negruras del porvenir. Este pavoroso problema está ya resuelto en Rusia. Ciento que por la situación económica que atraviesa el país como consecuencia del zarismo, que lo destrozó en la guerra europea; de las insurrecciones civiles, engendradas y apoyadas por la Entente, y del bloqueo, que le privó del comercio exterior para estrangularle, se ve obligado á restringir la aplicación de algunos seguros sociales; pero todos éstos subsisten y se aplicarán en toda su extensión cuando la situación enconómica lo permita.

Un examen de la legislación social rusa desde 1912 nos pondrá de manifiesto el proceso de la cuestión hasta el momento actual.

En régimen zarista.—En 1912 no había más que dos leyes sociales: la de socorro á enfermos y la de accidentes de trabajo. Quedaban excluidas de socorro las enfermedades profesionales y la invalidez, y tampoco se socorría á las familias de los fallecidos ni á los parados.

El beneficio de estas leyes no se extendía más que á dos millones de obreros de las grandes fábricas. Quedaban fuera de ese beneficio los ferroviarios, los obreros de pequeñas industrias, los campesinos y los funcionarios subalternos. Los dos millones de obreros beneficiados tenían que aportar á las Cajas de socorro por enfermedad el 60 por 100 y los patronos solamente el 40 por 100.

La ley no imponía al patrono más que la organización del servicio de ambulancia para los primeros cuidados.

Era tan insignificante la representación obrera en la administración de las Cajas de socorro, que quedaba anulada por la representación patronal y los funcionarios adictos á ésta. En cuanto al seguro de accidentes de trabajo, los obreros eran excluidos de toda gestión.

Como consecuencia de esta desigualdad, los conflictos entre patronos y obreros eran incessantes, acentuando cada vez más los últimos el sentido revolucionario de sus protestas. Querían los obreros la dirección de

las Cajas de socorro, en tanto que los patronos se aferraban á su derecho de intervenirlas. Reclamaban, además, la implantación de todos los seguros y el pago de más altas indemnizaciones por los patronos y la Administración pública.

Lucha contra los mencheviques.—La lucha por los seguros se generalizó después contra los mencheviques. Los bolcheviques temblaban esta bandera: transmisión de todos los seguros á los obreros, los cuales dirigirían, no solamente las Cajas de socorros, sino también las fábricas y el Estado entero.

La bandera de los mencheviques era esta otra: colaboración con la burguesía; participación de los patronos en las Cajas de seguros y en la dirección de toda la vida política y económica del Estado.

Los mencheviques respetaban, pues, las leyes zaristas. Los bolcheviques, que mantenían puntos de vista completamente distintos, eran calificados por aquéllos de demagogos.

Concretamente, el programa de seguros sociales de los bolcheviques era este: extensión del seguro á todos los obreros y empleados, percibiendo el salario completo en todos los casos de pérdida de capacidad de trabajo y de paro. Por consecuencia, institución del seguro para todos los riesgos. La gestión de él, misión de los obreros únicamente; los

gastos, á cargo de los patronos y del Estado. Los mencheviques decían que la industria no podría soportar esta «imposición».

Colocados en tan opuestos planos, la lucha contra los mencheviques fué acentuándose de día en día. Los bolcheviques ponían mucho empeño en mostrar á los obreros las irreductibles diferencias que en el problema de los seguros, como en todos, los separaban de los mencheviques.

Los mencheviques en el Poder. —Después de la Revolución de febrero, los mencheviques y los socialistas revolucionarios toman el Poder, quedando en manos de los primeros el Ministerio del Trabajo en el Gobierno provisional.

Algo reformaron los mencheviques las leyes zaristas, pero sin tocar su fondo, sin alterar sus esencias. Extendieron la obligación del seguro á los pequeños patronos, pero dejaron fuera del beneficio á los funcionarios, á los ferroviarios, á los campesinos, á los artesanos, á los empleados en el comercio y en la industria y á los criados de servicio. La duración del pago de las indemnizaciones quedó como estaba, y sólo se atrevieron á elevar en un 10 por 100 la aportación de los patronos á las Cajas aseguradoras. Es decir, que en vez de un 40 por 100 éstos y un 60 los obreros, pusieron á ambos en un pie de igualdad: el 50 por 100 unos y otros.

En la gestión del seguro hicieron concesiones á los trabajadores. Los patronos quedaban excluidos de las asambleas generales y de la dirección de las Cajas de seguros, pero los admitían en los órganos superiores del seguro en la misma proporción de los obreros.

La ley de accidentes del trabajo la dejaron intacta.

En una palabra: no realizaron ninguna aspiración del programa obrero.

Las leyes soviéticas. —A los pocos días de tomar el Poder, los bolcheviques decretaron todo el programa de seguros sociales que les había servido de bandera en su lucha contra el zarismo y los mencheviques.

La nueva política económica ha dado ocasión para examinar otra vez el problema de los seguros sociales. En noviembre de 1921, el Consejo de comisarios del pueblo ratificó un decreto en virtud del cual los seguros quedaban extendidos á todos los obreros y empleados sin excepción y á todas las formas de pérdida de capacidad de trabajo.

Como ahora hay, aunque pocos, empresarios particulares, á cargo de éstos corre enteramente el pago de seguros de los obreros que contratan. Los demás obreros, ó sea la inmensa mayoría, son socorridos por el Estado, sin que tengan que aportar absolutamente nada á las Cajas aseguradoras.

Entre esta legislación y la anterior del zarismo y de los mencheviques hay, como se ve, un abismo. Comparada con la de los países capitalistas de Occidente, es también inmensamente superior. En ninguno de esos países existe una legislación que asegure á los productores de todos los riesgos que corren en la vida y en la sociedad. En ninguna parte, como en Rusia, se considera á la mujer, para los efectos del seguro, en su doble aspecto de obrera y de madre, dándola el salario íntegro durante ocho semanas antes del parto y otras tantas después, aparte otros derechos que disfruta para que pueda criar bien á sus hijos, sobre los cuales extiende sus alas protectoras el Estado soviético desde que se forman en las entrañas maternas.

Los seguros los administra un Comité especial, con la colaboración de los Sindicatos, los cuales, al revés de lo que errónea ó maliciosamente se propala por ahí, desempeñan en Rusia funciones importantísimas, entre otras la organización de la producción. Los Sindicatos profesionales son en aquel país lo que deben ser en un régimen de productores.

El problema de la cultura

La coincidencia en el elogio es general en cuantos se han ocupado del problema de la cultura después de la Revolución.

No he de tratar de las escuelas públicas porque esta materia se ha divulgado suficientemente y nada nuevo podría añadir á lo que todo el mundo conoce. Sabido es que la asistencia á esas escuelas es obligatoria. El niño recibe en ellas una educación integral, preparándole con arreglo á este principio pedagógico: lo que está más cerca de él, debe ser el primer tema de su educación. Así, el niño de la ciudad recibe una enseñanza adecuada á los trabajos industriales; el de la aldea, una enseñanza en relación con las faenas agrícolas.

En virtud de este principio fundamental, en las escuelas primarias se prepara á los niños para que después sean obreros aptos para la industria y la agricultura.

Más tarde pasan á escuelas especiales profesionales, muchas de ellas establecidas en los mismos centros de trabajo. En una gran imprenta soviética que visité en Moscú (1)

(1) De esta imprenta hice una extensa descripción en una conferencia que expliqué en la Escuela Nueva de Madrid. El edificio es de varios pisos, con amplios ascensores. Ocupa una extensión superficial de más de un kilómetro cuadrado. El total de obreros empleados en este grandioso establecimiento asciende á 1.400. Ellos mismos eligen el jefe, refrendando el nombramiento el Sindicato y el Soviet local. La disciplina en el trabajo es admirable, como el orden, á cuyo mantenimiento coadyuva la fiscalización directa del personal, que anota en un boletín las faltas que observa para que se corrijan. Los salones de máquinas de imprimir y litográficas son inmensos. Hay talleres de dibujo, de reportaje, de zincografía y fotograbado, de compo-

he visto unas escuelas teórico-prácticas perfectamente montadas, y en la Escuela de Periodistas Comunistas vi una imprenta donde los estudiantes se ejercitan en el conocimiento práctico de las artes gráficas.

Por último, los jóvenes pasan á ampliar sus estudios teóricos á las Universidades, donde reciben una enseñanza superior y una preparación especial para que puedan actuar con capacidad y suficiencia en la organización sindical, en las Cooperativas, en las oficinas soviéticas y en las entidades comunistas.

Imaginad la diferencia que existe entre la enseñanza que se da en los países de tipo capitalista y la que se recibe en Rusia. En los primeros, la enseñanza en las escuelas primarias no está sujeta á un plan de aplicación práctica, aparte de que los mitos religiosos, patrióticos, etc., trastornan y deforman la inteligencia del niño. En esos países, la segunda enseñanza está vedada á los hijos de

sición manual y mecánica, de encuadernación, de fundición de caracteres, etc., etc. La sala de corrección de pruebas es una magnifica oficina; en ella trabajan 4 correctores y 15 correctoras, con igual salario las mujeres que los hombres, pues en Rusia rige el principio de que á igualdad de trabajo igualdad de retribución. Para que nada falte, hay en este estupendo establecimiento una sala de socorro con moderno instrumental y abundantes medicamentos, y además un gabinete dental. Cuando recorría las infinitas dependencias de este palacio de las artes gráficas y me acordaba de los *chamizos* —vulgo imprentas— de España, un sentimiento de pena, al par que de rabia, me oprimía el corazón.

los trabajadores, y la Universidad es un coto cerrado al pueblo. A ella solamente acude el hijo del rico, que se prepara para afianzar el régimen de desigualdad que le permite disfrutar de una situación privilegiada. En cambio en Rusia se forma al hombre, desde niño, para vivir en un régimen de igualdad social.

La disciplina ha cambiado completamente en las escuelas rusas. De ellas se ha desterrado al antiguo domine, clásico en España, de las disciplinas y del brutal aforismo de que «la letra con sangre entra». El maestro no es el torturador del niño ni el ventajista que se aproveche de la inferioridad intelectual de la infancia para imbuirle prejuicios absurdos, sino el funcionario que percatañándose de la delicada misión que la sociedad le confía dirige al niño respetando su personalidad y abriendo amorosamente su conciencia á la luz de la verdad científica y de los conocimientos que han de serle útiles en la vida.

Unas palabras de Lunatcharsky definen los altos propósitos que persigue la República de los Soviets en orden al problema de la cultura. «Si nos dejan hacer—ha dicho el comisario de Instrucción pública—, dentro de poco tiempo será Rusia la tierra prometida donde afluyan los educaciónistas del mundo entero, los unos para ver realizados sus más caros ensueños, los otros para aprender cómo

se educará á la Humanidad del porvenir.»

Ya que por la circunstancia indicada prescindo de ocuparme de las escuelas públicas y de otras instituciones de enseñanza, voy, en cambio, á describir una Universidad comunista: la de Sverdlof. Conociendo la orientación pedagógica de esta Universidad, su plan de enseñanza y su funcionamiento, se conoce todo el sentido educacional de la enseñanza en Rusia.

La Universidad Comunista de Sverdlof fué fundada por el profesor que lleva su nombre en 1918. Comenzó, modestamente, por cursos de propaganda y agitación. Fué después, siguiendo las incidencias del proceso revolucionario, escuela de instructores para preparar militantes rurales, escuela soviética y comunista de distrito, de Gobierno y regional central. Hoy es una escuela superior del Partido Comunista.

Se propone tres cosas esenciales: preparar elementos comunistas de la clase obrera; ser punto de partida de la instrucción comunista en su lucha contra la instrucción burguesa; ser un centro de organización del pensamiento científico comunista.

Prepara especialistas clasificados en cinco tipos: militantes para la acción comunista y para la acción sindical, funcionarios para los organismos soviéticos, pedagogos para las escuelas comunistas y teóricos comunis-

tas. Con esta preparación realiza una asimilación profunda de la ideología marxista y una labor intensa en las especialidades escogidas. En consonancia con todo esto, la Universidad tiene una estructura particular que permite una colaboración íntima entre los estudiantes, los profesores y el personal auxiliar.

Los órganos directores de la Universidad son: el rector—nombrado por el Comité Central del Partido Comunista, ante el cual responde de todo el trabajo universitario—, el Consejo, el Presidium, los directores de Facultades, las cátedras y el núcleo comunista.

Actualmente hay seis cátedras: de Ciencias naturales—with las secciones de Física y Química, Biología, Astronomía y Matemáticas—, de Letras—with las secciones de Lengua rusa, Lenguas extranjeras (alemán, inglés y francés) y Literatura—, de Economía, de Derecho, de Historia—with las secciones de Historia rusa, Historia occidental e Historia del Partido Comunista Russo—y de Filosofía marxista.

El personal encargado de las cátedras—á excepción del de Ciencias naturales y Lenguas vivas—comprende dos tercios de comunistas; el tercio restante lo constituyen marxistas sin partido. El personal pedagógico y administrativo es exclusivamente comunista.

El núcleo comunista agrupa á todos los comunistas—pedagogos, estudiantes, empleados—de la Universidad. Hace un trabajo puramente de partido é interviene en toda la labor universitaria.

Digno de mención es también el Club de la Universidad, integrado por una serie de grupos—70 en total—. Este Club se ocupa de la organización de salas de lectura, conferencias episódicas, fiestas, controversias, matinés literarias, conciertos y espectáculos diversos.

A título de instituciones auxiliares posee esta Universidad dos bibliotecas con 300.000 volúmenes y cinco salas de lectura; un servicio de ediciones—Memorias, periódicos, etc.—; un laboratorio con gabinete de Física, Química, Biología, Astronomía y Mineralogía; gabinetes de Historia, Economía, Derecho y Matemáticas, y un Museo biológico en el que se ilustra la teoría evolucionista de Darwin desde los seres elementales hasta el hombre.

El Estado suministra gratuitamente á los estudiantes la enseñanza, la alimentación, los vestidos, el alojamiento y los servicios médicos. Posee una Casa de reposo para los estudiantes y tiene plazas reservadas en los Sanatorios y balnearios de Crimea y el Cáucaso. Tiene 14 casas comunes, edificios escolares y 5 comedores capaces para 500 per-

sonas cada uno. Ha establecido talleres de confección, calzado, cerrajería, ebanistería, encuadernación y otros.

En el primer año del curso fundamental se estudian las siguientes materias: Matemáticas, Física, Química, Biología, Geografía (física y económica), Estadística, Historia, Historia del desenvolvimiento de las formas sociales, Fuerzas naturales y de producción en Rusia. En el segundo año: Astronomía, Geología, Historia de Occidente. Historia de Rusia, Historia del movimiento obrero en Rusia y en Occidente, Política económica de la República de los Soviets, Relaciones agrarias en Rusia, Organización del trabajo, Economía industrial, Historia de la clase obrera rusa, Filosofía, Teoría de la Economía Política, Capital financiero, Historia de la Economía Política, Economía contemporánea de Rusia, Finanzas, Estudios generales del Derecho y del Estado, Relaciones internacionales y política interior de la República rusa é Historia de la Literatura.

Durante los dos primeros años, cada escolar tiene que estudiar una de las tres lenguas vivas siguientes: alemán, francés ó inglés.

En el tercer año se hace esta especialización: Partido Comunista, Soviets, División pedagógica y División profesional.

Las lecciones explicadas por los profesores son completadas prácticamente en las vi-

sitas á las fábricas y á los Museos de Historia Natural, que en Moscú son numerosos. Por término medio se hacen mensualmente 250 de estas visitas en grupos, con los profesores al frente.

En el otoño de 1922 acudían á la Universidad Sverdlov 755 hombres y 199 mujeres, sin contar el grupo preparatorio ni la Facultad obrera, á la que asistían 600 estudiantes.

Aunque las clases duran de cuatro á cinco horas diarias, la jornada efectiva de trabajo escolar es con frecuencia de diez y doce horas, pues aparte de la permanencia en las aulas el estudiante tiene que consultar libros, tomar notas, hacer extractos, etc.

Al comienzo de 1922 se hizo en la Universidad Comunista de Sverdlov una interesantísima experiencia que despertó enorme expectación. Se trataba de conocer, por medio de una encuesta secreta, el pensamiento de los escolares sobre algunos aspectos del problema sexual. En la organización de la encuesta intervino también el Comisariado de Salud pública.

A los escolares se les preparó convenientemente, advirtiéndoles que se perseguía un fin *puramente científico* y que era necesario, por tanto, que dijeran la verdad, previniéndoles de la responsabilidad moral que habrían de contraer si falseaban su pensamiento. Se adoptó además, para mayor seguridad

de que nadie dejara de expresar lo que sentía, la precaución de que las hojas de encuesta fuesen anónimas.

Tres puntos abarcaba la encuesta: primero, enfermedades venéreas; segundo, motivo que había provocado la relación sexual, y tercero, cómo se representaba idealmente cada estudiante, en el porvenir, las relaciones sexuales.

Fueron interrogados 1.103 hombres y 407 mujeres.

Respecto al primer punto—enfermedades venéreas—el porcentaje acusó una proporción pequeña comparativamente á los demás países.

Al segundo—motivo que había provocado la relación sexual—el 87 por 100 contestó que el amor, una inclinación recíproca. El 4 por 100 respondió que el instinto sexual, el interés material.

Con respecto al tercero—representación ideal, en el porvenir, de las relaciones sexuales—la inmensa mayoría de los interrogados contestó afirmando la necesidad de basar las relaciones sexuales en el amor monogámico.

La Universidad Sverdlov tiene en su seno 1.200 miembros del Partido Comunista Russo, el cual edita un periódico que distribuye entre los grupos de todas las Facultades. Está representada en el Comité Nacional de los Estudiantes Rusos y publica una revista que

sirve de nexo entre la Universidad y todas las escuelas del Partido Comunista. Además, el trabajo extraordinario de los estudiantes tiene por fin primordial el ligarlos á las masas obreras y suministrar militantes calificados á las organizaciones comunistas.

Yo quisiera hablar aquí también de otra Universidad comunista: la denominada de los Pueblos de Oriente; pero no tengo tiempo para ello. A esa Universidad acuden estudiantes de 63 nacionalidades diferentes. Invitado por un joven argelino que cursa estudios en ella, la visité en momento que pude ver á los escolares recogidos ya en sus respectivas salas, entrada la noche. Nos acompañaba un sindicalista argentino—Augusto Pellegrini—, cuyos comentarios denotaban el cambio de ideas que se iba operando en su mente al observar en la realidad lo que muchos de sus correligionarios combaten por desconocimiento, unos, y otros por sistemática pasión.

Entre aquellos estudiantes de distintas razas se respira un ambiente de cordialidad que cautiva. En una sala de muchachas, con las que conversamos de cosas de arte especialmente, nos dijeron que los chinos son los que descuellan por su inteligencia y aplicación en aquella Universidad.

Hay en Rusia otra institución cultural—por no citar más—verdaderamente maravil-

llosa: el *Prolecult* (Cultura Proletaria). Está agregada al Consejo Nacional de Educación. Su objeto es crear una poderosa Corporación panrusa que unifique, estimule y dirija las actividades culturales y pedagógicas de todas las organizaciones obreras.

Jamás olvidaré una velada organizada por el *Prolecult* en el Gran Teatro de Moscú. Despues de una sorprendente pantomima oriental, estupendamente representada; de los admirables bailes y cantos rusos; de la primorosa labor de un coro de declamación—cosa desconocida en estas y otras latitudes—, una numerosa orquesta tocó la overture de *Rienzi* como nunca la oyó. El revolucionario del pensamiento y del Arte, el gran Wagner, fué interpretado de un modo inimitable por aquellos músicos.

En Rusia se está construyendo un mundo nuevo. En los centros de cultura, sobre todo, se nota una actividad pasmosa. Aquellos hombres se percatan de la responsabilidad que han contraído ante la Historia y se aprestan afanosamente á cumplir bien su misión. Las palabras de Lunatcharsky antes citadas son una divisa de sus acciones.

La Iglesia y el Estado soviético

La cuestión religiosa ha tenido en Rusia la solución racional y científica que debe te-

ner en todo país verdaderamente libre: á la Iglesia se la ha separado del Estado, desterrándola completamente de la escuela y de todas las instituciones oficiales y no dándola ni una sola peseta para mantenimiento de culto y clero. El que quiera servicios religiosos, que los pague de su bolsillo particular al cura que se los preste. Así está actualmente en Rusia la cuestión religiosa.

Es uno de tantos mitos lo de la persecución á la Iglesia, á los fieles y á los *popes*. En Rusia hay completa libertad de crítica religiosa y antirreligiosa. Es decir, que no se persigue á nadie por defender la religión ni por atacarla. Libertad absoluta, total: esta es la norma para todos. A quienes se persigue es á los que convierten la religión en instrumento contra el régimen, á los que sabotean los actos del Gobierno soviético abroquelándose en la religión y explotando la ignorancia y el fanatismo que aún existe en una parte, cada vez menor, del pueblo. Sobre éstos sí cae implacable la dictadura proletaria, sean simples *popes* ó las más altas dignidades de la Iglesia.

Yo he visto á muchos creyentes santiguarse en la vía pública, al pasar por delante de las iglesias, sin que nadie les molestase. Visité dos veces la catedral de Moscú, espléndida, magnífica, verdadero Museo de arte por las magníficas pinturas murales de sus

nares y capillas, y he visto en ella cómo los fieles rezaban arrodillados ante los iconos sin que nadie osara penetrar allí á entorpecer las prácticas religiosas. Vi también en las mesas petitorias esparcidas por el templo los rublos que en bandejas depositaban los devotos para sostener su culto y su clero.

Por cierto que pude apreciar un fervor religioso que en España ya no existe. Aquí todo es rutinarismo, ritualismo frío. La fe que inflama á los creyentes y los prosterna en exaltaciones místicas, ha desaparecido de los templos españoles. La impresión que dan los fieles en las iglesias rusas es muy distinta de la que ofrecen los católicos en las de España.

Los impugnadores de la Revolución Rusa

A la Revolución Rusa le han salido varias clases de impugnadores. Los hay que la combaten ciegamente, sistemáticamente, sin pararse á analizarla. En este grupo podemos clasificar desde los reaccionarios más recalcitrantes hasta los anarquistas más exaltados, pasando por los que, blasonando de liberales, toda sociedad que no sea de tipo genuinamente capitalista hay que condenarla sin previo examen. Otro grupo lo constituyen los bienhallados con su existencia, los

egoístas que temen las commociones sociales por lo que de ellas salgan perdiendo. Forman otro grupo los que se alimentan de infundios y creen á pies juntillas los disparates que á diario propalan los periódicos que reciben información de las Agencias montadas exclusivamente para desprestigiar la Revolución Rusa. Por último, constituyen otro grupo los que habiendo estado en Rusia no han comprendido aquella Revolución.

A esta última categoría pertenece D. Fernando de los Ríos. Este señor ha estado en Rusia, en cumplimiento de una misión que le confiara el partido socialista cuando todavía militaba yo en él; pero fuese por las hondas raíces de sus prejuicios, ó por su educación libresca y académica, lo cierto es que no pudo percibir el sentido íntimo de la Revolución Rusa.

Un libro de Spengler—*El ocaso de los pueblos de Occidente*—le ha reafirmado en la idea del carácter «religioso» del movimiento ruso. «El álveo de este movimiento—dice—es la emoción religiosa.» Y termina preguntando: «¿Es, como cree Spengler, un tercer movimiento cristiano en la Historia?»

La inscripción que hay en una fachada del antiguo Ayuntamiento de Moscú, á la entrada de la Plaza Roja, contesta gráficamente al catedrático granadino: «La religión es el opio del pueblo.»

Este pensamiento, de Marx, lo sienten todos los hombres que impulsaron el movimiento ruso. Si D. Fernando de los Ríos hubiese estudiado más atentamente ese movimiento, las circunstancias que determinaron la toma del Poder por los bolcheviques y la influencia del marxismo en el proceso revolucionario, no hubiese estampado semejante infantilidad en el libro que publicó al retorno de su viaje á la República de los Soviets.

La Revolución Rusa no tiene que ver nada con la religión. Se hizo sin la intervención de ésta y á pesar de la hostilidad de los religiosos que la combatían abiertamente.

Con todo respeto, pero también con toda franqueza, con ruda franqueza, he de decir que D. Fernando de los Ríos no ha comprendido la Revolución Rusa. Como tampoco ha comprendido el marxismo. Su concepción humanista de la Historia le impide ver el fondo de las ideas de Marx.

Otro impugnador de la Revolución Rusa es el Sr. Lerroux. El Sr. Lerroux dijo hace tiempo en el Ateneo de Madrid: «Cuando la Revolución se hace con el estómago, todo termina en un cólico. Ese es el caso de la Revolución Rusa.» Disparates como este se pueden decir impunemente en España; si el Sr. Lerroux lo dijera en Rusia, los niños de las escuelas se reirían de él estrepitosamente.

El Sr. Unamuno es otro de los impugnado-

res. En 1919 escribía en la revista *España*: «Se habla por ahí de la dictadura del proletariado. Desatino mayor no puede darse. Desde que el proletariado, apoyándose en la soldadesca, que no otra cosa son los Soviets, se pone á dictar, conviértese en una burguesa conservadora que atropella á todo individuo, incluso á los individuos proletarios.»

Yo abrigaba la esperanza de que el señor Unamuno rectificase su descabellado juicio de 1919. Y abrigaba esa esperanza porque de entonces acá han ocurrido muchas cosas que el Sr. Unamuno debió estudiar para conocer mejor el acontecimiento histórico de más importancia de nuestros días; pero el Sr. Unamuno continúa como antes frente á ese acontecimiento, á juzgar por lo que le hemos oído recientemente. A un hombre que goza fama de sabio hay derecho á exigirle que sea más serio al tratar de una Revolución que es hoy el eje del mundo.

El brillante escritor Luis de Zulueta es otro equivocado. La visión de un cuadro sombrío excitó su sensibilidad en dirección contraria á la verdad. Y así desviado, nos hablaba en un artículo reciente de «la Rusia caótica», de «sus muchedumbres que padecen hambre, frío y desesperanza». Lleno de angustia preguntaba: «¿A dónde va la nave?» Y contestaba con negro pesimismo: «¡No sabe nadie lo que viene detrás!»

Lo que viene detrás, Sr. Zulueta, es la consolidación de la Revolución Rusa y una conmoción general que salvará al mundo. Los hombres de fuerte espíritu deben saludar el porvenir con optimismo, no con ese pesimismo trágico que hace gimotear al Sr. Zulueta.

Final

Un sabio de responsabilidad mental, un verdadero sabio, anarquista teórico por cierto, Agustín Hamón, ha visto claro el problema. «Quiérase ó no—ha dicho—, Rusia simboliza la Revolución y, por tanto, el Progreso, frente á todas las fuerzas de reacción y de conservación, es decir, de regresión y de muerte, representadas en grados diversos por todos los demás Gobiernos.»

La definición es exacta y señala el camino á seguir: con Rusia ó contra Rusia, ó lo que es lo mismo, con el Progreso ó contra el Progreso.

Con el Progreso, ley fundamental de la Historia, que se cumple fatalmente, «quiérase ó no», irá todo el que defienda la Revolución Rusa. Y el Progreso es la Verdad, la suprema belleza de que nos habló Balzac.

¡Hombres de corazón que buscáis la Verdad! Apartad vuestra mirada de Occidente, donde las codicias del capitalismo han abier-

to, en una guerra horrorosa, ocho millones de tumbas y herido y mutilado en la flor de su edad á doce millones de hombres; no busquéis la Verdad en esta zona del planeta, sembrada de ruinas espirituales más dolorosas aún que las materiales producidas por la hecatombe. Si queréis hallar la Verdad, dirigid la mirada hacia Oriente. Por allí apunta, como el sol. En aquel horizonte veréis brillar la Verdad en la estrella roja, en la estrella simbólica que hoy ilumina á Rusia y pronto iluminará á toda la Tierra.

Interviú con una revolucionaria rusa

Conservo de las mujeres rusas, de esas mujeres tan bravas e inteligentes, recuerdos imborrables. En conversar con ellas sentía yo un placer enorme, porque a través de los coloquios, truncados frecuentemente por mi torpeza de hablar en idioma distinto del nativo, descubría múltiples aspectos de la Revolución Rusa.

En las oficinas del Comintern y del Profintern y en las habitaciones del Lux era donde generalmente dialogaba yo con tales mujeres, pero me encantaba sobre todo el poder hacerlo en la grandiosa sala de San Jorge, del Kremlin, tras los artísticos cartones que a modo de Exposición allí se exhibían, contemplando a través de amplios ventanales de cristal el inmenso Moscú, cubierto de una nieve muy blanca que daba al panorama un aspecto fantástico.

Breves eran siempre mis conversaciones con aquellas mujeres, por mi apuntada inferioridad lingüística y además porque éstas

tenían que atender á múltiples obligaciones. Y la forzosa brevedad excitaba más en mí el deseo de una conversación extensa, que satisficiese completamente mi anhelo de oír á una de ellas el relato de su vida revolucionaria.

Lo logré al fin. No en el sitio de mi predilección, en aquella sala de San Jorge que tenía la virtud de recoger más mi espíritu, en parte por el ambiente interior del Kremlin, que lo saturaba de dulces emociones, en parte por el panorama exterior, que me arroaba con sus encantos, sino en el hotel Lux, en la habitación de los inteligentes argentinos Penelón y Greco y del cordial uruguayo Pintos, delegados en el Comité Central de la Internacional Comunista.

Cuando yo entré en dicha habitación, en una de las noches más frías del último diciembre, el diciembre más benigno que conocieron en Rusia muchas personas que me hablaban con espanto de inviernos anteriores, estaba allí Alicia Bogajeroskaya, conocida entre nosotros por Shura. Allí estaban también Penelón y un camarada español que por su amistad con aquélla había llegado á traducir mejor que nadie el chapurrado francés que usaba cuando no tenía más remedio que expresarse en ese idioma. Todo se presentaba bien: una mujer de las que yo prefería para la intervención anhelada y un tra-

ductor ideal resignado á mis impertinencias.

Expuesto mi propósito, Shurita—así, con el diminutivo español, solía yo llamarla, no obstante frisar en los treinta años—se aprestó gustosa á complacerme.

—¿Que cuándo empecé mi vida revolucionaria?— contesta á mi primera interrogación—. Hace algunos años, en el partido socialista de Estonia. Yo fui desde el principio bolchevique. En 1917, en el año de la Revolución, me alisté en el ejército rojo y fui enviada con una misión reservada á Ucrania, donde los soldados seguían aún á Kerensky. Yo trabajaba allí de dos modos: entre aquellos soldados me introducía cautelosamente para desmoralizarlos y hacerles cambiar de pensamiento, y entre los campesinos laboraba con ardor para atraerlos á la causa de la Revolución y formar con ellos batallones de voluntarios.

—¿Y estuve mucho tiempo en Ucrania?

—Allí estuve, durante los diez primeros meses de la Revolución, agregada á la Comisión de movilización. En Kief tuve que bregar mucho. Kief tan pronto caía en poder de los rojos como de los blancos. Los ataques y contraataques se repetían sin cesar, con alternativas de derrota y triunfo para unos y otros. Los voluntarios rojos de Ucrania tenían que pelear entre dos fuegos; de un

lado, operaba Denikine; de otro, Petliura. Yo me batí multitud de veces. Una de ellas caí herida.

—¿Tuvo usted algún otro contratiempo grave?

Antes de contestar á esta pregunta, Alicia Bogajeroskaya se levantó de su asiento y comenzó á moverse nerviosamente. En el azul intenso de sus ojos se encendió una mirada de fuego. Sus rubios cabellos agitábanse desordenados. En su boca se dibujaron unas muecas de trágica expresión. Hasta su respingada naricilla se contraía y dilataba á impulsos de la corriente nerviosa que estremecía todo su cuerpo.

Y así, en esta actitud que nos mantuvo á los oyentes en fuerte tensión, comenzó á narrar un hecho emocionante. Su deseo de reproducirlo lo más gráficamente posible aumentaba sus dificultades de expresión. Cuando la palabra se le mostraba más rebelde, la mimética marcaba gestos terribles en su rostro. A veces fijaba su mirada, abstraída, en un punto, como si allí estuviese el lugar donde el suceso había acaecido; otras, la clavaba en Penelón y en mí, como dudando de que la comprendiésemos, y hubo momento en que sospechando que el español su amigo no la traducía con fidelidad le amenazaba con ademanes desesperados.

Mal, en efecto, entendíamos todos á Shura

en aquel instante. Aun el traductor, cuyo auxilio era indispensable frecuentemente, tenía que hacer esfuerzos titánicos para reconstituir lo esencial del relato. He aquí lo que pudimos comprender.

Era el 24 de febrero de 1919. Derrotado el ejército rojo por Petliura, Alicia Bogajeroskaya cayó prisionera. En el calabozo la golpearon bárbaramente, amenazándola con un revólver. Condenada á muerte, al siguiente día había de ser ejecutada.

Pero los comunistas del lugar vigilaban fuera, decididos á salvar la vida de su compañera. ¿Cómo? Al llegar á este punto, Shura se ríe con extraordinario júbilo, cambiando súbitamente su actitud y su mirada. Sus correligionarios habían logrado, fingiéndose partidarios de Petliura, embriagar á los guardianes. El mismo centinela de vista de la prisionera tensa tal borrachera que se le escapó el fusil de las manos y se quedó profundamente dormido. Y fué en este instante cuando la sentenciada á morir pocas horas después pudo ganar la calle y reunirse con los que habían preparado la evasión.

—Dos semanas—continuó Shura, sentándose, libre ya de la crisis nerviosa—estuve oculta en el campo, enferma de los golpes que recibí en la prisión. Curada, marché á la Selva Negra, donde estaba mi regimiento.

Yo no cesaba de interrogar á Shura, ya

directamente, ya por mediación del traductor. Mi propósito era que no omitiese nada interesante de su vida revolucionaria.

Otro episodio emocionante me refirió á continuación. A poco de llegar á la Selva Negra, una patrulla de reconocimiento en que iba ella se encontró con fuerzas enemigas que creyendo que detrás avanzaba un poderoso ejército bolchevique huyeron precipitadamente. Los fugitivos comunicaron su sospecha al grueso de las fuerzas de retaguardia, las cuales, enloquecidas, abrieron fuego de cañón, sin causar ningún daño. Los rojos, dándose cuenta de la desorientación del enemigo, lanzaron contra él sus ametralladoras, derrotándolo completamente. Shura, al reconocer en el hombre que mandaba aquellas fuerzas derrotadas al que más se había ensañado con ella en la prisión, le disparó un tiro de revólver que le mató en el acto. Desconcertadas dichas fuerzas por la muerte de su jefe, huyeron á la desbandada. Los rojos continuaron avanzando hasta Jitomer, importante villa de un departamento de Ucrania.

Al narrar este episodio, Shura ponía en sus palabras acentos de entusiasmo por el triunfo militar y de satisfacción por la venganza contra el hombre que la había maltratado cuando no podía defenderse.

—En septiembre de 1919—continuó—me

llamaron á Moscú. Era para comunicarme que tenía que ir á Samara, á incorporarme al frente del Turquestán, donde desempeñé el cargo de inspectora política del ejército rojo. Allí luchamos contra las guardias blancas de Denikine, derrotándolas en Krasnovodsk, cerca del Caspio. En seguida marché á Merf, organizando una brigada, y después al frente de Bujara, volviendo nuevamente á Samara, donde un compañero me comunicó que mi madre y mi hijita estaban en Saratof. En mi ansiedad de abrazarlas, corrí á reunirme con ellas. Por cierto que me dieron una dirección equivocada, metiéndome en un barrio incendiado por los socialistas revolucionarios, pero al fin logré hallarlas en otro barrio de la ciudad.

—¿Y después, Shura, adónde la destinaron?

—Al Cáucaso, en cuyo frente fuí jefe en el ejército de reserva. Allí logré organizar algunos destacamentos para atacar á Wrangel, que operaba por aquellos lugares.

Al citar el nombre de Wrangel, en los ojos de Shura fulguró una mirada centelleante. Y en seguida describió con encendido acento una batalla sostenida contra aquél en Tanganrok, entre el mar de Azof y el mar Negro. En aquella batalla estuvo ella disparando durante dos horas una ametralladora.

—En enero de 1921—prosiguió la heroína de esta interviú—fuí desmovilizada, quedán-

dome en las montañas del Cáucaso. Pero yo no me resignaba á la inactividad y me puse á organizar fuerzas contra Magno, contra ese bandido que tanto contribuyó con su traición al desastre de Polonia.

Y los ojos de Shura nuevamente volvieron á brillar con fuego de ira al evocar á Magno.

—Cuando al finalizar el año 1921—continuó—venía yo hacia Moscú á tomar parte en el Congreso de Sanidad, un destacamento de ese *bandido*—subrayó con indignación al repetir el calificativo—atacó el tren en que viajaba con otros camaradas comunistas, algunos de los cuales resultaron heridos. Yo pude huir, pero al correr me caí, y un soldado me hirió en la boca. Lo recordaré siempre: fué en la estación de Tarasoska, en el Don.

Miré á Shura fijamente. A su vez clavó ella en mí sus ojos pequeños y redondos. En ellos rugía la rabia que le producía el recuerdo de un episodio en que no pudo, como tantas veces, dar la cara al enemigo y batirse bravamente.

—Mi vida á partir de entonces—termina Shura—es tranquila, comodona, vida de burocrata. Después de unos trabajos de organización en el Cáucaso, en Moscú me instalé para no moverme más de aquí, y en las oficinas del Comintern ayudo con mi modesta

labor á la creación del mundo nuevo que tantos afanes y esfuerzos nos cuesta.

Abracé, conmovido, á aquella mujer cuando terminó de hablar. Por mi imaginación desfilaron otras mujeres inteligentes y valerosas como Alicia Bogajeroskaya, no pocas de ellas pertenecientes á familias aristocráticas que en tiempos del zar brillaron en la corte de Moscú y de San Petersburgo. Y sentí una tristeza infinita al acordarme de las mujeres de España.

Cuando salí del Lux para encaminarme á mi alojamiento, la nieve caía sin cesar en copos menudos, pero tan copiosos que apenas dejaban ver más que en esfumada silueta los edificios. El termómetro del Palacio del Soviet, en la avenida Tverskaya, marcaba once grados bajo cero. Yo no sentía frío. La compañera Bogajeroskaya había encendido en mi espíritu una llama que caldeaba también todo mi cuerpo.

Una discusión presidida por Casanellas

Durante mi permanencia en Moscú, el «cuarto de los argentinos», en el Lux, era algo así como la prolongación de mi albergue del Grand Paris. En dicha habitación hallaba una cordialidad que me atraía fuertemente. En ella desayunaba casi á diario, y muchas noches iba á charlar con aquellos amigos y con otros que acudían, como yo, al calor de la cordialidad que allí se respiraba.

La noche siguiente á la clausura del Congreso de la Internacional Sindical Roja, una gritería me denunció, antes de llegar al «cuarto de los argentinos», que en él se discutía vivamente. «¡Pido la palabra!», grité yo, á mi vez, en tono de broma, al entrar. Una mirada que me impuso silencio, y el gesto grave de los reunidos, me denotaron que la polémica era una cosa seria. Las voces que había oído desde fuera señalaban un momento álgido de la discusión.

El de la mirada conminatoria era Casanellas, Ramón Casanellas, el auténtico. Y digo

el auténtico porque por Moscú pasaron muchos Casanellas apócrifos que explotaron la credulidad de los hospitalarios rusos.

Casanellas me invitó á sentarme á su lado, en un pequeño sofá pegado á la mesa que rodeaban los polemistas. En pocas palabras me explicó lo que allí sucedía. Se discutía si es, ó no necesario el partido político como órgano directivo del proletariado. Vechi, el líder italiano, sostenía la tesis del sindicalismo puro: no es necesario ningún partido para orientar á los trabajadores y conducirlos á la revolución. Penelón, Greco y Andrés Nin sostenían, por el contrario, que sin un partido político de clase que le sirva de vanguardia, el proletariado carece de unidad para hacer la revolución y para consolidarla.

Para formalizar la discusión se había nombrado presidente á Casanellas. ¿Os explicáis ahora lo de la mirada conminatoria?

La chillería se había producido por una interrupción de Vechi. Contra él cargaron todos con un poco de irritación porque le veían en contradicción con su actitud en el Congreso sindical. En la sesión de este Congreso donde se había aprobado la proposición de Monmouseau relativa á las relaciones orgánicas de la Internacional Sindical Roja y la Internacional Comunista, Vechi, al saber el resultado de la votación, gritó enardecido: «¡Viva la Internacional Comu-

nista!» Y este grito se interpretaba como significativo de la simpatía que le inspiraba ya al líder de la Confederación General del Trabajo de Italia la Internacional política. Por eso sus contradictores le atacaban acaloradamente. Juzgaban que estaba rectificando su gesto del Congreso sindical.

A partir de este achuchón colectivo, la argumentación de Vechi comenzó á disminuir en intensidad lógica y emotiva. En cambio, el ex secretario de la Confederación Nacional del Trabajo de España, Andrés Nin, argumentaba vigorosamente con la experiencia rusa y con los desaciertos de dirección de la táctica catalana, y Greco aportaba magníficos razonamientos deducidos de las luchas sociales de la Argentina. Penelón hablaba poco y sentenciosamente. De cuando en cuando acariciaba su ondulante melena, que graciosa le caía por un lado, cubriendole un hombro.

Yo prestaba poca atención á lo que allí se decía. Y eso que se hablaba bien, con cierto esmero oratorio y profundizando el tema. Nin, sobre todo, tuvo momentos formidables. Pero yo, repito, prestaba poca atención á la polémica, y luego diré por qué.

Casanellas ponía en el desempeño del cargo que le habían confiado el máximo de cuidado y de posible imparcialidad. ¡Quería aparecer como un buen presidente, un presidente

desapasionado! Pero no lo conseguía. Y prueba de ello eran aquellos visajes y aquel hormiguillo que le entraba cuando oía á Vechi cosas con las que él estaba ya en desacuerdo. A ratos estrujaba entre sus manos, con nerviosidad incontenible, el gorro del ejército rojo que como piloto aviador usaba. Más de una vez tuve yo que echarme á un lado del sofá para no recibir algún inconsciente manotazo.

El Casanellas que yo observaba atentamente entonces era el mismo que se me había revelado días antes en el Kremlin. Por eso yo no prestaba atención apenas á los demás, para concentrarla en él. Me interesaba extraordinariamente aquella confirmación inconfundible del estado de su espíritu. Lo del Kremlin fué una espontaneidad suya. Salía yo de una sesión del Congreso comunista, y al llegar á la sala de San Jorge me cogió del brazo y me invitó á pasear por ella. La conversación derivó pronto á las preocupaciones de su espíritu, al cambio que se iba operando en su mente al contacto de una realidad revolucionaria. Me confesó que él había vivido equivocado, que el ambiente de Cataluña, de Barcelona sobre todo, le extravió. El sigue con su temperamento revolucionario, más revolucionario que nunca, pero la Revolución la ve ya de modo distinto á como la veía antes de ir á Rusia. «Yo ahora soy

comunista convencido!», me declaró con orgullo y apretando fuertemente su brazo contra el mío.

Y, es claro, el ser comunista excluye la táctica de la violencia individual. La violencia individual, erigida en sistema, aparta á las masas de las acciones que á ellas corresponden. Violencia, sí, pero colectiva y organizada, violencia de masas. Es así como ha de darse el asalto á la fortaleza capitalista.

En estos términos se expresaba Casanellas, saliéndosele el alma por sus ojos redondos y expresivos y accionando con tal fuerza que llegué á abrigar serios temores por la integridad de mi brazo.

Casanellas ha reformado totalmente su ideología y sus sentimientos revolucionarios. Es un hombre que ha sabido entrar en Rusia y comprenderla. Como él, hay en el país de los Soviets otros que fueron también anarquistas y se han pasado al comunismo, como hay anarquistas que sin abjurar de sus antiguas ideas apoyan, por encima de todo, el régimen soviético.

Pone especial empeño Casanellas, cuando habla de sus cambios ideológicos y tácticos, en señalar la ineeficacia del atentado personal, por el que tuvo preferencias tan evidentemente demostradas como en el caso Dato. ¿Implica este cambio una disminución de su energía? De ningún modo. Yo aseguro que

si Casanellas tuviese que realizar alguna acción militar como miembro del ejército rojo acometería con ímpetu hasta temerario y saludaría á la muerte con la sonrisa en los labios. El valor personal de este simpático charrón es realmente asombroso.

En nuestro paseo por la sala de San Jorge, este fué el tema principal de la conversación, en la que yo apenas si hacía otra cosa que asentir, porque lo interesante para mí era, no el hablar yo, sino oír á Casanellas, que con tanta espontaneidad como placer se estaba confesando conmigo.

De ahí mi atención para él en la discusión del Lux. Allí no hablaba; no le tocaba más que presidir. Pero en su mirada y en su mimica involuntaria veía yo su conformidad con todo lo que exponían Nin, Greco y Penelón. Por tanto, Casanellas era ya, no sólo un enemigo de la táctica de violencia personal, sino un convencido de toda la doctrina y de toda la acción comunista, un perfecto comunista. Como tal ha de prestar buenos servicios al Partido Comunista Ruso, porque además de valiente es inteligente y reúne otras magníficas cualidades.

La discusión del Lux no fué extensa. Tampoco enconada. Aparte el incidente que se había promovido á mi llegada, el resto se deslizó tranquilamente, hablando cada cual cuando le correspondía y en tono de gran

cordialidad. La finalizó el presidente con unas palabras conciliadoras y unos gestos que expresaban á Vechi su disentimiento con él.

Apretones de manos y promesas de trabajar por la Revolución en los respectivos países disolvieron la reunión. Cuando salí á la calle, la noche estaba relativamente templada. No eran más de ocho grados bajo cero los que marcaba el termómetro. Como durante el día no había caído un solo copo, la nieve del suelo se había endurecido con las pisadas de los transeúntes y la circulación de los trineos, formando una superficie muy resbaladiza. Adoptando toda clase de precauciones, me encaminé á mi alojamiento. Más de una vez tuve que hacer equilibrios para no caer. Procuraba concentrar la atención en el peligro, pero no siempre lo lograba totalmente, y ello era debido á que no podía apartar de mi pensamiento á Casanellas. Seguía preocupándome extraordinariamente la conversión de este anarquista de acción al Comunismo. Su caso es de los que prueban que cuando hay fuerza mental para librarse de prejuicios, la verdad puede ser asimilada prontamente por el más fanático de un ideal ó de un sistema. El quid está en saber estudiar el libro de la Vida.

Controversia con el P. Gafo

Un incidente que no vale la pena de mencionar aquí, dió origen á una controversia entre el P. José D. Gafo, rector del Colegio de Santo Domingo, de Oviedo, y el autor de este libro, director entonces del periódico donde aquélla se mantuvo, *La Aurora Social*. Lo más noble en esta clase de polémicas es entregarlas íntegras al público, para que sea él quien juzgue imparcialmente. Por eso en este trabajo se recogen las réplicas y las contrarréplicas de los dos contendientes, terminando con la contestación esperada, inédita hasta ahora por las razones que en otro lugar se exponen. El incidente aludido suscitó una breve carta abierta del P. Gafo, cuyos conceptos esenciales conocerá el lector por la contestación que tuvieron en los siguientes párrafos, entresacados del artículo publicado al efecto:

«Los obreros deben ser todos morales, deben estar todos unidos y vivir fraternalmente en sus fábricas y talleres»—dice el fraile dominico en su carta abierta. Y agrega: «Por ese camino de la cultura ética y de la disciplina interior y exterior exigidas á los asociados, van ustedes derechos al triunfo, que de otro modo no sería rápido ni duradero.»

¿Qué misteriosa influencia habrá ganado el espíritu de este fraile?—nos preguntamos (1) al leer tan laudables manifestaciones, que nos sorprendieron, claro está, gratamente. ¿Será que estos hombres—seguimos interrogándonos—se han convencido de que apartar de la organización á los trabajadores es una insensatez y que la Iglesia católica más pierde que gana fomentando el *amarillismo*?

De nuestras dudas vinieron á sacarnos estas otras líneas de la misma carta:

«La conciencia clara del deber moral—refiérese á los trabajadores afiliados en una sola organización—les llevará primero al respeto á la religión y luego á su afirmación, con lo cual atraerán fuerzas y simpatías con que hoy no cuentan, quedando sólo en la oposición aquellos elementos capitalistas y burgueses rebeldes á la *socialización*, aunque se llamen católicos.»

En efecto: el P. Gafo es un desengaño de la eficacia del *amarillismo* y abriga la esperanza de que una organización única,

(1) El lector advertirá que en estos artículos empleé, pluralizando, una forma impersonal. Ello es debido á que en todos los periódicos que he dirigido usé siempre de la misma forma. En muy contados casos firmé mis escritos. A pesar de ello, en el modo de dirigirme á mí el P. Gafo, y en algún pasaje mío, se nota ostensiblemente que toda la polémica se desarrolla entre los dos. En la contestación con que la cierra, y que aparece por primera vez en este libro, es donde únicamente empleo la forma personal, en virtud del cambio de circunstancias.—N. del A.

fundada en la cultura ética y en la disciplina, respetará la religión y acabará por afirmarla.

La organización obrera, reverendo fraile, para nada se mete con la religión, que considera cuestión privada del individuo. Con quienes se mete, para defenderse, es con los que la atacan escudándose en la religión, que convierten en instrumento de los egoísmos patronales. La religión—llámese católica, protestante, mahometana, etc.—es una cosa que se va del mundo por selección científica; no necesita, por tanto, la organización obrera el combatirla. Por eso creemos que las esperanzas que á este respecto abriga el P. Gafo carecen completamente de fundamento. Son una dulce ilusión suya, muy respetable si la acaricia sinceramente. Nosotros opinamos, al contrario del simpático dominico, que la organización obrera seguirá desarrollándose prescindiendo en absoluto de todas las religiones.

Días después aparecía en los diarios de Oviedo una segunda carta del P. Gafo, que no se publicó en *La Aurora Social* por esa circunstancia. Dicha carta es la siguiente:

Muy respetable señor director: Ante todo mil gracias por la publicación de mi primera carta y por la contestación que me dedica,

de todo lo cual no pude enterarme hasta mi regreso á Asturias, hace muy pocos días, aunque ya en las montañas de León tuve alguna noticia de la polvareda que se levantó por lo uno y por lo otro. Me tiene completamente sin cuidado.

Si usted sigue siendo tan amable para conmigo me voy á permitir algunas observaciones á su contestación. Siento de veras que ésta no sea tan larga y minuciosa como era, al parecer, su deseo. Hubiera disfrutado mucho con sus comentarios. No pierdo la esperanza de que sigamos dialogando sobre estos temas interesantísimos, con lo que prestaremos un buen servicio á la causa de la Verdad y de la Democracia. Cónstale, desde luego, que tenemos ya vivamente interesada á una buena parte de la opinión de ambos bandos: el socialista y el católico.

Insisto en proclamar la necesidad de la unión y fraternidad de *todos* los obreros en fábricas y talleres y en la misma y *única organización*, para conseguir el triunfo definitivo, que deseo yo tanto como ustedes pueden desearlo, el cual no es otro que la *socialización* de la vida económica. Dice usted que estas afirmaciones más les *sorprendieron* gratamente. No sé por qué esa sorpresa, pues si ustedes leyesen algo que no leen sabrían que, si bien hubo y hay católicos enemigos de esa *socialización* y de todos sus

antecedentes y derivaciones, también hubo y hay muchos, muchísimos, que desde la promulgación del Evangelio hasta el día son partidarios de ella con todas sus consecuencias. Para éstos no hay tal *desengaño* ni tal *cambio* de actitud; es afirmación consciente, cada vez más clara, más explícita y contundente. Es asunto *libre*, aunque para el entendimiento convencido no hay propiamente opción ni libertad de pensar.

El *amarillismo*, franco ó disfrazado, es para nosotros, los demócratas cristianos, tan odioso como para ustedes. Ahí están los *Sindicatos libres*, y los que, por algo, no quieren llevar tan hermoso título. Bien reciente está la ruptura de unos y otros, nada menos que en el primer Congreso nacional que celebraron, aunque la escisión ocurriera después de aprobar un *programa* mínimo común que con gusto le remito para su consideración y comentario.

Por estas y otras razones, que explicaría con verdadero placer si usted me lo permitiera, no es difícil encontrar la «misteriosa influencia que ha ganado el espíritu de este fraile». Por de pronto le aseguro que no es la de que «la Iglesia católica más pierde que gana fomentando el *amarillismo*», como usted dice, aunque ello sea una verdad como un templo. Ni la Iglesia católica ni los católicos nos movemos en nuestras actuaciones

por el utilitarismo de los resultados. La Iglesia va tras de su ideal sobrenatural, y nosotros vamos tras nuestras convicciones sinceras, caiga lo que caiga. A veces vamos contra corrientes enormes, que creemos extraviadas, afrontando las iras ó los halagos del mundo; á veces las seguimos ó estimulamos porque las creemos puestas en razón y velamos para que no se desborden, como sucede en el caso presente.

Soy de los convencidos de que la Iglesia, como Dios, no necesita protectores. Ni necesita del Estado, ni de los partidos políticos. Le basta y le sobra una sincera y verdadera *libertad*, con aquellas garantías y tutelas, si así quieren llamarse, que reclama toda personalidad jurídica, según su modo de ser, de los poderes públicos, sean burgueses ó socialistas. Por eso mi sorpresa llega al colmo cuando le veo á usted, mi querido director, al plantear la *questión religiosa*, estancado en pleno siglo XVIII, sin pasar de *Las ruinas de Palmira*, de Volney, y demás superficiales enciclopedistas, ó empapado en el burdo y chabacano materialismo á lo Büchner de hace treinta años, sin que, al parecer, influyese en usted, por lo menos, toda la inmensa literatura de *Sociología religiosa* que produjo el último tercio del siglo pasado y lo que llevamos de este, al suponer usted tan superficial, tan aéreo, el *sentimiento religioso*.

so en la especie humana, pues cree usted cándidamente, con buena fe digna de mejor causa, que «la religión es una cosa que se va del mundo por selección científica».

Pero, hombre... ¡cuántas ilusiones perdidas, cuántos esfuerzos estériles y preciosas actividades gastadas en destruir lo indestructible! ¡Cuántas veces se entonaron los funerales de la Iglesia y se creyeron apagadas las luces del cielo, suponiendo que el sol había desaparecido *porque era de noche* ó habían desaparecido para siempre las estrellas *porque era de día*, y, no obstante, pese á las *nubes*, que en nuestra Asturias abundan tanto, sigue existiendo el sol y las estrellas y *demás luces del cielo...* y la Iglesia sigue viviendo una resurrección perenne y triunfal por todo el mundo, aunque no lo vean ni lo sientan algunos espíritus de por aquí!

No me extraña—¡cómo me voy á extrañar!—que haya ateos y arreligiosos, pocos ó muchos, ó muchísimos, en el mundo, y que ellos, viéndose á sí mismos, se crean incontables. Siempre los hubo y siempre los habrá, como siempre hubo y siempre habrá mancos, cojos, ciegos y enfermos de todas clases, no obstante ser el hombre normalmente sano y hermoso. Además de que hay verdaderas *epidemias espirituales* como las hay corporales, y hay tiempos y rincones del

globo en que esas epidemias se ceban de un modo sangriento en las almas; pero... el mundo es muy grande.

La religión, mi querido director, es un germe humano-divino que, contra todo esfuerzo, retoña perennemente en las almas, aunque también reclama su *cultivo* para que produzca en ellas frutos sazonados y sabrosos. Si el terreno es malo ó no se prepara y atiende como es debido, ó se neutraliza de momento la labor de los cultivadores con otras siembras ó labores destructoras, la vegetación puede ser lánguida, estéril ó nula, pero, á la corta ó á la larga, lo pagarán bien caro los consumidores, digo, los que para vivir en sociedad, con cierta decencia y no á lo salvaje, necesitan de ética. La religión es una *supercultura* del espíritu, que si no se estudia y se vive no se sabe, no se aprecia, se ignora, tal vez se desprecia ó se niega, como ocurre con las Matemáticas, con la Medicina, con la Ciencia social, con el Arte, para los profanos en esas disciplinas. Por eso he dicho y repito que «la conciencia clara del deber moral les llevará primero al *respeto* y luego á la *afirmación* de la religión» si se cumplen las condiciones dichas. El que se empeñe en ser ateo, no cabe duda que lo conseguirá, como el que se empeña en ser malo ó en suicidarse.

No, la religión no se va empujada «por la

selección científica». Como decía el gran pensador Bacon, padre de la filosofía moderna, «poca ciencia aparta de Dios; mucha ciencia conduce á Dios».

Dice usted que «la organización obrera para nada se mete con la religión, que considera como cuestión privada del individuo». Esta es la *teoría*, pero desgraciadamente no es la *práctica* de ustedes. ¡Ah si la practicasen sinceramente, si no se metiesen con la religión! Ya sería un hecho lo de la unión de todo el proletariado en una sola organización, que sería formidable. Pero observo que la religión, mejor dicho, que la irreligión, es la obsesión de ustedes, los directores de las masas socialistas. No hay periódico de ustedes que no dedique gran espacio á combatir las ideas ó los actos religiosos; no hay discurso ó acto de propaganda en que no se diga algo contra lo mismo, en que no se ponga cátedra de impiedad y se insulten los sentimientos de los católicos. Es una lástima y una desgracia para todos, pero es así.

Si, según ustedes, la religión es *asunto privado, que debe permanecer en el interior de la conciencia*, cosa que no discuto ahora, también *la irreligión debiera ser considerada como asunto privado, que debe permanecer secreto*, como tantas otras cosas, y jamás las organizaciones obreras debieran permitir que en sus órganos oficiales, ni en ningún

acto público, se diese *salida* á las ideas, sentimientos y odios sectarios de los que tienen la desgracia de no creer. Eso es ilógico y de efectos desastrosos. Mientras sigan, no será posible la mencionada unión, y estarán siempre justificadas *las dos organizaciones obreras*, siendo por este motivo muy difícil que se acabe con el *amarillismo*, escudado en esas divergencias que dividen á los obreros luchadores. Yo creo, repito, que es fácil llegar á una inteligencia entre ustedes y los obreros católicos *no amarillos*, porque son muchos los del campo de ustedes que lo desean y no están conformes con el sectarismo irreligioso de los socialistas. Si por parte de nuestro campo notan ustedes cierta hostilidad hacia el socialismo y las organizaciones socialistas es principalmente por el descabellado empeño de los directores de esas organizaciones de presentar siempre el socialismo como *esencialmente anticatólico*. Practiquen la teoría de no meterse con la religión para nada, no hagan propaganda de impiedad y no falten al respeto á las ideas católicas aunque no sea más que por consideración á las personas que las sustentan y practican, y llegaremos á entenderlos.

Perdone la extensión desmesurada de esta carta, aunque todavía me queda mucho que decir y con gusto lo diría en este pe-

riódico si usted me lo permitiese, con la promesa de ser tan conciso como usted quisiera.

En el interregno de la aparición de la precedente carta y su contestación, publicó el P. Gafo, en los diarios locales, un artículo que no debe ser hurtado al conocimiento del lector, por la conexión que guarda con esta polémica. Se titulaba *A los de nuestro campo*, y decía así:

Como no me es posible contestar á todas y cada una de las cartas, y aun preguntas verbales, que recibo con motivo de mis diálogos con *La Aurora Social*, voy á hacerlo desde aquí, pidiendo á todos perdón por no dirigirme á ellos personalmente.

El silencio que guarda *La Aurora Social* desde la publicación en los diarios de la segunda carta—que aún espero ver publicada y contestada por el aludido periódico socialista—, silencio que yo me explico por apremios de Redacción, y más tratándose de un órgano obrero hecho, no por pasatiempo literario, sino para defender y satisfacer necesidades urgentísimas, es para mí de una gran oportunidad porque me permite dirigirme en este forzado paréntesis á los de nuestro campo, que son los autores de las sobredichas cartas.

En primer término debo rechazar ciertas frases de mis comunicantes dictadas sin duda

por prejuicios inveterados y no por la serena reflexión. Un catedrático de Universidad me dice: «Para tratar con esas gentes creo que está más indicada la policía que los frailes y, en general, las personas decentes.» Un notable escritor también me dice: «No se canse usted ni pierda el tiempo. Esos señores no aceptan polémicas serias, porque no tienen sinceridad y no buscan la verdad, sino el sofisma para engañar á las masas. Suelen soltar verdaderas atrocidades científicas y filosóficas porque no digieren, y confían en la ignorancia de sus obreros. Cuando se les aprieta se retiran, y suelen decir con falsa humildad, hasta en las conversaciones privadas, que ellos son obreros, que no tienen instrucción porque no han podido tenerla, que no saben explicarse, que nosotros sabremos más porque hemos estudiado, pero que á ellos *no les convence nadie*. Creen á puño cerrado y defienden su fe como los mahometanos.»

Un condiscípulo mío, que siempre fué algo guasón, me dice: «Amigo, se *ha pasado usted de listo*. Si la *cogida* de la segunda carta no hubiera sido tan monumental, ya se la hubieran comunicado. En esa forma estoy seguro de que con todas las promesas no la publicarán jamás, aunque los aspen, porque pudiera ser que abriese los ojos á muchos infelices que no leen más periódicos que *La*

Aurora ó *El Noroeste*.» «Haber jugado un poco antes con el capote y las banderillas; pero á las primeras de cambio meter la espada y matar al toro no tiene chiste. Se acabó la fiesta.»

Elijo estos tres testimonios porque resumen el pensamiento, ó mejor dicho, los *sentimientos* de una docena larga de pfos comunicantes. Dicho se está que también tengo testimonios mucho más favorables para mi proceder y el de los socialistas, suponiendo que éstos sigan el diálogo.

A todo esto debo decir que yo supongo de buena fe á todo el mundo mientras no se pruebe lo contrario, y hasta el presente no se ha probado la mala fe de los redactores de *La Aurora*. Han sido modelo de cortesía y ecuanimidad; han expuesto algunas de sus ideas con moderación y respeto, y si no han publicado mi segunda carta y su réplica correspondiente... aún no se acabó el año escolar. Odia el pecado y ama al pecador, dice San Agustín. Y si eso no reza precisamente con la policía y la guardia civil, sí reza principalmente con nosotros, que renunciamos y vencemos todos los otros amores para consagrarnos á este de las almas todas, de las grandes empresas renovadoras, de las grandes ideas. Esto lo comprenderán mejor que nadie los que podemos llamar apóstoles y mártires del proletariado militante. La gran

virtud, la esencia del cristianismo, es la caridad, y ésta debe extenderse á todos, incluso los enemigos, tanto más cuanto que los socialistas sinceros no son tan enemigos nuestros como el vulgo cree; «son cristianos inconscientes», según frase de Manning.

A las demás observaciones de los de nuestro campo, algunas muy interesantes, iré contestando al explicar los siguientes puntos:

- 1.^º Qué entiendo por Sindicatos libres.
 - 2.^º Cómo entiendo la posible unión de estas Asociaciones con los socialistas.
 - 3.^º Cómo entiendo la *socialización económica*.
-

Tres días después de la publicación del precedente artículo aparecía la contestación á la segunda carta del P. Gato. Es la que va á continuación. Todo se inserta en este libro guardando el orden con que fué publicado. El lector se dará cuenta en seguida de lo que es de uno y otro contendiente, sin necesidad de notas explicativas, de las que no se ponen más que las absolutamente necesarias.

No necesitaba el rector del Colegio de Santo Domingo recordarnos en los diarios locales nuestro compromiso de contestar á su segunda carta, que por haberla dado al público en dichos periódicos nos ahorra el espacio que su reproducción ocuparía en el nuestro. Ya le dijimos en el penúltimo núme-

ro que le contestaríamos en el siguiente, «si Dios quería», pero *Dios* dispuso que en el último número se aglomerara tal cúmulo de asuntos importantes y de palpitable actualidad que era materialmente imposible complacer al P. Gafo y á nosotros mismos. Por tanto, han errado los que por carta y verbalmente le aseguraron al simpático y sagaz dominico que nosotros «no aceptamos polémicas serias porque *no tenemos sinceridad y no buscamos la verdad, sino el sofisma para engañar á las masas*». Ha hecho usted bien, P. Gafo, en defendernos de esas imputaciones malévolas, y más fuertes admoniciones merecía ese catedrático de Universidad—¡oh, la austeridad de los claustros!—que le dijo que «para tratar con esas gentes (refiriéndose á nosotros) está más indicada la policía que los frailes y, en general, las personas decentes».

Vaya por delante un gesto de desprecio para esos *intelectuales* de pan llevar, y entremos en materia sin más preámbulos, que el tiempo apremia y también el espacio, por cuya razón tendremos que ser más parcos de lo que quisiéramos contestando al amable dominico.

Insiste usted, P. Gafo, en proclamar «la necesidad de la unión y fraternidad de *todos* los obreros en fábricas y talleres y en la misma y única organización para conseguir el

triunfo definitivo». Pues buen remedio: á disolver esas organizaciones de obreros católicos, que en la lucha social no sirven más que para ayudar indirectamente á los patrones, y vayan esos obreros á los Sindicatos verdaderamente *libres* que con anterioridad se han constituido. Precisamente ahora se habla de fundir los dos organismos nacionales obreros, la Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo, en uno solo que acoja, como en Francia, como en Italia, como en otros países, á los obreros de distintas tendencias. En las organizaciones sindicales que forman los obreros verdaderamente *libres*—no los que hacen de este vocablo un eufemismo—á nadie se le pide la cédula de su comunión política ó religiosa. Con aceptar el principio de la lucha de clases—que es una realidad social, no una fantasía de imaginaciones *revolucionarias*—ya está todo concluído. Los católicos, como tales, á la iglesia, pero en los Centros Obreros á luchar contra los capitalistas, sus enemigos naturales, y también contra las instituciones y *dignidades* que condonen, en su esencia ideológica y emancipadora, movimientos como el de agosto de 1917, por ejemplo. ¿Qué, le parece á usted bien, P. Gafo?

Dice usted, reverendo padre, que el fin que persigue no es otro que la *socialización de la vida económica*. ¿Quiere dar á enten-

der con esto la *socialización de los instrumentos de trabajo*? Porque si á eso aspira, coincide con nosotros; es usted un perfecto socialista. Y al serlo, tiene usted que pedir, como nosotros, la separación de la Iglesia y el Estado, con la expropiación de los bienes que aquélla detenta, y que pague los gastos de culto y clero quien precise de esos auxiliós. ¡Qué pocos curas y frailes habría entonces, P. Gafo! Y qué gusto daría ver á los purpurados despojándose de sus lujos insultadores y apencando al trabajo, como cada *quisque!* Vamos, como en Rusia.

¿Que la *socialización* es asunto libre para los católicos? Si se entiende en la forma que acabamos de explicar—y de otra no sería más que un juego de palabras—tenga en cuenta el P. Gafo que contradice al mismísimo León XIII, «el padre de los obreros»—*rissum teneatis*—, que consideraba al Socialismo como el mayor enemigo de la sociedad. ¡Cuidado, P. Gafo, en meterse en terrenos escabrosillos!... A menos que ahorque usted los hábitos frailunos y arrostre «todas las consecuencias». ¡Cuántos harían eso—no hablamos á humo de pajas—si les aseguraran el diario yantar! Son muchos, créalo usted, son muchos los curas y los frailes que viven en perpetuo tormento espiritual. Cuando triunfe el Socialismo—que triunfará pronto, más pronto de lo que creen los bienhalla-

dos con esta sociedad maldita--¡cuántos hábitos y sotanas bailarán por el aire!

Nos felicitamos de que odie usted el *amarrillismo*. Nosotros no le concedemos tanto honor; nos basta con despreciarlo. Aduce usted como prueba de ese odio la creación de los Sindicatos *libres* de católicos... Sí, muy libres, pero en cuanto alguno de ellos hace pinitos de *libertad*, como el de ferroviarios, en seguida le sale al paso un Severino Aznar—¡ya ve usted, Aznar, el papa, digámoslo así, de esos Sindicatos *libres*!—y les advierte (¿no lo ha leído usted en *El Debate*?) que «no saben lo que piden; que lo que piden va contra la justicia, contra la doctrina social, contra sus compromisos y contra sus conveniencias». Y lo que pedían esos pobres diablos era que «sólo las Sociedades obreras puedan nombrar la representación de su profesión». De modo que al primer tapón *liberal*... etcétera.

«La Iglesia va tras de su ideal sobrenatural.» Perfectamente; pero que no se salga de ahí, y entonces no nos meteremos con ella más que cuando cada cual, en uso de su perfectísimo derecho, analice y critique sus doctrinas científicamente; que no se ponga al servicio de los poderosos, que es lo que ha hecho desde que el emperador Constantino le concedió el poder temporal. ¡Y cuántos crímenes cometió desde aquel infiusto día!

¡Qué de persecuciones horribles y tormentos cruelísimos contra millones de infelices que no cometieron otro delito que profesas ideas distintas al catolicismo!

¿Que la Iglesia no necesita del Estado? ¿Pues por qué no pide la separación? Porque necesita de él, como el enfermo de la medicina.

Cónstale, reverendo padre, que la *cuestión religiosa* la hemos tocado en nuestra primera réplica porque usted nos dió pie para ello; pero ya que nos supone estancados en Volney y en Büchner (¡padre Gafo, *por Dios*, no trate tan despectivamente al autor de *Fuerza y materia!*) permítanos asegurarle—palabra de honor y sin pedantería—que nuestras convicciones personales en esa materia tienen algún fundamento mayor que el preclaro que nos concede.

Sí, no le quepa duda al P. Gafo: «la religión es una cosa que se va del mundo por selección científica». La religión positiva, se entiende; ó la confesional, si estima esta palabra más expresiva y adecuada. En cambio surge, sustituyendo á aquélla en las relaciones, no solamente económicas, sino también éticas, de los hombres—no olvide que estamos emitindo apreciaciones personales y en un momento de controversia *religiosa* á que se nos empuja—la religión del Socialismo. La otra, la positiva ó confesional—en sus dis-

tintas esencias, formas y modalidades—«se va del mundo» porque la Ciencia ha demostrado, con sus investigaciones y raciocinios, que la Biblia de los católicos, por ejemplo—como el Korán de los mahometanos, etc.—, es un libro todo lo *santo* que se quiera, y aun *poético* en ciertos pasajes, pero plagado de errores, absurdos y disparates. Si seguimos dialogando, ya le recordaremos al P. Gafo algunos de los de más bulto. Y no acudiremos á Volney y á Büchner para que nos saquen del apuro. Iremos á la propia fuente, al texto *vivo*. Tiraremos de Biblia.

Pero repetimos que la religión es para nosotros, como socialistas militantes, cosa secundaria. Nuestros correligionarios de Alemania, en su famoso Congreso de Erfurt, la consideraron como «cuestión privada» (esto no obstante, con el centro católico del Reichstag tuvieron que librarse recias batallas); los italianos observaron que los campesinos, sin propagandas especiales, nada más que por la eficacia de las doctrinas económicas del Socialismo, perdían la fe en el catolicismo; los españoles, siguiendo la misma táctica de los italianos, observamos, como éstos, tanto en los trabajadores del campo como en los de las ciudades y las villas, que dejan espontáneamente la religión cuando abrazan nuestras doctrinas. Es decir, que el fenómeno se produce á la inversa de como

cree el P. Gafo, que espera que la conciencia clara del deber moral nos llevaría, si captáramos al proletariado entero en una sola organización, primero al respeto á la religión y luego á su afirmación.

No, P. Gafo, no es así. La religión «se va». Es la Ciencia, que la arroja del mundo. La Ciencia y la experiencia. Mire usted: el que esto escribe por razón de su cargo y por haber sido honrado con sus cariñosas alusiones, fué un ferviente católico, apostólico y romano, hasta que la luz de la razón iluminó su mente y el gran libro de la Vida le enseñó que en las tragedias de la sociedad siempre la Iglesia se puso—excepto en los tiempos heroicos del comunismo cristiano—de parte de aquellos de quienes Jesús dijo que era más difícil que entraran en el reino de los cielos que un camello por el ojo de una aguja. Y recuerda, además, que en sus años juveniles, cuando se deleitaba con la literatura del católico Chateaubriand, y nutría su cerebro con la filosofía del gran presbítero Balmes, y oía arrobado las famosas conferencias del P. Cámara, llegaron hasta él, abriendo su conciencia á una nueva vida más amplia, más luminosa, más humana, más científica y más bella, las predicaciones, henchidas de noble pasión y de verdadera unción apostólica, de un humilde obrero tipógrafo, de Pablo Iglesias. Desde entonces dejó

de ser católico y se afilió en el Partido Socialista, en cuyo seno y con cuyas doctrinas halló su espíritu satisfacciones más puras y se sintió más bueno y se consideró más útil á sus semejantes (1).

Esta réplica, P. Gafo, es ya excesivamente larga y hay que ponerla fin, que hertas cosas de interés palpitante requieren nuestra atención y el espacio de este semanario. Parte de ella la hallará quizá algo humorística, pero no grosera, y desde luego bien intencionada y con fondo sano, aunque parezca paradógico el aliar el humorismo con la seriedad.

Y para terminar un consejo, por si le place admitirlo y practicarlo: á esos moscones que

(1) Entre el Pablo Iglesias de entonces y el Pablo Iglesias de ahora hay una diferencia inmensa. El Iglesias que fué maestro de todos los socialistas españoles se ha perdido ya para la causa que con tanto ardor defendía cuando su noble espíritu podía resistir las impurezas de la vida política. Hoy sigue dirigiendo un partido que se ha contaminado de esas impurezas y que recibe apoyos de la burguesía. Por eso entre los dos ya no existe el lazo que nos unía. En las luchas actuales, Iglesias forma en los cuadros de los que colaboran con el capitalismo mundial. Es la consecuencia lógica de su obstinación en prolongar los contactos con los partidos burgueses. Yo, viviendo cada vez más fuertemente en mi espíritu las primeras predicaciones de Iglesias, del Iglesias que tomé por maestro, formo en los cuadros de los que repudian esa colaboración. Sigo, pues, en espíritu, al Iglesias de antes; con el de ahora no puedo estar porque me lo impide mi conciencia socialista. Creo que estaba en el deber de hacer esta aclaración á las palabras relativas á Iglesias que figuran en este artículo, principalmente por las cosas que pasaron desde que han sido escritas.

le van con cuentos—que suponemos no inventados por usted, ¡naturalmente!, como algún malicioso ha imaginado—mándelos á freire espárragos ó á la *eme*, pues bien merecen las más duras destemplanzas por perversos ó por tontos, que «de todo hay en la viña del Señor».

Mi querido señor director: He leído con detenimiento y con la mayor complacencia las dos columnas y media de fluída prosa que usted dedica á contestar mi segunda carta. Mil gracias.

Creo que esto va bien, y que si á usted no le obligan á volverse atrás sus compromisos ó sus amigos de arriba ó de abajo, vamos á llegar á trascendentales coincidencias á la vista de todo el mundo; con lo cual, esté usted seguro, daremos una gran satisfacción á las masas obreras de uno y otro bando que buscan solamente la verdad y la justicia, hálense donde se hallen.

¡Estaría bueno que en Asturias se diese un abrazo de fraternidad un fraile y un socialista, á cara descubierta y razonando las cosas á plena luz! Sería tal vez, como símbolo y como principio, más trascendental este abrazo que aquel otro famoso de Vergara, que dió fin á nuestra primera guerra civil.

Sólo temo una cosa: que por exceso de

original, ú otros motivos recónditos, no publique *La Aurora* mis escritos. Desde luego, si el no haber publicado mi segunda carta obedeció á que se hizo pública en los diarios, yo le aseguro que en adelante antes ha de publicar mis cosas *La Aurora* que ningún otro periódico.

Entremos en materia. Son muchos y muy interesantes los puntos por usted tocados. Se reducen á dos cuestiones: la social y la religiosa. Para no hacerme interminable siguiéndole á usted párrafo por párrafo, en los que suele barajar y repetir esos dos asuntos, convendrá destacar y agrupar las ideas alrededor de esos dos puntos centrales.

Cuestión social.—Quiere usted, como prueba de que deseo sinceramente la *organización única* de todos los obreros, que disolvamos los Sindicatos *católicos*. Soy el primero en decir que eso no puede ser, que eso no debe ser mientras los Sindicatos socialistas no dejen de ser *anticatólicos* en sus actuaciones y en sus propagandas. Y ello es una lástima. Es muy grande y muy sensible la responsabilidad de aquellos que por empeño de hacer sectarismo impiden á los obreros entenderse y fraternizar.

No basta para garantizar la verdadera *libertad religiosa* eso que usted dice, que en los Sindicatos socialistas «á nadie se le pide la cédula de su comunión política ó religio-

sa». El católico de veras que entra en el Sindicato socialista para defender sus derechos, por no querer ser *amarillo*, tiene que sufrir en sus sentimientos y en su dignidad, tiene que estar violentísimo al verse insultado, vilipendiado en sus creencias, y es á todas luces injusto que sus cuotas sirvan para sostener los periódicos y los propagandistas, que en vez de ocuparse exclusivamente de cuestiones económicas y profesionales se ocupan en blasfemar de lo más santo.

Esa fórmula «á nadie se le pide la cédula de su comunión política ó religiosa», la enseñan y practican mucho mejor los Sindicatos que, sin *eufemismos*, se llaman *libres* (y que son los que yo defiendo mientras ustedes no sean buenos chicos); pero exigen lo que no debiera ser necesario exigir (lo hacen necesario ustedes con su conducta sectaria), *exigen: el respeto á la religión y á la moral cristianas*; no exigen los sindicalistas *libres* á sus socios y camaradas la *afirmación*, la confesión de la religión cristiana; pero reclaman *respeto* para ella, no meterse con ella.

Es más: creo que éste y no otro es el sentido verdaderamente filosófico y trascendental que los pensadores socialistas reunidos en Erfürt quisieron dar á su fórmula célebre: «la religión es asunto privado», fórmula que se trae y se lleva por ustedes como algo *dogmático* y *conciliar*, pero sin entenderla,

á mi juicio. No me cabe la menor duda de que en la mente de aquellos congresistas que definieron esa fórmula dogmática sobre la cuestión religiosa, no pudiendo sustraerse á los resultados científicos de la *Sociología religiosa* novísima, que afirma *lo objetivo*, lo indestructible del sentimiento ó de la idea religiosa en sí misma y en sus formas positivas, la interpretación es esta que yo doy: *la religión es asunto privado y DEBE RESPETARSE.*

«La religión es asunto privado». Luego es algo sagrado é intangible. Luego la *irreligión*, ó la impiedad y el sectarismo, deben ser también asunto privado, más privado aún; porque, además de la lógica racional que nos lleva á esta conclusión, está la convivencia social; y con la negación y el escarnio de la confesión religiosa se molesta á las personas, mientras que con la afirmación y práctica de la misma á nadie se hace daño. Quisiera que me dijese usted qué otro sentido práctico tiene ese principio.

Así entendidas las cosas, estoy completamente conforme con lo que usted dice: «los católicos, como tales, á la iglesia, pero en los Centros Obreros á luchar contra los patronos»... (Ya dedicaremos otro párrafo á lo de la lucha de clases.)

Muy bien: los católicos, como tales, á la iglesia, con libertad, sin combatirlos, sin es-

carnecerlos, sin ponerles dificultades ni trabas. En los Centros Obreros, no á rezar el rosario, sino á estudiar los asuntos profesionales, á estrechar los vínculos de la fraternidad y de la solidaridad de *todos*, para luchar contra la injusticia patronal y contra todo obstáculo que se oponga al mejoramiento indefinido de la clase trabajadora mediante la *socialización*.

Pregunta usted si por socialización de la vida económica entiendo la *socialización de los instrumentos de trabajo*, otra fórmula dogmática de ustedes, y que si es así soy un *perfecto socialista*.

Entiendo por *socialización económica* la COPROPIEDAD de los obreros y del patrono en las industrias y empresas en que actúan ambos elementos. Mi ideal es la Cooperativa de producción, en la que todos son patronos y todos son obreros. ¿Soy un perfecto socialista? Pues usted, por este motivo, puede ser un perfecto católico. Si yo soy socialista, lo soy precisamente por ser católico. Si no fuera católico, sería un discípulo fervoroso del anticatólico Nietzsche; sería un individualista y antidemócrata feroz; amaría la vida intensa, aunque tuviese que aplastar á los débiles que encontrase en mi camino, etc., etc.

¿Qué dice usted á esto?

Las consecuencias que usted deduce del

principio de la *socialización*, sobre separación de la Iglesia y del Estado, expropiación de aquélla, fuga de frailes y curas á buscar el *chupen* á otra parte... son completamente ilógicas, por no decir otra cosa. Estas materias pertenecen al capítulo de la cuestión religiosa, que yo explanaré tan extensamente como usted quiera si me lo permite *La Aurora*, ó usted, su digno director. Por ahora sólo le diré una cosa: imagínese usted la Iglesia católica como un gran Sindicato de fines morales y culturales; ¿no tiene derecho á la vida y á todas las condiciones de vida que tiene, por ejemplo, el Sindicato Minero de Asturias y tienen sus socios y los empleados que tiene á sueldo, por *vocación ó por el mísero chupen*?

La lucha de clases.—He aquí otro principio dogmático, cuya adhesión reclaman ustedes á la Iglesia y á los católicos para abrazarse con éstos y hacer las paces con aquélla. He aquí otra formulita susceptible de equívocos y sofismas mil. ¿Es lucha esencial, irreconciliable, irreductible, contra los patronos, por ser patronos, y siempre y en todo momento y de cualquier modo? No, porque entonces serían ustedes inconsistentes cuando piden ó hacen ó toleran ó aceptan cosas que convienen á los patronos, por ejemplo: *la exportación del carbón*.

Luego en el momento que ustedes admiten

excepciones para ese principio, ya están ustedes en nuestro terreno, en el oportunista, en el plano de los Sindicatos libres, que admiten la huelga cuando es justa y oportuna, que luchan contra toda *injusticia*; pero cuidando mucho de que esas luchas no sean para exponer al obrero á *mayores pérdidas*, á ser víctimas inocentes; cuidando mucho de que á la sombra de ideales redentores no se oculten cuestiones políticas para encubrimientos personales y juegos de Bolsa. Una huelga, un movimiento obrero justísimo «en su esencia ideológica y emancipadora», puede tornarse injusto y criminal para los mismos obreros, al lanzarlos á las bocas de los fusiles y de las ametralladoras sin las indispensables garantías de triunfo, que están obligados á proporcionar los directores, si la «esencia ideológica y emancipadora» no ha de convertirse en hecatombe de sangre proletaria. Puestos á discurrir (y hay que discurrir mucho para dirigir masas obreras) hay que hacerlo con la cabeza, y no con los pies, con los instintos ó otras pasiones.

Según esto, ¿hay derecho á exigir, para recoger patente de verdaderos socialistas, de demócratas, de amantes incondicionales de la causa obrera, aprobación para lo de agosto de 1917, para la abstención ó no abstención de los *Comités paritarios*, y otras cuestiones mínimas, bien lejanas de las esencias

ideológicas y emancipadoras? ¿Hay derecho á exigir eso de los católicos cuando hay tanta divergencia de opiniones entre los mismos socialistas y entre socialistas y sindicalistas? ¿Cuando sé á ciencia cierta que muy significados jefes socialistas eran enemigos de aquel desgraciado movimiento de agosto?

Muy de veras sentimos no haber podido contestar en el número anterior, como habíamos prometido, á la tercera carta del rector del Colegio de Santo Domingo. Y comenzamos hoy con esta declaración porque sería muy del gusto nuestro no interrumpir en ningún número el interesante diálogo á que nos llevó el P. Gafo desde que espontáneamente se asoció al criterio ético mantenido en un manifiesto por los metalúrgicos oviedenses á propósito del caso del *amarillo Somoza* (1), criterio que suscribió también Ar-

(1) Es el caso que dió origen á esta polémica, y de cuyo relato se prescinde en este libro por carecer de interés para el lector. En resumen fué lo siguiente: el Sindicato Metálgico de Oviedo había dicho en un manifiesto que al tal Somoza—por el cual había declarado una huelga en una fábrica de la capital—le expulsaron, por inmoral, del Convento de Santo Domingo, en vez de decir de la Academia de Santo Tomás. Rectificó el P. Gafo, y al hacerlo formuló unas apreciaciones, coincidentes con el sentido ético del manifiesto, que constituyeron, en realidad, el motivo inicial de esta controversia.

boleya en un artículo publicado en *El Carbayón*, pero del que se retractó cobardemente en otro que llevó á los pocos días á las columnas del citado diario. ¿Si será en pago de esta retractación por lo que nombraron director de esa quisicosa que llaman Democracia Cristiana al famoso canónigo? Brindamos la interrogación al sagaz dominico, para que medite sobre ella.

Dicho lo que antecede, á modo de pequeño proemio indispensable, vamos á contestar, con los apremios de siempre—que también esta semana nos solicitan muchas atenciones—, á la última carta del P. Gafo.

Gracias por los elogios, que rechazamos por no merecerlos. Cierto es que en nuestra réplica anterior tratábamos muchos y muy interesantes asuntos, y seríamos insinceros si no lamentáramos de que el P. Gafo rehuya algunos de ellos y de otros esquive la parte sustantiva. Ejemplos:

¿Por qué no recoge aquello que le decíamos de León XIII, cuyas palabras de rabiosa condenación del Socialismo están en notoria contradicción con algunas del padre Gafo?

¿Por qué omitió la apreciación que le haya sugerido la actitud de esos ferroviarios católicos que al hacer un pinito de *libertad* en el asunto de los Comités paritarios fueron cruelmente flagelados por Severino Aznar,

cabeza visible de esa *democracia cristiana* en que milita nuestro contrincante?

¿Por qué no impugnó nuestra aseveración de que la Iglesia católica se desvió de su comunismo primitivo, poniéndose al servicio de los poderosos desde que el emperador Constantino le otorgó el poder temporal?

¿Por qué dejó igualmente en el tintero nuestro ingenuo ofrecimiento de recordarle algunos absurdos y disparates del Código fundamental del catolicismo, la Biblia, para demostrarle con ellos las contradicciones que existen entre esa religión y la Ciencia, que es la verdadera religión de la Humanidad?

Comprenderá el P. Gafo que con esas omisiones y con el abismo que media entre los juicios por él expuestos acerca de otros puntos—y que vamos á analizar en esta réplica—y los juicios nuestros no hay derecho, á menos de consolarnos con alardes humorísticos, á decir que «esto»—el diálogo iniciado por él y seguido por nosotros—«va bien» y que «llegaremos á trascendentales coincidencias á la vista de todo el mundo». Como consuelo, repetimos que ese humorismo puede pasar, y hasta admitimos como muy gracioso aquel parrafito suyo que dice:

«¡Estaría bonito que en Asturias se diesen un abrazo de fraternidad un fraile y un socialista, á cara descubierta y razonando las cosas á plena luz! Sería tal vez, como símbo-

lo y como principio, más trascendental este abrazo que aquel otro famoso de Vergara que dió fin á nuestra primera guerra civil.»

¡Estupendo, P. Gafol! Crea usted que el parrafito ha regocijado enormemente á muchas gentes. A nosotros nos colmó de alborozo. ¡Palabra!

Y ahora vamos á lo esencial de la contestación del P. Gafo para replicarla sintetizando todo lo posible, pues repetimos que también hoy—como siempre—tropezamos con la desproporción de la abundancia de asuntos y la escasez de espacio.

Nos dice usted, querido padre, que la disolución de los Sindicatos católicos para llevar sus miembros á los Sindicatos *socialistas* no puede ser mientras éstos no dejen de ser anticatólicos en sus actuaciones y propagandas. Se mete usted en un callejón sin salida: los Sindicatos que usted llama *socialistas* no son anticatólicos, ni antiprotestantes, ni antisemitas, como tampoco son católicos, ni protestantes, ni judíos. Volvemos á repetir que en ellos á nadie se pide su cédula de comunión religiosa ó política. En su seno se respeta la libertad de pensar, y solamente se pide al militante que luche contra la avaricia capitalista para mejorar sus condiciones de momento y ponerse en camino de alcanzar después su emancipación total. Si combaten á la Iglesia no es en su calidad de institución

religiosa, sino en su calidad de institución política al servicio de la clase dominante. Deje de ser esto; desvincúlese del Estado burgués y póngase enfrente de los explotadores, y ya verá cómo los Sindicatos *socialistas* no atacan á la Iglesia. Quien ataca á la Iglesia, por sus dogmas falsos y absurdos, es la Ciencia, y en el orden científico es donde nosotros nos situamos *personalmente*, como seres conscientes, para rechazar lo que no podemos admitir como verídico. ¿Está esto claro? Es decir, que una cosa es la colectividad con sus aspiraciones y su táctica, y otra cosa es el individuo con su perfecto derecho de opinión en todos los problemas que agitan la conciencia humana.

Aun dentro de nuestras propias Agrupaciones partidistas—que no son lo mismo, precisamente, que las sindicales, aunque acepten y apoyen todo el programa y actuación de éstas, por ser las Agrupaciones sindicales creación y modalidad de los socialistas—no se practica el anticatolicismo de un modo específico y programático; lo que en ellas se combate es la actuación burguesa de los católicos; y la religión, como doctrina, se relega á la conciencia individual, es «cuestión privada», como declararon en Erfürt nuestros correligionarios de Alemania. Ahora que en la realidad de la vida se da este fenómeno, que ya se lo hemos mostrado al

P. Gafo en nuestra anterior réplica: que los católicos, al venir á nuestro campo, abandonan sus antiguas creencias; es una nueva conciencia religiosa—la conciencia socialista—la que espontáneamente se van formando. ¿Entiende usted ahora la *filosofía* de la fórmula de Erfürt? ¿Se da usted cuenta exacta del sentido *práctico* de este principio?

A nuestro requerimiento de qué entiende usted por «socialización de la vida económica» nos contesta que «la *copropiedad* de los obreros y del PATRONO en las industrias y empresas en que actúan ambos elementos». Y pregunta usted: «¿soy por esto un perfecto socialista?» ¡Qué ha de serlo! Para ser socialista hay que eliminar al patrono de la producción y admitir el principio de una sola clase social de trabajadores manuales é intelectuales mediante la conversión en propiedad común de todos los instrumentos de trabajo. Mientras esto no triunfe, seguirá la lucha de clases engendrada por la desigualdad y la explotación del hombre por el hombre, esa lucha de clases que es una realidad evidente de la sociedad capitalista, y que por no ser reconocida por usted le sitúa en un polo opuesto á nuestros principios doctrinales.

Ya, ya vemos que rehuye una contestación categórica sobre la huelga de agosto. La pregunta que le hacíamos era respecto á

la «esencia ideológica y emancipadora» del movimiento, con la que hemos estado conformes *todos* los socialistas, aunque hayamos discrepado unos de otros en la *forma y momento* de la huelga. ¿Acepta usted ó no la *esencia* de aquel movimiento?

Mi querido señor director: Con sumo gusto voy á contestar á sus oportunísimas preguntas. Ya le decía en mi anterior que sin hacerme interminable no era posible seguir á usted párrafo por párrafo en sus peroraciones; que era preciso sintetizar y clasificar las ideas según las leyes de la lógica, en cuya operación es forzoso fijarse, ante todo, en las ideas fundamentales, dejando las secundarias para su sitio correspondiente. Estoy dispuesto á acompañarle á usted por cualquier camino que quiera seguir en esta trascendental y noble discusión.

He aquí mi respuesta á sus cuatro preguntas:

1.^a *¿Estoy en contradicción con León XIII?*—León XIII condenó el Socialismo, no en su esencia económica, que es lo que importa al proletariado, sino por sus afirmaciones materialistas y antirreligiosas. Si el Socialismo, por boca de sus jefes, no se hubiera metido con la Religión, saliendo de sus

límites propios, estoy seguro de que jamás hubiera sido condenado. La Iglesia hubiera hecho, á lo más, esta declaración, en nombre de su excelsa moral: *Ni la propiedad individual ni la colectiva son esencialmente malas ó inmorales. Son, en sí mismas, igualmente lícitas.* Son formas históricas sujetas á evolución. Las circunstancias sociales pueden dar ventajas á la una sobre la otra, á la propiedad individual sobre la colectiva, ó á ésta sobre aquélla, para que llegado el momento oportuno y *ordenadamente* tratemos de sustituir la una por la otra para realizar el fin que ambas persiguen, el cual no es otro que *todos los hombres disfruten, según sus necesidades, de todos los bienes de la tierra*. Este es el postulado fundamental de la moral cristiana, mejor dicho, de la moral natural, supuesto el dogma de la fraternidad humana en la materia económica, ante el cual postulado son cosa secundaria las formas dichas. Si la propiedad colectiva ó *copropiedad* fuese esencialmente mala no la practicarían los frailes como la practicamos.

No hay, pues, contradicción entre León XIII y mis ideas. Lo que quiere León XIII es que, de un modo ó de otro, *todos sean propietarios*. Hay que leer despacio á León XIII, mi querido director. Ya ve usted si soy claro y si me asustan los terrenos *escabrosillos*. No hay escabrosidades para el que procura

ir bien apoyado en la razón y en la fe. Recuerde cómo perdió usted esta última: seguramente que no estaba aquélla muy arraigada ó resbaló usted por el lado de la razón, precipitándose con el *intelectual* Iglesias. Créame usted que ignoran lo que es el catolicismo.

2.^a *Severino Aznar, el director del Grupo de la Democracia Cristiana* (á la que usted llama *quisicosa* y de la que uno de los socialistas más cultos, catedrático él, dijo: «Si hace unos años hubiera visto enarbolada esta bandera, yo no sería socialista»), *censuró á los ferroviarios por abstenerse de los Comités paritarios*. De aquí deduce usted una porción de consecuencias falsas, que recordará el lector. Parece mentira que usted ignore que entre los católicos sociales y no sociales hay una gran libertad de opinión, tan grande como la que existe entre ustedes los socialistas y entre socialistas y sindicalistas, coincidiendo en lo fundamental. Severino Aznar, que vale más y sabe más que los primates del Socialismo español, es libre para opinar en favor de los *Comités paritarios*, y esos ferroviarios católicos, que tal como están organizados no son de mi devoción, han sido libres también, equivocados ó no, para opinar lo contrario, porque á estas *cabezas visibles* de los católicos, en las cosas tocantes á la razón, no les prestamos la fe

ciega que ustedes prestan al *abuelo* Iglesias ó á los Comités de huelga... ¿Qué tiene de particular esa divergencia?

3.^a *¿Se desvió la Iglesia del comunismo primitivo?*—No, la Iglesia no se desvió; se desviaron los fieles porque eran *libres* para hacerlo ó no hacerlo; los desviaron las circunstancias, las inclemencias y atropellos de la Historia. La Iglesia no impone sus leyes ó sus consejos con la fuerza coactiva; no tiene ni quiere tener fusiles ni cañones. Ella, al empezar su vida social practicando la *vida común*, demostró prácticamente que la consideraba *lícita, más perfecta y posible*. Las Ordenes religiosas ¿qué son sino continuación viviente de aquellas comunidades primitivas? ¿Qué son sino casos prácticos del verdadero y puro Socialismo? ¡Ah, si el Socialismo, en vez de perseguir á la Iglesia, hubiera secundado ó secundase aún las tendencias sociales de su moral evangélica, cuánto más cerca se encontraría hoy el proletariado de su ideal!

Que «la Iglesia está al servicio de los poderosos» es un error que no necesita ser demostrado. La Iglesia está al servicio de todas las almas, de los poderosos y de los pobres, *por igual*, para su santificación, mediante la misma doctrina, los mismos Sacramentos. Si los poderosos abusan, allá ellos; no son buenos católicos; la Iglesia los re-

prueba y condena con esa rigidez y austeridad que ustedes combaten como opuesta á la alegría del vivir...

A la fuerza no puede obligarles á ser buenos. Medios humanos hay para reducirlos; no reprobará la Iglesia los que se empleen para ese efecto, con tal que no sean criminales, como los que atribuyen á los sindicalistas rojos, y aun á ustedes los socialistas, que se llaman á sí mismos revolucionarios, aunque sean los primeros en temer la revolución. ¿Está claro?

4.^a *¿Hay absurdos y disparates en la Biblia?*—Por piedad, mi querido director, no he recogido su ingenuo ofrecimiento de *tirar de Biblia* para demostrar los errores, falsedades y otros excesos del Código fundamental del Cristianismo (que bonitamente compara usted con el Korán y otros Códigos de religiones falsas; ¡por Dios, señor director!), sobre el que cree usted que dormimos y descansamos tranquilamente los católicos desde hace muchos siglos, como si no tuviésemos cerebro.

Sin negarle á usted talento y la correspondiente preparación de estudios exegéticos y de religiones comparadas, dudo que pueda usted presentar cosa nueva, algo así que no esté cien veces refutado y triturado hasta la evidencia para los que leen y estudian estas cuestiones. ¡Pues no es nada lo que hay es-

crito y se está escribiendo sobre *Exégesis bíblica* en todo el mundo civilizado para demostrar que esa *Palabra de Dios* está exenta de error y que todas las posiciones aparentes que va tomando la *exégesis racionalista* las va perdiendo sucesivamente!

Más; á condición de que los católicos renunciásemos á afirmar que la Biblia está inspirada por Dios (como si dijéramos, á condición de afirmar que el mundo no fué creado por Dios—la Biblia es una nueva creación de verdades), los racionalistas no tienen inconveniente en proclamar que la Biblia es el libro humano más grande, más hermoso, más verdadero, de moral más pura que hay en el mundo. Con trozos sueltos de escritores racionalistas se puede formar un panegírico tal de la Biblia, que los propios escritores dichos se avergonzarían de que alguien, en nombre de la razón ó de la Ciencia, se atreviese á equipararla con el Korán, ó el Código de Manú, etc.

No obstante, espero con impaciencia sus disertaciones bíblicas y estoy dispuesto á aprender mucho de usted. Y no obstante también los *errores* que ested me vaya señalando en la Biblia, siempre será un hecho palmario, una verdad histórica, científica, que la Biblia ha creado la civilización europea en lo que tiene de bueno, de característico, respecto á las civilizaciones paganas,

coránica, china, japonesa, etc., etc. ¿Queda usted satisfecho, señor director?

Lo del abrazo... claro que mientras discrepemos y estemos discutiendo no tiene chiste, pero si llegamos á entendernos, por lo menos en lo fundamental, en lo racional y científico, vaya si será gracioso.. No sea cobarde, hombre. Atrévase con un pobre fraile que le brinda fraternidad y... fusión de huestes respectivas. Ahora le digo yo también á usted: no haga caso de los *moscones*... y adelante.

* * *

Voy observando una cosa en usted, mi querido amigo. Tan grande como es su empeño en afirmar que «la religión se va del mundo por selección científica» (sin duda porque no se fija usted bien en lo que es Religión y lo que es Ciencia) tanto es su empeño en hacer de *su Socialismo* una religión, es decir, una *superstición*. Es esto una ley constante en la historia de la idea ó del sentimiento religioso; cuando la Religión verdadera huye de las almas aparece en seguida el *ídolo*, ya el feo y ridículo de las tribus salvajes, ya el más elegante y barnizado de las sociedades modernas, pero, al fin, ídolo y superstición absurda.

En mi vida he visto *dogmatismo* más rígi-

do, más pétreo y formalista que el que actualmente domina y subyuga á los socialistas españoles. Me explico perfectamente que el Sindicalismo, en nombre de una más positiva cultura, de ideas más vitales, se escinda del Socialismo y se lleve las masas que ustedes hasta ahora acaudillaban. Sin los procedimientos de violencia y sangre que se atribuyen al Sindicalismo, no veo imposible una inteligencia entre esa nueva escuela y la de la Democracia Cristiana y Sindicatos libres católicos. Sé positivamente que elementos de importancia del Sindicalismo rojo quieren paz con el Catolicismo y, acaso, una franca colaboración.

Voy al desgraciado *dogmatismo* de ustedes. Quieren ustedes que sus doctrinas *programáticas* ó no programáticas sean poco menos que indiscutibles, inmutables hasta en las palabras, para su aceptación. Y, amigos, eso no puede ser; hay que discutirlo todo, explicarlo todo y *renovarlo* todo. No basta aprender de memoria la lección; hay que explicarla, hay que vivirla, rectificarla y contrastarla constantemente con la realidad.

A mis observaciones sobre la formulita dogmática de ustedes: «á nadie se pide su cédula de comunión religiosa ó política», con que pretenden demostrar que las organizaciones socialistas no son *anticatólicas*, y

justificar al propio tiempo el *anticatolicismo* constante de sus órganos en la Prensa y de los discursos de propaganda, no me contesta usted nada; no hace más que repetirme la misma cosa, y quisiera saber, mi querido director, si mis modestas razones le convencen ó quiere más claridad. Tanto la anterior formulita como la del Congreso de Erfürt: «la Religión es asunto privado», exigen explicación, porque hay una contradicción palpable entre la teoría *indiferentista* de ustedes, que respeto, y la práctica anticatólica de sus propagandas.

Pase que el que *individualmente* no cree, no practique ni hable en favor del Catolicismo; pase, igualmente, que el que en nombre de una ciencia, más bien *hipotética* que *demonstrada* (ya hablaremos de eso), crea que el Catolicismo es un absurdo, lo combata con las armas nobles de la razón; pero que esto lo haga *individualmente*, fuera de las organizaciones, fuera de los periódicos de las organizaciones, fuera de los actos oficiales de propaganda societaria. Eso es lo lógico, lo noble y lo delicado. Hacer decir esas cosas *anticatólicas* que un *individuo* piensa por su cuenta y riesgo, á un periódico, *La Aurora*, por ejemplo, órgano de una entidad societaria que sostienen y han de leer muchísimos que son católicos; hacer oír á la fuerza peroratas sectarias y anticlericales á

tantos y tantos obreros, que lo que quieren de sus *líderes* son doctrinas y soluciones económicas, me parece el colmo de la tiranía, del abuso y falta de respeto á sus propios asociados.

¿Qué otra conducta sería la de ustedes respecto á la cuestión religiosa y á sus relaciones con la Iglesia si no se hubiese dictado la fórmula dogmática de Erfürt: «la Religión es asunto privado», ó esa otra más popular: «á nadie se le pide la cédula de su comunión política ó religiosa»? Seguramente que no serían ustedes más *anticatólicos* de lo que son. Más anticatolicismo no cabe; á no ser que llegasen ustedes á la violencia con todos los obreros que fuesen católicos, cazándolos como alimañas ó negándoles la entrada en las organizaciones:

— Luego con esas fórmulas no han hecho nada; son cosa muerta ó son cosa que dice algo más de lo que ustedes practican. Conteste.

Desde luego recojo con satisfacción sus reiteradas declaraciones: «los Sindicatos socialistas no son *anticatólicos*; si combaten á la Iglesia *no es en su calidad de institución religiosa*, sino en su calidad de institución política al servicio de la clase dominante. Deje de ser esto—agrega usted—; desvincúlese del Estado burgués y *póngase enfrente de los explotadores*, y ya verá cómo los Sindicatos socialistas no atacan á la Iglesia.»

Está usted equivocado: la Iglesia no es más que *institución religiosa*; no es institución política, ó yo no sé lo que es política. Qui-siera que me dijese usted qué entiende por política ó por institución política, y entonces acaso nos entenderemos. Por no ser institu-ción de esa índole no puede ponerse enfre-nente del Estado burgués, ni del Estado socia-lista, ni en frente de ninguna clase social, sea la capitalista, sea la proletaria. La Iglesia, por su doctrina y por su actuación moral, está ya *irreconciliablemente* en frente de toda *explotación*, de *toda injusticia* y de todo vi-cio, y estas máculas andan repartidas por todas las clases sociales y bajo todos los ré-gímenes políticos y económicos, como así andan diseminadas las virtudes. Lo mismo condena el *robo* causado á la *propiedad in-dividual* dentro de este régimen, que el robo hecho á una *propiedad colectiva ó comunis-ta*. Y así en todo lo demás.

Cuando vean ustedes algún acto concreto de injusticia, de explotación ó de inmoralidad, aunque sea en el papa, en obispos, sa-cerdotes ó frailes ó simples fieles, *duro con ellos*; pero dejen á la Iglesia en paz, dejen al Catolicismo y su doctrina santa, que no son responsables de las malas acciones que ya de antemano repreban y condenan con du-reza. Ya le he dicho mil veces que la Iglesia no hace santos á la fuerza, sino por convic-

ción, contando con la voluntad y el esfuerzo de cada cual.

No se canse usted: entre la Religión y la Ciencia *demostrada* no hay, no puede haber oposición. Son líneas paralelas que jamás se chocan ó encuentran. Pretender encerrar la Religión dentro de la Ciencia ó creer que ésta puede destruir á la primera, es preten-dér la cuadratura del círculo. Vengan prue-bas concretas de que la Ciencia demuestra que la Religión católica es un absurdo. Las espero.

Otro botón de muestra de que están uste-des obsesionados por las *palabras*, por los discos de repetición, y no piensan, viven y desenvuelven las ideas fundamentales del Socialismo, que son ideas cristianas. Al defi-nirle yo mi concepto de la *socialización eco-nómica* (por lo cual me decía usted en un principio que era un perfecto socialista si por ella entendía «la socialización de los ins-trumentos de trabajo») y decirle que entien-do por socialización «la copropiedad de los obreros y del patrono en las industrias y empresas en que actúan ambos elementos», que «mi ideal es la Cooperativa de produc-ción, en la que *todos son patronos* y *TODOS SON OBREROS*», me contesta usted que entre esto que yo digo y la formulita de ma-rras, *socialización de los instrumentos de tra-bajo ó propiedad común de todos los ins-*,

trumentos del trabajo, hay un abismo. No salgo de mi asombro, mi querido director. ¿Qué más da... *copropiedad de patronos y obreros en todas las industrias en que intervienen ambos elementos que propiedad común de todos los instrumentos de trabajo ó producción?* Cuando digo que en la Cooperativa todos son patronos y TODOS SON OBREROS, ¿no digo con otras palabras que todos forman UNA SOLA CLASE SOCIAL? ¿Qué sentido real, positivo y verdadero, y no verbalista y rutinario, tienen esas palabras suyas: «Para ser socialista hay que *eliminar* al patrono de la producción y admitir el principio de una sola clase social?» ¿Son trucos, frases gordas para la galerfa, en las que no creen los mismos que las repiten?

¿Es que piensan ustedes comerse crudos ó fritos á los patronos, después de *eliminarlos* de la producción? Pues menuda carnicería ó menuda *pobretería* la que nos traerían ustedes. ¡Vaya unos sentimientos *humanitarios* y *antimilitaristas* los de nuestros socialistas de por acá! Me persuado de que todo eso es retórica gruesa para los tontos, y no sincera convicción científica, como tantas otras afirmaciones de ustedes.

Vamos, una colocacioncita ya les dejarían ustedes á esos pobres patronos en el mundo de la producción, ya manual, ya intelectual ó administrativa; y admitido esto, ¿qué me-

jor que cada patrono se quede en aquella industria ó empresa que ya conoce bien, aunque sea con el cargo que le asigne el Sindicato ó la Corporación profesional respectiva y su correspondiente copropiedad?

No me deje la contestación á esto, como á tantas otras cosas bien concretas que le señalo, en el tintero.

¿Es que con la vaga frasecita «socialización de todos los instrumentos de trabajo» quieren ustedes decir que el Estado sea el único amo, el único patrono, el único *propietario*, es decir, que los ocho ó diez ministros socialistas que están en ciernes fuesen los únicos dueños de vidas y haciendas?...

¡Ay, amigo! permítame que le diga que en esto soy mucho más radical, más revolucionario, más *obrerista* que usted y todos los suyos. En este punto están más en lo cierto los sindicalistas rojos que ustedes, infelices adoradores del *fetiche* Estado.

Yo quiero que la *propiedad colectiva*, la *copropiedad*, esté *directamente* en manos de los actuales proletarios; no quiero que se les escamotee, que se les aleje de ese modo, pasando de las manos de la *actual burguesía* á las bien aprovechadas de cuatro ministros (por eso el afán de la política, el querer ser diputados, etc., cosa que les tiene muy desocupados, con razón, á los sindicalistas de Pestaña), sin pasar por las de los obreros,

quedando éstos tan *asalariados*, tan esclavos como antes; quiero que los obreros disfruten entre sí, en Sociedad Cooperativa con los respectivos patronos de hoy, del mismo modo que éstos, formando Sociedades anónimas, etc., disfrutan *directamente* de los beneficios de sus Empresas.

Por último, dice usted que «rehuyo una contestación categórica sobre *la huelga de agosto*». El que rehuye es usted, después de mis explicaciones y de consignarle que ni los jefes socialistas estaban conformes con ella. En adelante, por sus propias palabras, ya no podrán glorificar *en conjunto* lo de agosto, ni á los honrados presidiarios que dirigieron. Ya confiesa usted que han discrepado ustedes unos de otros en la *forma y momento* de la huelga, que es lo *único* que yo repreubo también. Pero si quitamos de la huelga de agosto, fíjese bien, la *forma y el momento*, ¿qué es lo que queda?... ¡Pobres 6.000 seleccionados!...

Han llegado ustedes á desacreditar las huelgas, como de otros se dijo que habían llegado á desacreditar la calumnia á fuerza de abusar de ella.

Aquí nos tiene usted, reverendo padre, pluma en ristre y apartando otras cosas del periódico para que no pase de hoy la reanudación de la polémica que con usted venimos sosteniendo acerca de temas tan interesantes como «La Iglesia y la cuestión social», «La Iglesia y la Ciencia», que son, en realidad, los que sirven de eje á todos los puntos que hasta ahora hemos tocado. ¡Lástima que otras cuestiones, para nosotros de más apremio y de inexcusable actuación, no nos permitan dialogar con usted más continuamente! En verdad le aseguramos que ello nos proporcionaría gran placer.

Sirvan estas líneas de explicación á nuestro forzado silencio, y pasemos sin más introito á tratar de los puntos que usted explanió en sus dos últimos artículos.

En primer lugar, tenemos que felicitarnos de que nuestros requerimientos para que contestara á puntos esenciales desarrollados por nosotros hayan tenido la virtud de ser oídos por usted, como lo demuestran los dos últimos artículos suyos á que tenemos que referirnos en los dos nuestros que con el presente comienzan. Así, así, P. Gafo; concretando cuestiones se da una base más firme á la discusión. Y ya con esa base, vamos á ocuparnos hoy—alterando el orden de su exposición para que la forma interna de la labor resulte más perfecta—de todos los pun-

tos por usted tocados últimamente, á excepción de los que se refieren á la política social de León XIII y á los errores de la Biblia, que constituirán la materia del segundo artículo.

No ha logrado convencernos de esa libertad de opinión, por usted pregonada, de los Círculos católicos de obreros. Por mucho que usted se esfuerce en demostrar lo contrario, la realidad confirma que esos Círculos se han formado y funcionan para entorpecer la acción de los trabajadores verdaderamente libres. Y el caso de intromisión de Severino Aznar—á quien usted aduló con la risible afirmación de que «vale más y sabe más que los primates del Socialismo español»—en la organización de ferroviarios católicos madrileños, á los cuales fustigó durísimamente porque se permitieron hacer un pinito de independencia en la cuestión de los Comités paritarios, es de una elocuencia abrumadora, que usted no puede desvanecer con argucias y habilidades. Los trabajadores que luchan contra el capitalismo y el Estado burgués desde sus baluartes de clase ya saben á qué atenerse en cuanto á la significación y propósitos de esos organismos de *obreros católicos*. ¿Qué mejor piedra de toque que las huelgas?

¿Que la Iglesia no se desvió de su comunismo primitivo? ¿Que fueron los *fieles* los

que se desviaron porque eran *libres* de hacerlo? ¡Dóñosa teoría! Pero, oiga usted, querido padre: ¿no son los *fieles* los que constituyen la Iglesia? La Iglesia se desvió del comunismo que practicaban sus primeros fieles desde que el emperador Constantino, para aprovecharla como fuerza política contra sus enemigos, le concedió el poder temporal. Desde entonces y hasta la Revolución Francesa vive con poder propio predominando en el Estado y fomentando la existencia de clases; desde dicha revolución capitalista hasta nuestros días viene desenvolviéndose con poder subordinado al de la burguesía, pero fuera siempre de su comunismo primitivo y de las doctrinas de Cristo. Las luchas que sostuvo á veces contra emperadores y reyes, y en algunos países contra nuevos invasores, tuvieron por principal móvil la competencia de dominación terrenal. Conocemos algo la Historia, P. Gafo, y conocemos mejor la maravillosa concepción materialista que de ella formuló el genio que hoy está transformando el mundo después de muerto: Carlos Marx.

¡El comunismo de los primeros cristianos! Aunque fundado en un renunciamiento de la vida, en una aspiración única de gozar del paraíso celestial ofrecido por Cristo á los que practicaran sus doctrinas, dejó en la Historia la estela gloriosa de sus persecucio-

nes y martirios por combatir á los tiranos. Aquella Iglesia, verdaderamente cristiana, no es la Iglesia posterior, la que se convierte en perseguidora en cuanto toma en sus manos el poder temporal, la que defiende á la burguesía en cuanto esta clase, que la combatió cuando por ella era combatida, triunfa en la Revolución Francesa y la unce al carro de su dominio por mutuo consentimiento de conveniencias recíprocas.

Nos ha hecho usted mucha gracia, P. Gafo, con su afirmación de que las Ordenes religiosas son una continuación de las primitivas comunidades de cristianos. ¡Horror! Los frailes viven en mundana comunidad con la aquiescencia y el apoyo de los poderosos: ni las fieras del circo desgarran sus lustrosas carnes, ni la autoridad los busca en las catacumbas, que ahora no hay Césares que los persigan ni ricos que los denuncien como enemigos de la potestad civil. Cuando triunfe el Socialismo, las celdas conventuales se abrirán para devolver á los que en ellas hacen vida antinatural á la sociedad y al trabajo.

No hay «dogmatismo» en los socialistas españoles, que se rigen doctrinal y tácticamente como los socialistas de todos los países. Nuestra obra es internacional. Si dispusiéramos de espacio, le demostraríamos que ni en nuestra ideología ni en nuestras actuaciones

hay dogmatismo de ningún género. Eso del dogmatismo se queda para la Iglesia católica, la más dogmática de todas las Iglesias, la que obliga á sus fieles á «creer lo que no vivimos» y rodea de misterio sus dogmas, matando así el espíritu humano.

¿Que el Sindicalismo se escinde del Socialismo y su cultura es más positiva y sus ideas más vitales que las nuestras? ¿Y es por eso por lo que «importantes elementos del Sindicalismo rojo quieren paz con el catolicismo», según usted afirma, acaso por *contactos* de esos elementos con las celdas conventuales y las mansiones jesuíticas? Que esto último sea cierto no lo negaremos, P. Gafo, porque por triste experiencia sabemos que los directores de esa novísima prolongación del antiguo y fracasado anarquismo prefieren aliarse con los frailes, y con los jesuítas, y hasta con los demonios, antes que con los socialistas. ¡Buena pro les haga á todos! Nosotros seguimos nuestro camino triunfalmente, sin preocuparnos gran cosa de esas inteligencias monstruosas.

Sí, triunfalmente, P. Gafo, porque no se atreverá usted á negarnos, si tiende su inteligente mirada por el mundo, que en éste preponderan nuestra doctrina y nuestra táctica. Ya ve usted lo de Rusia, hecho por *marxistas* puros. ¡Sí, hombre, lo de Rusia! No tuerza usted el gesto. Lo de Rusia, que es lo

más grande que han visto los siglos; lo de Rusia, que es el centro de atracción de todo el universo; lo de Rusia, que es la luz que ilumina á todos los hombres puramente revolucionarios.

Y si quiere enterarse de más, le remitimos al artículo de fondo que apareció no hace aún dos meses en este semanario, y en el que glosando otro del escritor francés Paul Faure señalábamos, entre otras cosas indicadoras del pensamiento socialista que domina en el mundo, que en Bélgica la inteligencia es perfecta entre todas las organizaciones sindicales, cooperativistas y socialistas; que en Suiza la Unión Obrera se identifica con el Partido Socialista para desarrollar una acción integral; que en Italia decidió *por unanimidad* el Consejo General del Trabajo que las Comisiones Ejecutivas de los Sindicatos estuviesen compuestas por miembros del Partido Socialista, logrando entre todas las fuerzas de este Partido y de los Sindicatos y Cooperativas llevar *ciento cincuenta y seis diputados socialistas* al Parlamento; que las Trade-Unions inglesas acordaron en su último Congreso invitar á los Sindicatos obreros á suscribir la formidable suma de 400.000 libras esterlinas (*diez millones de pesetas*) á favor del gran diario socialista *Daily Herald*, poniendo además las Cooperativas á disposición de las organizaciones so-

cialistas y sindicales el inmenso crédito de sus 1.500 sucursales y los recursos financieros de sus Bancos... ¿Verdad que todo esto es asombroso, P. Gafo? Vamos, ¿no le da á usted algo de envidia?

Insistimos en que nuestros combates á la Iglesia obedecen á su actuación política en defensa de los poderosos. ¿Tan frágiles de memoria hemos de andar que se nos olvide su símbolo de la cruz y la espada y del altar y el trono? La Iglesia, descuidando su misión religiosa, desarrolla una acción política para mantener al pueblo alejado de la organización socialista. Díganlo los pobres trabajadores de los pueblos, que tienen que sufrir las persecuciones de los curas y de los caciques; díganlo los fieles que tienen que aguantar, alrededor de los púlpitos, los truculentos sermones de predicadores ignorantes contra los socialistas y contra las *herejías modernas*.

Nos pregunta usted, P. Gafo, qué entendemos por política y por institución política. Y nos hace usted la pregunta para saber á qué atenerse respecto al calificativo que en ese sentido aplicamos á la Iglesia. Si no se enfadara usted, P. Gafo, le diríamos que la pregunta es perfectamente capciosa. ¿Qué entendemos por política y por institución política? Definamos sintéticamente: política es el modo de gobernar á los pueblos; acción

política es la que se desarrolla en ese sentido, ó sea en dirección de la cosa pública; institución política es la que actúa en la esfera pública, en el modo de gobernar el país, en los actos del Estado, etc. Y como la Iglesia, como tal institución, está unida al Estado, y de él percibe espléndidas dotaciones, y no quiere romper el molde actual en que se desenvuelve el capitalismo, es predominantemente política, digan lo que les plazca en contra los Gafos que quieren apuntalar con tentativas infecundas un edificio que se cuartea y se agrieta por todas partes, y que se derrumbará con estrépito cuando triunfe definitivamente el Socialismo. La Iglesia morirá con la burguesía, su clase protectora. En una sociedad verdaderamente civilizada no hará falta esa institución mítica y opresora. Ni siquiera será preciso el perseguirla. ¿Para qué? Lo de los rusos: libertad para defenderla como para combatirla. Ella sola se disolverá en su propio elemento, por ineficaz y contraproducente.

—

Enfrascados estábamos en la réplica y dispuestos á llegar al límite que nos habíamos propuesto hoy, cuando desde la imprenta nos dicen imperativamente por teléfono:

— ¡Eh, compañero director! Deje al P. Gafo y venga á escape á ajustar el periódico, que ya nos sobra original.

Estas cominaciones de la imprenta son anonadantes. No hay más remedio que resignarse. Y lo peor es que nos vemos en este terrible dilema: ó dejamos de contestar algunos puntos de los tocados por el P. Gafo en sus últimos artículos, ó prolongamos con uno más de los prometidos la contestación. Optamos por lo último: añadiremos dos artículos, en vez de uno, al presente, y así no se quejará el P. Gafo de que dejamos algo en el tintero y la polémica resultará más completa.

Y hasta la semana próxima, reverendo padre.

* * *

Vamos á reanudar, querido padre, el diálogo que suspendimos hace dos semanas. Queremos recoger hoy, para contestarlos lo más cumplidamente que nos sea posible, todos los puntos que quedan de sus dos últimos artículos, á excepción de los referentes á la Biblia y á la política social de León XIII, que reservamos como remate para el próximo artículo, abordando entonces más á fondo, ya que la materia á ello se presta, el importante tema de «La Religión y la Ciencia». Ya, ya demostraremos, cuando eso llegue, que sí hay oposición entre una y otra. ¡Y estaría bueno que usted también se convenciese de

ello y lo declarara públicamente! ¡Entonces sí que habría llegado el momento del abrazo que usted nos pidió!... ¿Que no, que desde luego afirma que no le convenceremos?... ¡Pues no habrá abrazo!

Tenemos que empezar por reprocharle la ironía, nada piadosa, con que usted llama *intelectual* á nuestro amigo Iglesias. Parece que le ha encorajinado el que haya sido este hombre el que nos hizo perder la antigua fe—más arraigada, cuando la sentíamos, de lo que usted supone, P. Gafo—para encender otra superior en nuestro corazón y en nuestra mente. Ya sabemos que Iglesias no es un *intelectual* en el sentido profesional de la palabra, pero no nos negará usted, querido padre—y si nos lo niega es que no le conoce—, que es un hombre inteligente y culto, y sobre todo un hombre de conciencia inmaculada, de bondad infinita y de voluntad acerrada, cualidades que son las que más realzan—á juicio nuestro—la personalidad humana (1).

Nos decía: «Cuando vean ustedes algún

(1) A pesar de las bondades diferencias que hoy me separan de Iglesias, yo me complazco en refrendar el juicio que sus cualidades morales é intelectuales me merecían cuando fueron escritos estos artículos. Lo que no puedo refrendar es el juicio que de su integridad política tienen aún muchas personas. Por haber perdido esa integridad política no militamos ya juntos. La explicación de esto va en la cita de la página 98.

acto concreto de injusticia, de explotación ó de inmoralidad, aunque sea en el papa, en obispos, sacerdotes ó frailes, ó simples fieles, *duro con ellos.*» ¿Sí? Pues necesitábamos todos los días diez periódicos como este si nos metiéramos á descubrir y denunciar desaguisados de esa naturaleza. ¿Le parece poca injusticia é inmoralidad la misma composición jerárquica de la Iglesia? ¡Si irrita sólo el pensarla, reverendo padre! Sobradamente lo sabe usted, como nosotros: el papa, alojado mejor que ningún rey en la finca más espléndida del mundo, rodeado de lujos y fastuosidades; los cardenales, cubiertos de anillos y púrpuras y viviendo á lo príncipe; los arzobispos, obispós y demás *dignidades* de la Iglesia, adornados de ricas telas y valiosas joyas, paseando sus descansados cuerpos en magníficos carruajes... ¡Pobre Cristo! Si bajara á la Tierra—que no bajará, porque también están trastornadas las vías celestiales—, ¡cómo esgrimiría las bíblicas disciplinas contra los nuevos fariseos y mercaderes de su religión!... ¡Vamos, P. Gafo, que ya sabe usted que no exageramos! No importa que no se atreva á decírnoslo. Nos basta con la presunción de que *telepáticamente* nos entendemos.

Insiste usted en su manía de hallar contradicción entre nuestras fórmulas de conducta en materia religiosa y nuestras propagandas

anticatólicas. No hay tal contradicción, querido padre. El *anticatolicismo* de nuestras propagandas es la consecuencia lógica del *antisocialismo* de las propagandas de los curas. No son cosas muertas, no, nuestras fórmulas «la religión es asunto privado», «á nadie se le pide su cédula de comunión política ó religiosa en los Sindicatos socialistas» (hemos subrayado siempre esta palabra para indicar el error de considerar como *socialistas* á todos los Sindicatos). No son fórmulas muertas porque con ellas queremos decir que las ideas religiosas no pueden constituir precepto programático. Eso se ha pretendido en algunos de nuestros Congresos; pero se ha rechazado tantas veces como se presentó la proposición. Ahora bien, la realidad es más fuerte que todas las exégesis doctrinales y que todas las normas de conducta de los partidos. Y en la realidad de la vida se ve lo siguiente, elaborado, sin duda, por la influencia directa de las propias ideas en virtud de su naturaleza intrínseca y por influencia externa del ambiente: que los católicos que vienen á nuestro campo, espontáneamente abandonan su antigua fe, encerrando, en cambio, en la fe nueva todo el sentimiento religioso de sí misma y toda la espiritualidad de las concepciones científicas que abrazan. ¿Tenemos nosotros la culpa de que la vida ofrezca esas realidades?

Nos trata usted, ilustre dominico, con excesiva displicencia al considerarnos obsesionados por *palabras*, por *discos de repetición*, y al decírnos que no pensamos, ni vivimos, ni desenvolvemos las ideas fundamentales del Socialismo, «que *son ideas cristianas*». El reproche á las personas, como entes activos de un ideal y de un partido, es injusto; la apreciación doctrinal—que es lo que puede interesar á la parte sustantiva de la polémica—es falsa. Hora es ya de rechazar esa antigua, todo lo sentimental y hasta poética que se quiera, pero heréticamente científica, de que las ideas fundamentales del Socialismo son cristianas. ¡Qué han de serlo! Nosotros, ni como recurso táctico decimos ya esto. No queremos sorprender la candidez de las gentes.

Cristo—cuya existencia real no negamos, como Bossi—no fué un pensador, ni el creador de una doctrina científica ni filosófica; fué un visionario que fustigó á los ricos y á los tiranos y predicó la pobreza y la humildad, elaborando con sencillas máximas y parábolas un conjunto de normas morales sin trazón lógica, no formando, por tanto, la totalidad de su pensamiento un cuerpo de doctrina. Antes que él hubo verdaderos luminares de la Humanidad, excelsos pensadores, hondos filósofos. Antes que él hubo un Sócrates que iluminó todo el mundo antiguo

con su ciencia y su filosoffa; hubo un Platón, el divino Platón, á quien en realidad cuadra el dictado de socialista—aunque utópico—, que con su *República* trazó todo un Código de gobierno y de moral; hubo un Aristóteles que con su *Política* elevó el pensamiento humano á altas cimas. Al lado de estos hombres faros, el rebelde de Galilea resulta un pobre diablo, admirable por su abnegación, por su bondad, por su obsesión alucinante de ilusionar á las gentes con el disfrute de una eterna dicha si en esta mansión terrena eran buenas y practicaban lo que él las predicaba. Pero nada más que esto fué Cristo. Ni estudió filosofía, ni conoció ciencias, ni practicó artes. No; no busquemos en las débiles raíces de su sencilla ideología los fundamentos de este espléndido Socialismo que está levantando un mundo nuevo sobre los escombros de las civilizaciones pasadas. Cristo no fué socialista porque no podía serlo; menos aún fundador de nuestra doctrina ni de ninguna verdaderamente humana. Despojada su personalidad de los atributos con que la agigantó la tradición y la vistió la ignorancia, no queda de ella más que la imagen de un mártir que sintió mucho y pensó poco, pero al que debemos eterna gratitud porque combatió á los poderosos y defendió á los humildes.

Nos queda, por último, contestar al punto

de la propiedad colectiva de los instrumentos de trabajo, que enunciado por nosotros en la forma que tiene en nuestro programa ha merecido del P. Gafo el tildado de «formulita», pretendiendo sustituirla, buscando una rara paridad, por esta otra de su cosecha: «Copropiedad de patronos y obreros en todas las industrias en que intervienen ambos elementos.» Y á nuestra indicación de que en buena doctrina socialista hay que eliminar de la producción al patrono, pues admitida la existencia de clases distintas ya no es posible el Sòcialismo, interroga el P. Gafo si son *trucos* nuestras palabras, si son «frases gordas para la galería, en las que no creen los mismos que las repiten», añadiendo á este respecto: «¿Es que piensan ustedes comerse crudos ó fritos á los patronos, después de *eliminarlos* de la producción? Pues menuda carnicería ó menuda *pobretería* la que nos traerían ustedes. ¡Vaya unos sentimientos *humanitarios* y *antimilitaristas* los de nuestros socialistas de por acá! Me persuado de que todo eso es retórica gruesa para los tontos, y no sincera convicción científica, como tantas otras afirmaciones de ustedes.»

«Y á esto pide usted, con especial requerimiento, que le contestemos? Eso no merece contestarse, P. Gafo. Se contesta ello solo. Como se contestan solas aquellas extrañas consideraciones que hace acerca del Estado

socialista. ¿Ignora usted que en plena sociedad socialista desaparecerá automáticamente el Estado, que solamente tiene razón de ser en regímenes sociales en que hay que amparar privilegios de clase? El Estado socialista no durará más de lo que tarde la dictadura del proletariado en transformar la sociedad presente en sociedad netamente comunista.

Y no va más por hoy, querido padre. Hasta el próximo artículo, en el cual trataremos, como más arriba decimos, de los dos puntos que nos restan: León XIII, «el papa de los obreros», y la Biblia.

* * *

Prometimos abarcar en un solo artículo, y para finalizar la contestación á los dos últimos del P. Gafo, el punto referente á la política social de León XIII y el relativo á los errores y absurdos que contiene la Biblia, punto este último que nos dará materia para tratar más á fondo de los conflictos existentes entre la Religión y la Ciencia; pero he aquí que al reunir los materiales nos encontramos con lo siguiente: ó el artículo tiene que ser, por mucho que condensemos, excesivamente largo, ó hacemos dos, desarrollando separadamente, por tanto, los puntos mencionados. Optamos por lo segundo, y así

ganaremos en claridad de exposición y no fatigaremos tanto al lector. Vamos, pues, á tratar hoy de la política social de León XIII, dejando para el otro artículo lo de la Biblia.

Nos decía el P. Gafo que el citado papa no había condenado el Socialismo en su esencia económica, sino por sus afirmaciones materialistas y antirreligiosas. «Hay que leer despacio á León XIII», añadía con aire triunfal el rector del Colegio de Santo Domingo, como si los juicios emitidos por nosotros al juzgar al «papa de los obreros» hubiesen pecado de ligeros. Demostraremos que leímos despacio al repetido pontífice y que los juicios que nos mereció se ajustan perfectamente á la lógica de los hechos.

El documento que nos ha de servir de comprobación será la encíclica *Rerum novarum*, en la que León XIII trazó todo su programa social. Pero antes no está de más recordar al P. Gafo que el papa *socialista* apoyó al protestante Bismarck—el furioso perseguidor de nuestros correligionarios de Alemania—cuando la ley del septenado militar, que era tanto como apoyarle en sus empresas guerreras, y que condenó las doctrinas de Henry George, llamando á Roma para desautorizarle á un sacerdote de los Estados Unidos que las predicaba; y eso que el socialismo del economista norteamericano solamente alcanzaba á la propiedad de la tie-

rrá. Estos dos hechos, reverendo padre, son anteriores á la publicación de la famosa encíclica. Demostremos ahora, copiando párrafos y fragmentos de ésta, cómo León XIII condenó el Socialismo *en su esencia económica* y cómo afirmó terminantemente la necesidad de respetar la propiedad privada, de la que fué tan celoso defensor que llegó á recomendar que no se la abrumara con impuestos excesivos.

Oído á la encíclica, P. Gafo:

«Los socialistas, después de excitar en los pobres el odio á los ricos, pretenden que es preciso acabar con la propiedad privada y sustituirla con la colectiva, en que los bienes de cada uno sean comunes á todos, atendiendo á su conservación y distribución los que rigen el Municipio ó tieñen el gobierno general del Estado. Con este pasar los bienes de las manos de los particulares á las de la comunidad y repartir luego esos mismos bienes y sus utilidades con igualdad perfecta entre los ciudadanos, creén que podrán curar la enfermedad presente. Pero tan lejos está este procedimiento suyo de poder dirimir la cuestión, que antes perjudica á los obreros mismos; y es, además, grandemente injusto porque hace fuerza á los que legítimamente poseen, pervierte los deberes del Estado e introduce una completa confusión entre los ciudadanos.»

Como usted ve, P. Gafo, este solo parrafito destruye su afirmación de que León XIII no condena el Socialismo en su esencia económica. La esencia económica del Socialismo, el punto de arranque de toda su doctrina y de su crítica, es la propiedad privada, que quiere sustituirla con la colectiva para evitar la división en clases de la sociedad y por consecuencia la explotación del hombre por el hombre, de todo lo cual se derivan las injusticias y los horrores del régimen presente. León XIII condena esta aspiración del Socialismo, y no solamente la condena, sino que además la tergiversa y desfigura, para causar un daño mayor á los socialistas.

Casi á continuación de lo copiado, defiende el infame régimen del salario y alimenta en los asalariados la ilusión de ser propietarios. ¡Qué sarcasmo! Véase lo que dice á este respecto:

«Si gastando poco de su salario el obrero ahorra algo (!!), y para tener seguro este ahorro, fruto de su parsimonia, lo emplea en una finca (!!!), síguese que la tal finca no es más que aquel salario bajo otra forma, y, por lo tanto, la finca que el obrero así compró debe ser tan suya propia como lo era el salario que con su trabajo ganó. Ahora bien; en esto precisamente consiste, como fácilmente se deja entender, el dominio de bienes muebles ó inmuebles. Luego al empeñarse

los socialistas en que los bienes de los particulares pasen á la comunidad empeoran la condición de los obreros, porque quitándoles la libertad de hacer de su salario el uso que quisiesen les quitan la esperanza y aun el poder de aumentar sus bienes propios y sacar de ellos otras utilidades.»

Vea usted, P. Gafo, que en todo lo copiado no entra para nada la cuestión religiosa, que es la cuestión económica lo que preocupa á León XIII para combatir despiadadamente al Socialismo. ¡Y en qué forma! Desfigurándolo todo, sentando premisas falsas para sacar consecuencias que alucinen á los incautos. Lo único que está claro es su ardorosa defensa del salario, y por lo tanto del derecho del asalariante á explotar á los trabajadores prevaliéndose del régimen jurídico que adjudica á su favor la posesión de los instrumentos de trabajo.

Continuando León XIII su defensa de la propiedad privada y su impugnación de la *esencia económica* del Socialismo, dice, después de hacer intervenir en el pleito á Dios—¡vaya un Dios el de los pontífices católicos!—y de sujetar al hombre á la ley eterna y á la potestad de este mismo Dios, «que todo lo gobierna con providencia infinita»:

«Los que carecen de capital lo suplen con su trabajo, de suerte que con verdad se puede afirmar que todo el arte de adquirir lo ne-

cesario para la vida y mantenimiento se funda en el trabajo, que, ó se emplea en una finca ó en una industria lucrativa, cuyo salario, en último término, de los frutos de la tierra se saca ó con ellos se permuta.»

Todo esto, que León XIII aduce para sacar la deducción de que la propiedad privada es conforme á la naturaleza, es artificioso y contrario precisamente á las leyes de la naturaleza, brutalmente ultrajadas por el régimen de propiedad privada que tan ahincadamente defiende «el papa de los obreros». Los que carecen de capital y no disponen más que de su fuerza de trabajo no pueden adquirir fincas, ni montar industrias. Eso solamente pueden hacerlo los que acumulan capital, esto es, los que se adueñan del fruto del trabajo ajeno, que eso es el capital, trabajo no pagado, como demostró evidentemente el creador del Socialismo científico, el gran Carlos Marx, cuyo genio comienza ahora á gobernar al mundo, enterrando en el panteón de la Historia toda la falsa ciencia de los pontífices del catolicismo, como igualmente las teorías de los economistas al servicio de la burguesía.

Sin comentarios, porque no queremos extender demasiado este artículo, reproducimos estos otros fragmentos de la encíclica que venimos examinando, para ofrecer al P. Gafo y á los lectores de esta polémica

nuevos botones de muestra de la diferencia que existe entre la *esencia económica* del Socialismo y las doctrinas de León XIII:

«Aquel dictamen de los socialistas, á saber, que toda propiedad ha de ser común, debe absolutamente rechazarse, porque daña á los mismos á quienes se trata de socorrer, pugna con los derechos naturales de los individuos y perturba los deberes del Estado y la tranquilidad común. Quede, pues, sentado que cuando se busca el modo de aliviar á los pueblos, lo que principalmente y como fundamento de todo se ha de tener es esto: que se debe guardar intacta la propiedad privada.»

«Hay en la cuestión que tratamos un mal capital, y es el figurarse y pensar que son unas clases de la sociedad por su naturaleza enemigas de otras, como si á los ricos y á los proletarios los hubiera hecho la naturaleza para estar peleando los unos contra los otros en perpetua guerra. Lo cual es tan opuesto á la razón y á la verdad, que, por el contrario, es ciertísimo que así como en el cuerpo se unen miembros entre sí diversos y de su unión resulta esa disposición de todo el sér, que bien podríamos llamar simetría, así en la sociedad civil ha ordenado la naturaleza que aquellas dos clases se junten concordes entre sí y se adapten la una á la otra de modo que se equilibren. Necesita la una

de la otra enteramente, porque sin trabajo no puede haber capital, ni sin capital trabajo.»

«De estos deberes, los que tocan al proletario y obrero son: poner de su parte íntegra y fielmente el trabajo que libre y equitativamente se ha contratado; no perjudicar en manera alguna al capital, ni hacer violencia personal á sus amos; al defender sus propios derechos abstenerse de la fuerza, y nunca armar sediciones ni hacer juntas con hombres malvados que mañosamente les ponen delante desmedidas esperanzas y grandísimas promesas, á que se sigue casi siempre su arrepentimiento inútil y la ruina de sus fortunas.»

Toda la encíclica *Rerum novarum*, considerada por los católicos como su Biblia social, es una contradicción de la esencia económica del Socialismo. El órgano central de la Democracia Cristiana ha dicho, demostrándolo, que en ella está calcada la Conferencia de la Paz, cuyas bases expliadoras, injustas y tiránicas tan combatidas son por todos los socialistas del mundo. Calificada está la repetida encíclica, y por tanto la política social de León XIII, con esa identidad que el aludido periódico católico halla entre ella y el engendro *pacifista* de Clemenceau, Wilson y George. Es burguesa por todos sus costados, como escrita para aliar el Catoli-

cismo con el Capitalismo y dar la voz de alerta á la clase dominante sobre el peligro que ya entonces seriamente la amenazaba: el Socialismo.

¿Ve usted, P. Gafo, cómo teníamos razón cuando le preveníamos del terreno escabro-sillo en que se metía si apreciaba como nosotros el concepto de la socialización? Al aco-gerse á la encíclica de León XIII; al ensal-zar, por tanto, la política social de este pon-tífice, se ha puesto nuestro contrincante en pugna, como aquél, con la esencia económi-ca del Socialismo. La cosa está clarísima, querido padre. Ni Dios, con todo el inmenso poder y toda la infinita sabiduría que uste-des le atribuyen, es capaz de ponerla de otro modo.

* * *

Pudimos terminar la polémica que desde hace tiempo venimos sosteniendo con el pa-dre Gafo sin agregar á ella el artículo ante-rior y el presente. A eso nos habíamos com-prometido cuando publicamos los dos últimos tra-bajos del rector del Celegio de Santo Do-mingo. Pero en tal caso hubiese quedado in-completa, pues tanto la polftica social de León XIII—tema del artículo anterior—como los errores de la Biblia—tema del presente—merecen, por lo menos, un artículo cada uno,

y de ahí que nos hayamos decidido por pro-longar nuestra labor. El mismo P. Gafo pa-recía tener interés en que tratásemos de am-bos asuntos.

Los errores de la Biblia—Código inmuta-ble de los católicos—son tan evidentes, que hasta la Iglesia se bate ya en retirada cuando tiene necesidad de mantenerlos enfrente de la Ciencia, que los ha demostrado después de cruentos martirios y aun de sacrificio de la vida por parte de hombres excelsos á ella consagrados. El *Génesis*, punto de arranque de las Sagradas Escrituras, es un tejido de fantasías tan absurdas que parece increíble que eso haya podido forjarse en mente huma-na y sostenerse como verídico por tantos millones de hombres. Analicemos somera-mente esa primera parte de la Biblia.

Un día se le ocurre al buen Jehová—cuyo origen todavía nadie nos ha explicado—crear en seis jornadas el cielo y la tierra, que «es-taba desnuda y vacía», y la luz, «separán-do-la de las tinieblas», y las lumbres que alumbran la tierra, y las plantas y árboles, y los animales, y por último el hombre, al que arrancó una costilla —aprovechando un momento de profundo sueño—para formar la mujer.

Se ve que Diós hizo de la tierra el centro de todo lo existente, de tal modo que las lumbreras que puso en el firmamento eran

una especie de adornos luminosos, insignificantes con relación al planeta habitado por el hombre. Para que esa concepción se tuviera del mundo, la Iglesia consideró como hereje merecedor de la muerte á todo el que no afirmara, con las manos puestas sobre los Evangelios, que la tierra era plana, que estaba inmóvil y que el sol, la luna y las estrellas se movían sobre ella. El mito de Josué deteniendo el curso del sol para ganar una batalla figura como verdad inconcusa en la Biblia.

Todo este tejido de absurdos fué destruído por la Ciencia, la cual demostró, después de meditadas observaciones que ya se apuntaron por hombres anteriores á Cristo y que culminaron en el sistema de Copérnico, completado más tarde por Kepler y Galileo, que la Tierra es un cuerpo esférico, que gira sobre su eje y alrededor del Sol, como los demás cuerpos celestes, y que es un punto insignificante en la inmensidad del Universo.

Al descubrir todo esto la Ciencia, destruyó el mito del infierno y de la gloria, lugares que las Sagradas Escrituras colocaron bajo nuestros pies y sobre nuestra cabeza, respectivamente. Al girar la Tierra sobre sí misma y alrededor del Sol constantemente, desaparecen de la imaginación las mansiones del dolor y de la dicha forjadas por la

Iglesia para mantener en perpetuo temor á las gentes cándidas.

Combatiendo la teoría de la esfericidad de la Tierra, San Agustín, uno de los más eminentes padres de la Iglesia, decía que el día del Juicio Final no podrían los hombres del otro lado del planeta ver á Dios descendiendo por los aires, negando la existencia de los antípodas por no mencionarlos las Sagradas Escrituras como descendientes de Adán.

La Ciencia, que es la Verdad suprema, ante la que se van rindiendo todas las religiones positivas; la Ciencia, antorcha luminosa que guía á la Humanidad por el camino de sus destinos, ha demostrado igualmente que este mundo en que vivimos el P. Gafo y nosotros no lo creó caprichosamente el soplo divino de ningún Jehová, sino que fué formándose y transformándose en el curso del tiempo y en virtud de fenómenos atmosféricos y geológicos, como igualmente el hombre, que aparece en él miles de siglos después y no por generación espontánea producida por un decreto divino. El mito de la costilla de Adán dando existencia repentina á la Eva tentadora en aquel paraíso donde se verificó la primera fornicación, es otro absurdo del que se ríen ya hasta los chicos de la escuela.

Otro de los grandes errores de la Biblia es el diluvio *universal*. Porque los hombres

eran muy malos, ordenó Dios—que debió empezar por hacerlos buenos, ya que su poder es infinito, y así se hubiera evitado el Diluvio y tantas otras cosas más—que Noé se encerrara en un arca con toda su familia y un par de animales de cada especie mientras pasaba la catastrófica tormenta. Tan enfurecido estaba el buen Jehová con los hombres, que llegó á arrepentirse de haberlos creado. ¿Pero es que también los niños de entonces eran tan malos que merecieran el castigo de la muerte? ¿Y los animales? ¿También los animales merecían morir, á excepción de una pareja de cada especie?

Cesa el Diluvio, y los tres hijos de Noé—Sem, Cam y Jafet—van por mandato de Dios á poblar, con sus respectivas mujeres, el primero el Asia, el segundo el Africa y el tercero la Europa. Esto dice la Biblia. Es lástima que Jehová no hubiese puesto en el arca de Noé dos matrimonios más, para que fuesen á poblar la América y la Oceanía. De aquí se deduce que Dios ignoraba la existencia de esas dos partes del mundo. ¿Quiénes habrán sido los primeros progenitores de los indios que halló Colón al descubrir la América? Sem, Cam y Jafet no fueron, porque los destinó Dios al Asia, al Africa y á la Europa; y como después del Diluvio nadie empezó á hacer chicos más que los hijos de Noé, nos vemos sumidos en un *diluvio* de

confusiones ante este peliagudo problema.

Si el *Génesis* de la Biblia es el disparate mayor que pudo concebir la cabeza de Moisés por revelación divina, y el Diluvio *universal* otra fábula igualmente disparatada, el *Apocalipsis* que nos pinta San Juan es otro mito terrorífico que pone á prueba las anchas tragaderas de los católicos. Espeluzna la fantástica descripción del evangelista, con aquellas llamaradas de fuego que iban á destruir el mundo, y aquellas aguas sanguinolentas y amargas, y aquellos ángeles ensordeciendo los oídos con el estrépito de sus trompetas, y aquellas estrellas cayendo sobre la Tierra, como si cada una de ellas no fuese infinitamente mayor que ésta.

De muy buen humor estaba el Espíritu Santo cuando le dictó todo eso á San Juan para que éste se lo contara á las siete iglesias que entonces existían en Asia, según la Biblia. Y á fe que el Espíritu Santo estaba impaciente por darlo á conocer pronto, para que los hombres se pusieran á bien con él ante la proximidad del fin del mundo. Y ya ve usted, querido P. Gafo, el mundo sigue, después de tantos siglos, navegando sin cesar por el piélago de que nos habló el poeta. Y lo que seguirá, pues creemos que hay mundo para rato, á pesar de las revelaciones del Espíritu Santo y de la terrorífica descripción de San Juan.

Y no hablemos de la Santísima Trinidad, que aparece en la Biblia actuando aisladamente, unas veces Dios (Jehová) apareciéndose á Moisés en el Sinaí, otras el Hijo de Dios hablando en nombre de su padre (menos cuando reniega de él por abandonarle) y otras el Espíritu Santo en forma de paloma. No hablemos de ese rompecabezas que provocó tantas disputas en el seno de la propia Iglesia. En el Concilio de Nicea, por ejemplo, se acepta como dogma, «armándose la de Dios es Cristo» al decretar los obispos allí congregados, por una mayoría al parecer amañada—como las mayorías de nuestro Parlamento—, que efectivamente Cristo era Dios, y viceversa, y en el Concilio de Antioquía, celebrado 16 años más tarde, se decreta lo contrario. Absurdo tal—el de la Trinidad católica—solamente puede compararse con el de la Trinidad brahmánica (Brahma, Vichnú, Siva), con la que tanta semejanza tiene. Y la religión del Dios indio es muy anterior á la del Dios de Nazaret.

¡Los errores de la Biblia!... Son infinitos. Todo el santo libro está lleno de ellos y de absurdos monstruosos. Como de obscenidades. Citaremos algunos ejemplos.

Salomón, tan querido de Dios que llegan á conversar juntos en algunas ocasiones, tuvo á su real y santa disposición la friolera de 700 mujeres legítimas y 300 ilegítimas, sin

que á Jehová le arrancara una sola palabra de reproche este asombroso caso de poligamia.

Del *Génesis* son estas palabras, que describen las cochinadas de las hijas de Lot con su padre: «Entonces la mayor dijo á la menor: Nuestro padre es viejo y no queda varón en la tierra que entre á nosotras conforme á la costumbre de toda la tierra. Ven, demos á beber vino á nuestro padre y durmamos con él, y conservaremos de nuestro padre generación. Y dieron á beber vino á su padre aquella noche, y entró la mayor y durmió con su padre; mas él no la sintió cuando se acostó ella, ni cuando se levantó. Al día siguiente dijo la mayor á la menor: Yo dormí la noche pasada con mi padre; démosle á beber vino también esta noche, y entra y duerme con él, para que conservemos de nuestro padre generación. Y dieron á beber vino á su padre también aquella noche y levantóse la menor y durmió con él; pero no echó de ver cuándo se acostó ella, ni cuándo se levantó. Y concibieron las dos hijas de Lot, su padre. Y parió la mayor un hijo, y llamó su nombre Moab, el cual es padre de los moabitas hasta hoy. La menor parió también un hijo.»

No citamos más ejemplos, porque no tenemos espacio y además porque sentimos una repugnancia invencible. La misma ascenden-

cia de Cristo, varones y hembras, fué una serie interminable de incestuosos, adulteros y fornicarios, empezando por el voluptuoso y sensual David, gran tañedor de arpa.

Reconocemos que en la Biblia hay pasajes poéticos y aun filosóficos, que no todo ha de ser malo en el libro de los católicos ni queremos cargar sobre él las negras tintas con el exceso que lo hacen autores eminentes; pero que encierra errores que están reñidos con la Ciencia y suciedades condenadas por la Moral, es evidente. Y esto es lo que queríamos demostrar al P. Gafo en este artículo que da fin á la polémica que con él hemos sostenido, lamentando muy de veras que por nuestra parte no haya resultado interesante y que ocupaciones preferentes que reclamaban tiempo y espacio no nos hayan permitido dialogar á intervalos más cortos con el simpático é inteligente dominico.

Como se ve en el anterior artículo, terminaba con él esta controversia; pero el P. Gafo solicitó una ampliación, que le fué concedida. Cerrada por él en el tercero de los artículos que van á continuación, todavía pidió la publicación de otro, é igualmente fué complacido. Es después de este cuarto artículo cuando la controversia termina definitivamente con la refutación final, inédita hasta hoy por las razones ya expuestas.

Mi querido señor director: Desde el 28 de noviembre, en que se publicó mi última carta, hasta el 21 de mayo, en que usted da por terminada su interesante contestación, está usted en el uso de la palabra. Por bien empleada daría yo esa tardanza, cuyas causas lamento con usted, si ahora fuese tan amable para conmigo que me concediese, no seis meses, sino mucho menos tiempo, para usar yo de mi pluma y rectificar, comentar y discutir tantas cosas importantes como usted dice en sus cuatro notables artículos. Si mis dos cartas le dieron á usted motivo para esos cuatro aprovechados capítulos, éstos debieran darme á mí autorización para ocho. Pero, en fin, por eso no reñiremos, como por nada de este mundo, ya que hasta ahora la polémica se ha mantenido á una altura de cortesía y de dignidad que no esperaban ni quisieran la turba de fanáticos que pululan por ambos lados. ¿Verdad que no les haremos caso y que seguiremos firmes en nuestro

campo, peleando como caballeros, sin admitir más testigos importunos ó inspiradores que la verdad y la justicia social?

Yo no puedo ignorar que es usted el presidente de la Federación Socialista Asturiana y el digno director de su órgano en la Prensa. Y pensando lo que ambas cosas representan y pesan en el Partido Socialista Español, me siento honradísimo al contender con uno de los hombres más cultos y de más prestigio entre los socialistas españoles, y pienso también que cuando usted expone las doctrinas del Socialismo no es sólo la autoridad personal de usted, para mí muy grande, la que tengo delante, sino, en cierto modo, la de todo el Partido, á cuyo Comité Nacional también pertenece.

Una sola cosa me ha desagradado: ciertas frases despectivas para mis creencias, para Algo que está muy sobre mí y aun sobre usted, aunque usted no crea en ello. Esas frases de cortesía y de respeto que tan inmerecidamente me dedica, ¿por qué no las tiene usted para Dios y para Jesucristo? Porque si no existe aquello que no se cree, ¿por qué ensañarse contra ello? Y si realmente existe, ¿no es, por lo menos, tan peligroso y de tan mal gusto como escupir al cielo?

Contestando yo dócilmente á sus preguntas, como usted reconoce (y estoy siempre

dispuesto á contestar á cuantas me haga si sé hacerlo), habíamos fijado ya la polémica en cuatro puntos cuyo orden vuelve usted á alterar: 1.^º *Doctrina social de León XIII*, y si mis ideas están en contradicción con ella; 2.^º, *Si los Sindicatos que se llaman católicos gozan de verdadera libertad*, y, por tanto, si son amarillos; 3.^º, *Si la Iglesia abandonó el comunismo de sus primeros días*, poniéndose en contradicción consigo misma ó con el verdadero espíritu de Jesucristo, y 4.^º, *Si la Biblia contiene errores*, siendo falsa, en consecuencia, la religión que se funda en ella y la considera como *palabra infalible de Dios*.

Vuelve usted, digo, á alterar el orden mezclando en la contestación mil ideas, todas ellas interesantísimas, pero que le apartan de aquellas ideas fundamentales que usted no acaba de profundizar y á cuya exposición y requerimientos por parte mía no contesta con nuevos y lógicos argumentos.

En el primer artículo de usted veo examinado en primer término el punto relativo á *la libertad en los Sindicatos que se llaman católicos*.

Decía usted que carecen de esa imprescindible libertad porque algunas de sus actuaciones, que á usted le parecían menos malas, fueron duramente condenadas y censuradas por algunos primates católicos. Yo le

contesté á usted que los disentimientos sociales entre los católicos, lejos de argüir falta de libertad entre ellos, prueban todo lo contrario, del mismo modo que las divergencias que existen entre los socialistas, y que yo veo hasta en la misma *Aurora Social*, prueban que, dentro de su peculiar dogmatismo marxista, hay cierta libertad de opinión; como la sumisión del pensamiento de algunas minorías socialistas ó de algunas personalidades á la mayoría de los Congresos nacionales del Partido prueban la disciplina y el orden que van apareciendo y echando raíces en ustedes como en toda agrupación seria que aspira á gobernar.

Por toda contestación á ese argumento mío, que no tiene vuelta de hoja, dice usted: «No ha logrado convencernos de esa libertad de opinión, por usted pregonada, de los Círculos católicos de obreros.» Si la evidencia, si los hechos mismos no le convencen á usted, ¿qué voy á hacerle? Que juzgue el lector.

Además (y van nuevos hechos por delante que confirman la gran libertad de opinión de que disfrutamos los católicos en materias sociales como en todo el dominio de la Ciencia), así como sería imperdonable en mí confundir el Sindicalismo más ó menos anarquista con el Socialismo, la Confederación Nacional del Trabajo con la Unión General de Trabajadores, y esta entidad con el Partido Socia-

lista, y el Partido Socialista con el flamante Partido Comunista, etc., etc., así es imperdonable en usted confundir *toda la actuación social* de los católicos con los consabidos *Círculos católicos de obreros*. Amigo mío, hemos llegado á un punto en que por el bien de la causa obrera, á la que debemos sacrificar miras estrechas y pequeñeces sectarias, estamos obligados á ser muy sinceros, á no ignorarnos mutuamente, á conocernos y estudiarnos con imparcialidad, sin velar los hechos y el pensamiento á la propia conciencia y á las masas de hombres honrados que nos siguen ó nos escuchan.

No debe usted ignorar que en el sector católico, como ahora se dice, más extenso de lo que usted se imagina, hay, efectivamente, *Círculos católicos de obreros*, organizaciones primitivas rudimentarias en las que conviven ó se quiere que convivan patronos y obreros, con el cándido objeto de que unos y otros se entiendan por las buenas. La experiencia ha demostrado que ese fin perseguido por los Círculos es una bella utopía, como aquel Socialismo primitivo que también ustedes califican de utópico, á diferencia del otro Socialismo excogitado por la mente más ó menos científica de Carlos Marx. Esos Círculos católicos son hoy centros de recreo y, á lo más, de beneficencia. Su labor profesional es nula, y la libertad de que aquí tratamos

no tiene razón de ser. Por eso mismo los que pensamos en demócrata y en sindicalista no nos cansamos de decir que para los efectos obreristas esos Círculos son perfectamente inútiles y, acaso, acaso, contraproducentes. Por eso, para realizar la labor verdaderamente profesional, se ha pensado en lo que se llaman *Sindicatos católicos*, de los cuales hay un número bastante crecido, principalmente entre los agricultores, que constituyen ya una poderosísima Confederación Nacional.

Es verdad también que muchos de esos Sindicatos obreros que se llaman católicos tienen más trazas de Círculos disfrazados ó de Sindicatos *amarillos* que de otra cosa, pues la influencia patronal, más ó menos directa, más ó menos disimulada, se trasluce y se palpa en su manera de actuar. Toda evolución es de suyo lenta.

Pero no está aquí encerrada toda la ideología, ni toda la actuación de los católicos. Además de esos Círculos y de esos Sindicatos católicos, más ó menos tímidos ó perezosos en redimirse de la nota infamante de amarillos, y á los cuales puede usted pegar todo cuanto quiera porque no son ningún artículo de fe ni mandamiento de la ley de Dios ni de la Iglesia, existen los *Sindicatos libres*, cuyo hermoso título se debe cabalmente á la exaltación del principio de la libertad. Se

proclaman *libres* de las tiranías y de las injerencias patronales, y *libres* también de las imposiciones *políticas y sectarias* que aprisionan á otros sectores obreros. Los *Sindicatos libres* (separados solemnemente el año pasado de los Sindicatos que se denominan católicos á secas) forman una respetable *Federación Nacional* que recoge algunos miles de obreros é intelectuales del Catolicismo y representa la parte más sana, más capaz y luchadora de ese proletariado que no milita ni en el Socialismo ni en el Sindicalismo revolucionario y anarquista.

Prueba general de que los Sindicatos libres gozan de esa santa libertad y están en el verdadero plano del obrerismo es que los elementos patronales los miran con aversión y los persiguen cuanto pueden, tanto ó más que á los socialistas, porque si son menos violentos son, en cambio, más irreductibles que éstos, como lo tienen demostrado. De todas estas cosas, del ideario y de las actuaciones de los *Sindicatos libres*, no puedo hablarle con textos y con hechos de huelgas y reclamaciones planteadas porque me haría demasiado largo. Sólo me permito recomendar á usted, y aun á los lectores de *La Aurora Social*, que den un vistazo de cuando en cuando á los principales órganos que tienen en la Prensa los mencionados Sindicatos: *El Obrero Sindicalista*, de Pamplona (Mayor,

88); *El Sindicalista*, de Bilbao (Ronda, 20); *El Pueblo Obrero*, de Valencia (Calatrava, 30); *La Batalla Sindicalista*, de Zaragoza (Fuenclara, 4); *El Obrero Castellano*, de Palencia (Gil de Fuentes, 16), etc., etc. Y si de su lectura y consideración no sacan el convencimiento de que en el terreno puramente profesional y económico los *Sindicatos libres* van tan allá como los Sindicatos socialistas, yo me daré por vencido en la tarea de desvanecer y rechazar las imputaciones que usted nos dedica y confesaré paladinamente que los católicos con nuestros Sindicatos, aun los libres, no hacemos otra cosa que estorbar.

Pero, no; yo tengo la seguridad completa de que si usted lee con serenidad, sin prejuicios ni apasionamientos, en esas fuentes de información que le indico, ha de convencerse de que los *Sindicatos libres* han elaborado una ideología y una táctica de todo en todo *coincidentes* con la esencia, con la alta idealidad del socialismo, despojado de ciertas accidentalidades viciosas que son las que yo critico y repreuebo en ustedes.

Los *Sindicatos libres* RESPETAN la religión y la moral cristianas; se obligan programáticamente á no combatirlas en lo que está fuera del alcance de la razón y de la Ciencia, desenvolviéndose en todo lo demás libremente conforme á los dictados de la in-

teligencia, que son, á su vez, apoyados por los gérmenes sociales del Evangelio. Los Sindicatos libres *respetan* el Cristianismo, pero no lo *imponen*, no exigen su aceptación positiva á los que hayan de formar en sus organizaciones. Es la verdadera interpretación de la fórmula de Erfurt: *RESPETAN la religión como asunto privado*. ¿Por qué no hacen esto los directores del Socialismo? ¿Qué razones hay, qué utilidad ni teórica ni práctica resulta para los obreros de dar al Socialismo ese carácter tan marcadamente antirreligioso? ¿Por qué no abandonar esa táctica sectaria, semillero de tantas disensiones y odios, y consagrar todas las energías, toda la fuerza de la palabra y de la pluma á los asuntos económicos, á la educación económica y profesional del obrero? ¡Ah, qué fácil sería entonces *la unión de todo el proletariado!* ¡Qué fácil sería practicar aquel consejo, aquel mandato con que Marx termina el *Manifiesto Comunista*: TRABAJADORES DE TODO EL MUNDO, UNIOS!

Dice usted que la mejor piedra de toque para conocer la valía de los Sindicatos es la *huelga*. ¡Dichosa huelga!... Como quien dice: los Sindicatos católicos no van á la huelga, se oponen á las huelgas; luego no son Sindicatos. No parece sino que la huelga, siendo de suyo un mal, una perturbación de la producción y de la vida toda, es el último ideal

ó el único procedimiento de lucha. Diganlo tantos seleccionados, tantos muertos y heridos sin conseguir nada en definitiva, porque el régimen de la propiedad sigue intacto. Las últimas palabras de mi carta postrera decían: «Han llegado ustedes á desacreditar las huelgas, como de otros se dijo que habían llegado á desacreditar la calumnia á fuerza de abusar de ella», y sigo en mis trece, porque estoy viendo lo que pasa en Francia y en Rusia. Nada se logra con la violencia. La violencia no mejora las cosas porque no modifica ni mejora las personas; no hace más que cambiar de amos ó de tiranías. Nunca el ejército proletario podrá competir con el que puede tener siempre preparado la burguesía, y, á falta de ella, los intelectuales aburguesados, seguidores de Nietzsche, que nunca faltarán.

En cambio, con un proletariado todo *unido* (hoy no lo está y es tontería pensar en victorias sin esa unión previa de *todos*), disciplinado, culto, moral, cuyas energías se dediquen á la huelga, si es preciso, pero siempre en último término, como hacen los *Sindicatos libres*, y principalmente que laboren por la modificación *directa* de este injusto régimen económico en que vivimos, mediante el cooperativismo tenaz y persistente que obligue á productores é intermediarios á entrar en regla ó á retirarse; con un proletariado

así, digo, el triunfo es seguro y lo veo próximo; de otro modo, NO.

Hasta la próxima, en que trataré del comunismo primitivo de la Iglesia.

* * *

La conclusión lógica que se desprende de mi anterior es que *dentro del Catolicismo cabe la más completa libertad para la organización sindicalista y para las reivindicaciones obreras más radicales en el orden netamente profesional y económico*.

No hay, pues, razón para abandonar el Catolicismo ó combatirlo, como hacen los socialistas, con el pretexto de que la doctrina católica ó la autoridad que la representa y actúa, la Iglesia, coarta semejante libertad. Sólo la ignorancia ó la mala fe pueden manejar este burdo sofisma. Estamos los católicos con relación á ustedes lo mismo que ustedes con respecto á los *anarquistas solitarios*, rebeldes al programa, á la organización, á las autoridades, á la disciplina y á las decisiones de los Congresos del Partido Socialista ó de la Unión General de Trabajadores. Si ustedes, los socialistas, están en lo firme contra el *exceso de libertad* que quieren los anarquistas y sindicalistas bolcheviques, no tienen ustedes derecho á decir que los católicos no somos *libres* porque tenemos

una autoridad, una disciplina y una doctrina común que, precisamente, nos deja en completa libertad en el orden político y económico social. Y si ustedes persisten en esa imputación que tan injustamente nos hacen, entonces, como la lógica es ley igual para todos, yo les digo que los anarquistas y bolcheviques más exaltados tienen toda la razón contra ustedes; han tenido razón las *Juventudes Socialistas* para escindirse de ustedes y constituir el *Partido Comunista*, la tienen todos los socialistas que protestan contra el Comité Nacional del Partido por lo de la *Tercera Internacional*, la ha tenido Anguiano para separarse, etc., etc.

Ahora voy á demostrarle otra cosa: que si el Catolicismo y la Iglesia nos dejan á los obreristas y á los obreros en la más amplia libertad para lo que se refiere á la organización netamente profesional, tampoco nos cierra el paso en cuanto al llamado *supremo ideal de toda organización económica á que aspira el proletariado*, que es el COMUNISMO.

Voy, pues, á tratar del comunismo primitivo de la Iglesia.

Le confieso ingenuamente que oyendo ó leyendo ciertas cosas á algunos socialistas tengo que hacerme mucha violencia para no creer que obran de mala fe. Porque así como la masa obrera que se llama socialista batí-

ría palmas si un buen día la Iglesia católica hiciese suyo todo el programa del Socialismo actual ó los programas divergentes y hasta contradictorios de las diversas Internacionales ó Partidos Socialistas, así muchos primate del Socialismo se entristecerían de tener á su lado á la Iglesia, y serían capaces de seguir defendiendo un Socialismo anticatólico, aunque la masa obrera los dejase solos, ó inventar otro Socialismo si nosotros aceptásemos el presente. Es más poderoso en algunos socialistas el instinto sectario ó anti-religioso (sin duda por el excesivo desarrollo de la *glándula del ateísmo*, que diría Palacio Valdés) que el amor desinteresado al bien económico del proletariado, porque, lejos de afanarse por sumar fuerzas á la causa, parece que las rechazan.

No me explico de otro modo cómo reconociendo la sublime verdad social de la doctrina de Jesucristo, del Evangelio, cuya existencia personal e histórica (la de Jesucristo) admite usted, lo cual honra mucho á su cultura y le destaca á usted entre la turbamulta de ignorantes negadores; reconociendo, digo, el *hecho histórico* de que en el seno de la Iglesia católica brotasey floreciesen durante no pocos años aquellas inolvidables *Comunidades apostólicas* de todos los fieles, en que todos los bienes eran comunes y *no había pobres* (aspiración suprema de todo sin-

cero socialista), hay todavía ese empeño absurdo en presentar á la Iglesia como enemiga doctrinal y efectiva de ese *Comunismo*, de esa *abolición de pobres* que ella realizó mejor que nadie en el mundo y continúa viviente en las Ordenes religiosas.

¿Qué es toda la doctrina moral católica sino una excitación, una predicación constante, un *mandato de caridad fraternal*, de socorro de todas las necesidades corporales y espirituales hasta verlas satisfechas, sin distinción de razas ni de pueblos, *sin limitación de ningún género*? ¿Qué es su moral sino una condenación constante de la *usura* en todas sus formas, de la *avaricia*, del lujo y despilfarro, del sibaritismo y de la ociosidad, de todos esos *vicios antisociales y antiigualitarios*, y todo esto en favor de los pobres para que dejen de serlo?

¿Cuándo la Iglesia ha condenado esos rasgos de amor y de caridad y de *justicia*, si así quiere llamarse, por los cuales los ricos se ponen al nivel de los pobres, por los cuales sentimientos los ricos pueden abrir y franquear sus propiedades, sus empresas, sus fuentes de producción para que los que nada tienen hoy sean convenientemente *agregados* (como accionistas, por ejemplo) á esas propiedades, á esas empresas y fuentes de producción para que todos tengan *trabajo seguro* y sean *copropietarios* ó propietarios

colectivos ó cooperativos, que el nombre es lo de menos? ¿Cuándo la Iglesia limitó las formas de la multiforme caridad? ¿Cuándo la Iglesia impidió que la caridad se transforme en justicia y la justicia en derecho coactivo?

¿Cree usted honradamente que si un buen dñs dijese los propietarios de España y de todo el mundo:—Vaya, desde hoy mi propiedad, mi empresa, se convierte en propiedad cooperativa ó social ó colectiva, ó como quiera llamarse, pero propiedad de todos aquellos que quieran y puedan trabajar en ella, mientras ella dé de sí, para los efectos de la distribución de sus beneficios, cree usted que si esto se hiciese la Iglesia condenaría á esos propietarios?

No, todo lo contrario. Les diría: Ahora sí que sois *perfectos cristianos*; venid benditos de mi Padre...

Si esto enseña la Iglesia, me dirá usted: ¿por qué no lo *hace*? ¿Por qué ha dejado pasar tantos siglos de miseria y pobreza? ¿Por qué abandonó cuando Constantino, ya en el siglo IV, ese comunismo, me decía usted?

No lo hace porque, como tantas veces le dije sin que usted parase mientes en ello, la Iglesia no hace *santos*, ni siquiera *buenos*, á la fuerza. La Iglesia no tiene el *Poder político y social*. Mi reino no es de este mundo. No tiene el Poder político y social y no quiere usurparlo, saliéndose de su esfera, y ese

ordenamiento y distribución de la riqueza pertenece al Poder político ó social. Ella, la Iglesia, da la doctrina, señala el ideal, ruega, empuja, trata de persuadir, fomenta la cultura moral, el sentimiento religioso, para que las almas obren espontáneamente, y... ahí se detiene. Lo demás, lo sabe usted, el que se empeña en ser malo lo es por encima de todo.

¿Por qué abandonó la Iglesia ese comunismo? Ya le dije que la Iglesia no lo abandonó; lo abandonaron los fieles, los hombres, tal vez porque no había llegado el momento oportuno para extenderlo y consolidarlo. Replica usted: «Donosa teoría», y dice cándidamente: «¿No son los fieles los que constituyen la Iglesia?» Hombre, sí y no. ¿El Socialismo lo constituyen los afiliados ó la doctrina en sí?

No, mi querido amigo. La Iglesia de que aquí hablamos, la que ustedes combaten tan desatentadamente, es la doctrina, la institución, la autoridad que enseña tal doctrina y procura actuarla. Los fieles entran y salen, como usted sabe. Cumplen mejor ó peor, y son libres para establecer toda clase de régimenes políticos y económicos. He aquí un error, una ignorancia fundamental de usted. Tienen un concepto equivocado del catolicismo, y por eso le combaten. La Iglesia no estableció *propiedad privada*. La Iglesia, como dice San Agustín, no repartió ni distri-

buyó las tierras, ni las industrias. Ese régimen lo estableció ó consolidó el Poder público, los hombres, las circunstancias históricas. Ella no es autora de los Códigos civiles y penales que rigieron las sociedades políticas.

No hay derecho á cargar á la Iglesia todos los baldones de la Historia, aunque, como Judas entre los Apóstoles, siempre hubo y siempre habrá católicos perversos, desde las más altas dignidades hasta el último sacrístán y chupalámparas. Pero ya le he dicho que contra todos esos delitos y delincuentes de guante negro ó blanco... puede usted cargar la mano cuanto quiera, que se lo agraderemos. Y con todos esos curas y frailes que, según usted me decía en uno de sus artículos, están padeciendo horrores y esperan el triunfo del Socialismo para ahorcar los hábitos y volver la espalda á la Iglesia... podían ustedes formar un bonito Sindicato. Ustedes, tan filántropos y compasivos, formen una Caja de pensiones ó retiros para ellos y luego toquen á entrar... Ya verán.

Pero, señor director, no nos cuelgue usted calumnias, sospechas ó verdaderos errores históricos, como la barbarie de la Edad Media, la Inquisición, etc., etc. Eso cuélguelo á los bárbaros que invadieron á Europa y la destrozaron, como pretendían hace poco los bárbaros de Lerroux con el mundo moderno,

hasta que el moderno Atila se redondeó. Bastante hizo la Iglesia que los civilizó, enseñándoles á leer y escribir y cultivar la tierra y domar sus fieras pasiones. La mayor parte de las cosas horrendas que atribuyen á la Iglesia católica, esa tenebrosa Edad Media, etc., etc., son cosas de la época, fatalidades de la Historia, de una edad infantil de la Humanidad. Maldecir de la Iglesia católica y de los católicos porque en 20 siglos no hicieron lo que hoy se empieza á hacer es tan ridículo y grotesco como condenar por inciviles y brutos á todos los sabios, á todos los hombres de los siglos pasados porque no inventaron ni disfrutaron el tren, los automóviles y la luz eléctrica.

Si Constantino y demás representantes del Poder público, si los señores feudales de la Edad Media y los plutócratas de la Edad Moderna establecieron ó consolidaron de la manera que vemos la *propiedad privada* y obstaculizaron la *propiedad colectiva* hasta el momento presente.. vaya usted tras ellos y haga que los nuevos Poderes públicos hagan lo contrario. No nos opondremos á ello. El quitar ó establecer un régimen jurídico y económico no compete á la Iglesia, sino al Poder público, á usted y á mí y á todos *como ciudadanos*. ¿Qué estamos haciendo usted y yo con nuestras propagandas? ¿Lo impide la Iglesia? No.

Cabalmente la diferencia que hay entre los *católicos demócratas* y *no demócratas* consiste en que estos últimos dicen: Como la misión de la Iglesia es sólo religiosa y moral, y no le pertenece meterse en cuestiones de orden económico-jurídico para quitar ó poner nuevos regímenes, los católicos tampoco debemos propasarnos á otras prédicas y actuaciones *en nombre del derecho y de la justicia*, para establecer un nuevo régimen de la propiedad, sino que debemos limitarnos á predicar la caridad y las reglas de la moral, y nada más.

Y los católicos demócratas decimos: Ciento que eso no puede hacerlo la Iglesia, ni los católicos en nombre de ella, invocando este título y bautizándolo todo con él; pero como los católicos por ser católicos no dejamos de ser ciudadanos, como tales ciudadanos podemos y debemos aspirar por todos los medios no condenados por nuestra moral á establecer un régimen económico jurídico que por la acción social ó política *haga efectivo* lo que demandan la caridad y la fraternidad cristianas y que vemos que *espontáneamente no se hace*. Además, dado, no concedido, que la Iglesia en su desarrollo y por diversas circunstancias históricas se haya equivocado ó haya abandonado la causa de los pobres; dado que ahora cambie y evolucione en sentido democrático, según dicen ustedes, ¿por

qué no alegrarse, por qué no recibir bien ese cambio, por qué no saludarlo y secundarlo, lejos de entorpecerlo y malograrlo con sus disparatados ataques? ¿Le vendrá mal al proletariado sumarse nuevas fuerzas y apoyos y simpatías?

De esa pereza, de ese retraimiento sociales, de esas divergencias sociales entre los católicos, la Iglesia, el Catolicismo, no pueden hacerse responsables. La responsabilidad sería toda de los católicos como ciudadanos que se emperezan, que no estudian, que no piensan rectamente, que tienen más amor á sus riquezas que al prójimo, contrariando en esto el espíritu de la religión que profesan. Ya les dije que duro con esos católicos de conveniencia.

Quieren ustedes que la Iglesia se ponga como tal Iglesia al lado del proletariado, sea socialista ó no lo sea. Eso no puede ser. La Iglesia no es una agrupación como otra cualquiera. Eso sería dar la razón á los que quieren partidos políticos y sociales CATÓLICOS, y eso es un disparate. Sepa usted si no lo sabe, y sépanlo los socialistas que lo ignoran, que no hace muchos años la Iglesia, en un documento oficial, dijo que los católicos podían pertenecer á *todos* los partidos políticos, lo cual quiere decir que ninguno puede llevar la *exclusiva*, y que no hay ni debe haber *un partido político católico*. Y esto es

aplicable á los partidos que pudiéramos llamar sociales.

Que la Iglesia y sus ministros, dentro de un régimen que no establecieron, ni pueden quitar, hayan adquirido y disfrutado todo lo que lícitamente hayan podido, creo que no es un delito, como no lo es, ni lo creerá usted tampoco, que los primates socialistas, diputados, propagandistas, etc., etc., dentro de este régimen individualista en que se vive, se enriquezcan lo que puedan, cobren sus sueldos, tengan sus lujo y estén bien gordos y lustrosos algunos de ellos, aunque haya todavía por esos mundos obreros afiliados bien pobres, andrajosos y hambrientos. Me habla usted de templos, catedrales y palacios episcopales lujosos, y yo he visto y sé que hay Casas del Pueblo y Círculos y otros menesteres socialistas bien lujosos por cierto. Habla de la riqueza del culto y de los anillos y pectorales y capisayos y no sé cuántas cosas del clero, y yo veo que ustedes derrochan lo suyo ó lo de las cuotas de los obreros en un culto mucho más fastuoso de jiras, homenajes, manifestaciones, estatuas, cuadros, banderas, dijes y recordatorios socialistas, y sé algo de lo que hacen lucir á sus dignas compañeras socialistas ó *socializadas*...

Porque esta es otra: otra contradicción de ustedes que arguye ó falta de lógica ó sobre de mala fe. Unas veces presentan al Cristia-

nismo y á las Ordenes religiosas como algo *antinatural*, místico, que sólo vive para la renunciación y la otra vida, y otras veces nos presentan á la gente de Iglesia como bien metida en las cosas del mundo, de carnes lustrosas, etc., etc. Hombre... seamos serios. O lo uno ó lo otro. Mejor dicho: ni lo uno ni lo otro. Ni el Cristianismo es el embobamiento del cielo, la renuncia á la vida, al trabajo y á la dicha terrena, ni es la completa y exclusiva obsesión del goce material. Es el justo medio, el equilibrio, la armonía de las facultades. El Cristianismo no está reñido con la vida; no rechaza el bienestar material limitado, el lujo, mientras no perjudique á alguna virtud ó al prójimo; no es el *nazarenismo*, el culto del harapo y del piojo; no es el anacoretismo y la eterna procesión de flagelantes, aunque manda, como mandan á veces los médicos, que cada uno vapulee y se re prima lo necesario para domar las pasiones, que son verdaderas enfermedades. Y no es eso el Cristianismo desde el momento en que el gran doctor del Catolicismo, mi maestro Santo Tomás, dice repetidas veces que «tanto la riqueza excesiva como la excesiva pobreza son cosa vitanda porque son ocasión de muchos males, y que los bienes materiales en cierta cantidad suficiente son indispensables para ser virtuosos.»

Esto se va prolongando mucho y quiero

poner punto. En la próxima hablaré de León XIII, de Rusia y... de la Biblia.

* * *

Mi querido amigo: Ya que usted lo dispone, no habrá más remedio que resignarse á que con esta carta dé por terminada la polémica en *Là Aurora Social*. Comprendo que no es usted el dueño absoluto del periódico, y que sobre usted han de pesar otras influencias que no ven con buenos ojos mi firma en el órgano oficial de los socialistas asturianos; y no es cosa de someter este negocio á un plebiscito entre los lectores de su digno periódico, muchos de los cuales sé que votarían á mi favor.

No es que suponga que se retiran ustedes de la discusión porque tengan miedo á sus efectos, como me advertía aquel comunicante mío de que usted se acordaría, el cual ya me anunciaba por adelantado que la polémica había de terminar de este modo tan anormal. Porque es realmente anormal y desusado que termine una discusión de esta índole sin que ocurra una de estas dos cosas: ó una riña plagada de insultos ó reproches entre los polemistas, que no debe tolerar ningún periódico digno, ó una avenencia ó inteligencia sobre los puntos discutidos. Lo primero no existe, gracias á Dios, y lo segundo, aun-

que existe latente, todavía no se puso de manifiesto al público, á no ser que usted lo haga en su artículo final, que espero con ansiedad.

Y sin más preámbulos (porque estoy como el reo en capilla, contando las horas, digo, el espacio, que me queda de vida en *La Aurora*) entro en materia.

¿Condenó León XIII el Socialismo? ¿Estoy en contradicción con León XIII cuando afirmo que no hay oposición irreductible entre el Catolicismo y el Socialismo, sino que, por el contrario, hay esenciales coincidencias?

Porque pensará usted: ¿qué importa que el P. Gafo haga todas esas afirmaciones democrático-sociales, si la suprema autoridad de la Iglesia, si nada menos que León XIII, el Papa de los obreros, dice todo lo contrario? O ese fraile, diría usted para su capote, cuelga los hábitos, ó le cuelgan á él con una excomunión.

Pues, amigo mío, ni lo uno ni lo otro.

En primer lugar debo decirle que la encíclica *Rerum novarum* no es una fórmula dogmática. Tales encíclicas, escritas para un momento histórico determinado, no privan absolutamente de la libertad á los pensadores católicos; la encauzan, la dirigen, la orientan, y nada más.

Usando de la técnica ó de la terminología de ustedes para mayor claridad, pero guar-

dando todos los respetos, es como si se tratase de un manifiesto ó de una circular firmada por la suprema autoridad del Partido Socialista, hablando en nombre de todos los afiliados. ¿No sería temerario y hasta ridículo que un cualquiera saltimbanqui bolchevique saliera á contradecirlo y destrozarlo?

Ahora bien, esos respetables y de momento obligatorios documentos socialistas, ¿privan absolutamente de la libertad á cada uno de los afiliados, al mismo Pablo Iglesias y á los del Comité Nacional, para que *en otro momento histórico*, en el momento oportuno, afirmen lo contrario, si á mano viene? ¿Qué están haciendo ustedes todos los días? ¿No pertenecían antes á la *Segunda Internacional* y hoy á la *Tercera*? (1) ¿No aprueban hoy lo que condenaban antes, y condenan hoy lo que antes aprobaron?

Pues aplique el cuento ó... la lógica. Si us-

(1) Sufrió un error el P. Gafo. En la fecha que escribió el presente artículo, el Partido Socialista no había hecho más que acordar el ingreso en la Tercera Internacional á base de determinadas condiciones. Para gestionar el ingreso fueron á Moscú Daniel Anguiano y D. Fernando de los Ríos, y al retorno de éstos celebró dicho Partido un Congreso (abril de 1921) donde se produjo la escisión, creando los que estábamos en minoría el Partido Comunista Obrero, que más tarde habría de fusionarse con el nacido de la primera escisión para formar el actual Partido Comunista de España. Hago aquí esta rectificación al P. Gafo porque en la contestación que he de dar á sus últimos artículos me propongo pasar por alto todo lo que estime de escasa importancia para concentrar la atención en lo fundamental de la polémica.—N. del A.

tedes mismos condenan hoy el *Socialismo utópico* de antaño; si condenan hoy el Socialismo de ayer mismo, ¿por qué extrañarse de que León XIII condenase el *Socialismo de su época*, el que se presentó á su mente santa y venerable, *el que él mismo describe y no otro?*

Usted me dirá que en medio de los cambios, evoluciones y contradicciones en que forzosamente incurren los socialistas, se salvan siempre *las esencias del ideal*. Bien; estoy conforme. Pero ahora le digo yo á usted, y aquí le quiero ver: Todas las condenaciones y anatemas de León XIII contra el Socialismo, todas ellas oportunísimas y acertadas, como vamos á ver, *dejan á salvo las esencias ideales* que usted y yo defendemos, yo quedándome con la esencia, que diría Schafle, y usted añadiendo algunos *accidentes* de olor, color, sabor, etc., que á mí no me agradan y que, realmente, perjudican al verdadero Socialismo y por consiguiente á la masa total de los trabajadores asalariados. Se ha de convencer usted, con el tiempo, de que yo y los que conmigo piensan somos los únicos y los verdaderos socialistas.

Fíjese usted ahora. En todo el primer párrafo copiado por usted de la encíclica *Rerum novarum*, que no reproduzco por no alargarme, sólo hay las siguientes afirmaciones: 1.^a, desaprueba *el odio de los socialis-*

tas á los ricos; 2.^a, desaprueba la entrega de la propiedad privada al Municipio y al Estado; 3.^a, desaprueba esa perversión ó extralimitación de las funciones del Estado, al que se hace *único dueño y propietario de todo*; 4.^a, desaprueba la fuerza ó violencia que se hace ó se pretende hacer á los propietarios que poseen legítimamente.

¿Está condenado aquí EL SOCIALISMO? No; está condenado ó desaprobado *cierto socialismo*, están condenados ciertos socialistas, ó sea aquel socialismo y aquellos socialistas que: 1.^o, predicen el odio y la destrucción de los ricos por ser ricos; 2.^o, condena ó desaprueba aquel socialismo y aquellos socialistas que son *estatistas*, es decir, que hacen á todo el mundo, á todos los obreros, *asalariados, esclavos del Estado*; 3.^o, á todos los que hacen á éste omnipotente y despótico, *matando la libertad y la autonomía natural de las personas*, ley moral de que la Iglesia no puede menos de ser la más celosa guardiana, y 4.^o, condena ó desaprueba aquel socialismo que, en absoluto, combate como ilegítima y vitanda *toda propiedad privada ó particular*, aun aquella que se mantiene dentro de los límites económicos justos.

¿Afirma usted este socialismo así descrito, y afirma usted que no hay otro socialismo más que éste? Entonces tiene usted razón, ese socialismo está condenado por León XIII,

por ser derivación de una filosofía, más ó menos racional ó instintiva, completamente panteísta, por la que se hace del Estado un dios y de la fuerza bruta una religión de caníbales y antropófagos; pero, conste, con León XIII, y condenándole á usted aunque desde distintos puntos de vista, están multitud de socialistas de gran peso: los *reformistas*, los *sindicalistas* y buen número de los que quedan en la *Segunda Internacional* y que propenden, más que á la revolución y á los movimientos políticos, al *cooperativismo*.

¿Que usted no es partidario de ese socialismo rifeño, condenado á morir de mala manera, agarrotado por los *Somatenes* y los de la *Acción Ciudadana*? Pues entonces nada de lo dicho y prepare usted aquel abrazo con que yo le brindaba hace tiempo y que usted veía tan difícil.

León XIII, mi querido amigo, ni en las palabras citadas ni en ningunas otras condena la posible evolución ó transformación de las propiedades particulares ó privadas en propiedades sociales ó cooperativas, siempre y cuando esa transformación se haga sin odios mutuos, sin esa entrega de vidas y haciendas á un Estado cuyas garantías de no excluirse y tener como esclavos á millones de ciudadanos están por descubrir; sin ese expolio violento y sin esas otras garan-

tías que á los propietarios justos ó de lo justo (que no han sido ni son los causantes del mal social) se les deben de justicia para que tengan también asegurado el derecho á la vida.

León XIII no condena esa *socialización económica* á la que tienden necesariamente y por movimiento espontáneo las *organizaciones sindicales y cooperativas* que el mismo León XIII recomienda en otros lugares que usted no cita, y en los que se inspiran los demócratas cristianos para ir avanzando en línea paralela á ustedes, los socialistas, avance que sería más rápido y fecundo si todos marchásemos unidos en un solo ejército, lo cual sería factible si los jefes socialistas, por sus odios sectarios, antirreligiosos (que no importan á las masas obreras, antes los repugnan) no mantuviesen viva esa hostilidad, ellos sabrán por qué, como yo lo sé también. Tendría usted toda la razón (y yo convendría entonces con usted en que las organizaciones sindicales y cooperativas de los católicos son un juego vil, una engañifa) si se considerase como definitivo el régimen del salariado, si esas repetidas organizaciones no llevasen dentro esa finalidad trascendental, si, en una palabra, careciesen de esa hermosa idealidad socializadora. Y lo propio es aplicable á los Sindicatos socialistas.

Pero su argumentación cae por su base y es calumniosa porque no es verdad que León

XIII «defiende el infame régimen del salario». León XIII ni afirma ni condena el régimen del salario, como no afirma ni condena la propiedad privada ni la colectiva, en la forma dicha, porque, como tantas veces le he dicho, en esto no se mete el Papa: son cuestiones libres. El Papa habla del régimen en que vivimos, y, *dado que hay salarios*, acaricia la idea de que éstos sean lo *suficientemente elevados* (indefinidamente elevados) que permitan *el ahorro*, para que el asalariado pueda llegar á ser capitalista ó propietario; que es lo que muy cueradamente hacen los socialistas inteligentes y aprovechados. ¿No está usted conforme conmigo en que si nuestros mineros, salvas excepciones honrosísimas, no hubieran derrochado tanto en *jugar al burgués*, en sastrerías, hoteles, teatros y otras cosas *non sanctas...* antes hubiesen ahorrado los pingües salarios, empleándolos dignamente, estaría mejor nuestro proletariado y la causa social?

Si fuese verdad lo que usted dice, que León XIII y los católicos defendemos el régimen del salariado, ¿cómo concibe usted que los prelados norteamericanos, en reciente documento, y el programa de la Democracia Cristiana, digan que no están conformes con el régimen del salariado?

«*Que se debe guardar intacta la propiedad privada*». Todo ese párrafo (que no des-

truye lo que acabo de decir, es á saber, la licitud de la socialización económica y la tendencia hacia ella) es para *esos socialistas exaltados, instintivos ó impulsivos*, que quieren de buenas á primeras *ir al asalto de las propiedades de los vecinos, hacer la revolución á todo trance para ver si pescan algo*. Ya sabe usted que hay ladrones individuales y los hay en cuadrilla ó *sociales*. Ese párrafo, repito, y otros por el estilo, es para esos socialistas anarquizantes que tanto les dan á ustedes que hacer ahora dentro del Partido. Realmente me hace mucha gracia ver ahora á ustedes, los elementos serios y directivos de las organizaciones socialistas, ver á *El Socialista* y *La Aurora Social*, Largo Caballero, Llaneza, etc., etc., lanzar excomuniones contra los exaltados, los revolucionarios de pega, los disolventes, los murmuradores y corruptores, y predicar aquella prudencia, aquella medida, aquella moralidad y cultura que nosotros, los católicos, predicábamos á ustedes cuando ustedes eran noveles. ¡Cómo cambian los tiempos!... Educaron á la fiera para la violencia, para los odios, las agresiones y la pasión desbordada, y ahora, después de unos cuantos años de pedagogía tan fácil, no pueden con esa fiera. Se les suben los obreros á las barbas y no quieren ni trabajar las ocho horas; sólo quieren cobrar, holgar y entregarse á los place-

res imitando á la burguesía en todo lo que fiene de malo y sin tomar de ella sus virtudes de cultura, tenacidad en el trabajo, organización, etc., etc. Oyendo ó leyendo á ciertos jefes socialistas que conozco, diríase que quieren que los obreros derrochen y no ahorren y se enriquezcan para mantenerlos *deseesperados y rabiosos* como perros (jaurías de cazadores por sport y por ganancia) para que ladren siempre y estén á la orden para cualquier asalto. No creo que los socialistas asturianos sean de este jaez.

Mantener intacta la propiedad privada no es dejar las cosas como están, con los *latifundios*, con la ilimitación é irresponsabilidad de los capitales; no es cerrar el paso á la conquista evolutiva de posiciones para llegar al *cooperativismo universal*; no es impedir que se grave con el *impuesto único* ó con el *impuesto progresivo*, etc., etc. Mantener intacta la propiedad privada es defenderla del *asalto en cuadrilla* ó del *reparto* violento y revolucionario de Rusia, convirtiendo su haber económico en una bacanal ó en una merienda de negros. Eso es lo que no quiere León XIII ni queremos los demócratas cristianos: ese socialismo de mitin y de taberna que á son de tambor lanza á la calle las ideas más sagradas y delicadas para ser pisadas por plantas aldeanas; sin tener en cuenta que en tales ideas van envueltos los

derechos primarios del hombre, su libertad, su dignidad, su autonomía personal, y que esta inalienable *primogenitura* no puede entregarse al mercado ni venderse por un *plato de lentejas*, suculento y humeante... que tal sería entregar *las propiedades individuales* á los azares de un Estado revolucionario sin tener antes bien constituidas *las colectividades profesionales*. El fortísimo sentimiento de la propiedad individual no puede abolirse de real orden sin darle antes un sustitutivo. En vez del *fetichismo propietario* por este terruño, por esta riqueza determinada, puede ser el culto depurado y noble de una propiedad *fiduciaria*.

Me queda lo de Rusia y lo de la Biblia. En esto último le auguraba un completo fracaso, y así ha sido. Como que pensé si los tipógrafos, que suelen ser muy bolcheviques, le habían hecho una mala partida. Por Dios, señor director, hay dificultades mucho más serias que todo eso. Las que usted pone sobre los días de la Creación, los antípodas y la población de América y Oceanía se las resuelve un alumno de primer año del bachillerato que sepa un poco de Geografía. Y lo que me cuenta usted de las hijas de Lot y otras muchas cosas parecidas á esa que yo le podría añadir no es para hacer tantos aspavientos. Sepa como regla general que *no todo lo que cuenta la Biblia lo da por bien*

hecho, ni mucho menos. De usted dependería que yo me extendiese más sobre estos puntos; pero llegó mi hora fatal y tengo que terminar.

En resumen: Deseo que me conteste usted terminantemente á estas preguntas: 1.^a ¿Qué diferencia esencial encuentra usted entre mi concepto de la *socialización de la vida económica y de la propiedad colectiva ó cooperativa* y el concepto expuesto por usted sobre el mismo punto? Porque ha pasado usted sobre él como gato sobre ascuas, siendo esto el eje de la polémica. 2.^a Y si en el fondo hay una perfecta identidad de pensamiento, ¿cree usted que hay oposición irreductible entre el Socialismo y el Catolicismo, ó mejor dicho, cree usted que es esencial al Socialismo la exclusión del Catolicismo y de toda religión positiva? 3.^a ¿El Socialismo es simplemente una teoría económica ó es una teoría general de la vida? Si lo primero, como yo entiendo que lo es con los grandes doctores del Socialismo, entre ellos Schafle, cabe una inteligencia y hasta una unión entre ustedes y nosotros; si lo segundo, no deben extrañarse los socialistas de que los católicos queramos llevar la religión á las cuestiones sociales y obreras. 4.^a ¿Qué ideas más son las que usted acepta? Me contento con simples enumeraciones. Porque, en último caso, las ideas importan, no los nombres y según el bagaje

que se cargue al Socialismo, podrá ser reprochable, disculpable ó laudable. El de los materialistas es reprobable, el de los utopistas disculpable y el de los sindicalistas católicos laudable. Y éste, creo yo que es el que buscan las masas.

Si en su artículo resumen, que puede ser una hermosa síntesis, sigue usted combatiendo, sin probar, mi posición, ó preguntando, yo continuaré contestando ó defendiendo y atacando. Y si *La Aurora* persiste en cerrarme las puertas, pediré hospitalidad á las de *El Carbayón* ó *El Correo de Asturias*.

Sin más por hoy, pídale mil perdones por las molestias que haya podido ocasionarle en este largo diálogo

* * *

Mi querido amigo: Aunque abrumado de ocupaciones, no puedo por menos de aceptar el último ofrecimiento que me hace de que puedo mandarle otra carta, que será definitivamente la última. Le estoy profundamente agradecido, y le pido perdón por la tardanza involuntaria en enviarle las cuartillas.

Le decía en mi anterior que me quedaba por decir algo de Rusia. Indudablemente Rusia es hoy para los socialistas y para todo el mundo lo que hasta ahora fué la Revolución Francesa del siglo XVIII, un punto de par-

tida, un libro de eternas meditaciones y comentarios, un campo inmenso de experimentación, en el que se ponen á prueba muchas ideas y muchas teorías. No me extraña nada que ustedes se entusiasmen con Rusia, y que ese entusiasmo haya prendido principalmente en las dos penínsulas meridionales, en España y en Italia. Pero mucho me temo que ese entusiasmo sea excesivo, y que ese *fetichismo* por Rusia y ese deseo de imitarla servilmente les cueste á ustedes muy caro. Rusia aún no ha dicho *su última palabra*, y no sabemos lo que quedará de esa inmensa Revolución. En realidad, y llamando las cosas por sus nombres, el triunfo del Socialismo en Rusia no ha sido más que una *militarizada*, un episodio final de la guerra que pudo elevar á Lenin como pudo y aún puede elevar á un militarote ó al moro Muza. Acuérdense de Lerroux, de Clemenceau, de Millerand...

Realmente es chocante, y es para detenerse á meditar, que los Partidos Socialistas más próximos á Rusia, el alemán (incluso los independientes), el inglés, el belga y aun el francés, que forzosamente han de conocer mejor la realidad rusa, se muestren tan poco entusiasmados con el bolchevismo y la Tercera Internacional. ¿Y Kautsky? ¿Cómo es posible que Kautsky, el patriarca más autorizado del Socialismo, se muestre tan adver-

sario del bolchevismo y de todo lo de Rusia? ¿Es posible que ese hombre, encanecido en el estudio, en la difusión y en la defensa más ardorosa del marxismo, desapruebe la Revolución Rusa sin motivos hondos, todos ellos socialistas, de la más pura ortodoxia?

Tengo sobre mi mesa el último libro de Kautsky, *Terrorismo y Comunismo*, y cerquita de él *La Doctrina Socialista*, del mismo autor. Entre uno y otro libro hay una identidad completa de pensamiento; Kautsky es el mismo. Sin embargo, el primero de esos libros es un formidable proceso contra el bolchevismo ruso, y en la *Nota preliminar* del segundo dicen los traductores españoles, que son nada menos que Pablo Iglesias y J. A. Meliá, que Kautsky es «el mejor discípulo de Marx». ¿Es posible que la masa anónima de Rusia piense mejor y vea más claro que Kautsky, el pensador de toda la vida?

Yo creo, mi querido amigo, que esto de Rusia, tal como lo pintan ó lo sueñan algunos, es uno de tantos *mitos* creados por la fantasía del vulgo socialista y aun por aquellos jefes de esas muchedumbres, de buena ó de mala fe, á los cuales jefes ó sacerdotes de este nuevo culto importa mucho mantener vivo el entusiasmo y la fe ciega en un *messianismo* bienaventurado que todos los días promete *para mañana* el triunfo completo de la causa obrera. ¡Pobre pueblo, pobres

masas! Los que se apartan de la verdadera y única Fe, que es la de lo sobrenatural e immutable, se entregan con verdadero furor á esas *fees* ó á esos *mitos* que no son otra cosa que *deseos cristalizados* producidos por el espejismo de la distancia, y no visión y percepción clara de la realidad, que es lo que constituye la tan cacareada Ciencia. Como esos *mitos* se gastan pronto, mucho antes de aplicarles *la selección científica*, tienen ustedes que cambiarlos y renovarlos con frecuencia. Fué primero el *mito* de la *huelga general* y hasta la conquista del *ejército*, mito estropeado por las *Uniones ciudadanas* y los *Somatenes*; fué después el *mito* de las *Conjunciones* con los partidos políticos llamados avanzados, y que eran y son más burgueses, más fieramente conservadores del capitalismo que los de firmes creencias cristianas. Este mito ustedes mismos lo deshicieron, e hicieron bien.

Viene ahora el *mito* de la *dictadura del proletariado ó del bolchevismo*, por el que cualquier ciudadano socialista ó, cuando menos, cualquier presidente ó secretario de Sindicato ó Soviet se cree que lleva dentro de sí un ministro ó comisario del pueblo, y ¡claro!... como son tantos, el triunfo es seguro.

¡Dictadura del proletariado!... ¿Es posible que en pleno siglo XX haya todavía cándi-

dos, gentes supersticiosas como en la Edad Media ó en los tiempos antiguos, en que se adoraban los astros y se creía en la magia, en la piedra filosofal y mil cosas parecidas? Pues así es eso de la dictadura del proletariado. Esto es lo que vienen á decir Kautsky y todos los partidos y jefes socialistas adversarios de la Tercera Internacional y del bolchevismo. Y esto mismo es lo que vinieron á decir los primates intelectuales de nuestro Partido Socialista español al oponerse al dictamen de la mayoría, casi anónima, que al fin triunfó. Mucho sentí que la Federación asturiana fuese la que, en cierto modo, dió el triunfo á los terceristas (1). Porque, vamos

(1) El lector advertirá los extravíos del P. Gafo en lo que se refiere al proceso de las Internacionales en el seno del Partido Socialista español. Aunque este detalle no afecta al fondo de la polémica, conviene hacer las rectificaciones consiguientes, para que nadie sea extraviado también por mi contrincante, cuyos errores en esta cuestión obedecen, indudablemente, á informaciones defectuosas. Lo que ocurrió por entonces —sirva esto de ampliación á la nota de la página 183— fué lo siguiente: en el Congreso nacional anterior al de la escisión se presentaron dos proposiciones, afirmativas ambas del criterio de ingreso en la Tercera Internacional, pero una más radical, digámoslo así, que la otra, puesto que pedía el ingreso sin condiciones. La que lo condicionaba, fué la que obtuvo mayoría y la que votó la delegación asturiana, de la que yo formaba parte. En el interregno de este Congreso al siguiente es cuando surgen las 21 condiciones impuestas por la Tercera Internacional á los partidos que quisieran ingresar en ella, y esas 21 condiciones fueron el caballo de batalla del Congreso que se celebró á la vuelta de Rusia de Anguiano y D. Fernando de los Ríos. Los que las rechazaron, que fueron la mayoría, quedaron en el antiguo Partido, fuera, na-

á ver, dado que venga la dictadura del proletariado, como puede venir un ciclón ó un terremoto, ¿creen ustedes seriamente que los *proletarios* son los que van á mandar, los que van á gobernar y dirigir? Esto equivaldría á sobreponer el callo al intelecto, y poner los pies en donde está la cabeza, ó si se quiere poner otro ejemplo, es como si al cochero se le pusiese tirando del coche y á los caballos sentados en el pescante guiando, muy serios, el vehículo.

No lo duden ustedes: la *inteligencia* es la que manda siempre, desde arriba ó desde abajo, generalmente desde arriba. Si no son unos amos, serán otros; probablemente ni los actuales jefes socialistas. Serán otros conocidos ó desconocidos, más hábiles aún, que surgirán del fondo revuelto, que tal vez se llaman socialistas sin serlo, ó que realmente lo sean sin llamárselo.

Yo recuerdo perfectamente las palabras y el gesto de Pérez Solís cuando todavía no hace un año, en pleno Congreso socialista, dirigió á la muchedumbre que gritaba por la dictadura del proletariado: «¿Es que está el proletariado *preparado* para esa dictadura?»

turalmente, de la Tercera Internacional; los que las aceptamos, procedimos inmediatamente á crear el Partido que después se fusionó con el de la primera escisión, formando ambos el denominado Partido Comunista de España, adherido á la Tercera Internacional. —N. del A.

»Sí», contestó aquella muchedumbre de inconscientes... «NO». replicó varonilmente Pérez Solís. Y aquel NO rotundo y enérgico era el eco de muchas, muchísimas inteligencias sinceras que aman al pueblo con verdadero amor.

Nó hay que darle vueltas, mi querido amigo: mientras *todos* los hombres no sean unos sabios y unos santos, siempre habrá *dos clases* sociales, por lo menos, una de directores y otra de dirigidos. Cuando la sabiduría sea santa y la santidad sabia, habremos llegado á la *democracia absoluta*, al *anarquismo* que serfa lícito defender.

Entretanto, para que tengamos directores ó gobernantes sabios y capacitados y para que esos sabios directores no caigan en la tiranía ó en el *terrorismo* de arriba ó permitan el *terrorismo* de abajo, mucho peor, es preciso resolver *dos problemas* de cierta importancia que se les olvidaron á todos ó casi todos los jefes ó conductores y organizadores de masas socialistas: el problema de *la cultura* y el problema de *la moralidad*. Todas las dificultades con que tropiezan los socialistas rusos, alemanes, italianos, etc., al encontrarse con *los instrumentos de la producción* en sus manos, y lo que les hace recortar el programa y acudir á la antigua burocracia, etc., hasta el punto de que apenas se distingue en su organización la Rusia

del zar de la de Lenin (porque la pequeña propiedad ha quedado como estaba), todas dimanan de que la masa obrera socialista carece, por desgracia y salvas excepciones, de *cultura y moralidad*. El Socialismo, por lo visto, no había caído en la cuenta de que *la cultura* es algo más que un enredo ó una sofistería de los *catedráticos*, y *la moral* algo más también que una invención ó un *sacacuartos de los curas y frailes*. Es un primor ver ahora por ahí á ciertos austeros socialistas dando voces y buscando hombres cultos y honrados que administren bien, y que si quieras... En cambio abundan los borrachos, los mujeriegos, los ladrones, los criminales y... los vagos de profesión. Y todos esos no pierden un mitin, ni faltan en ninguna huelga, ni suelen ser cortos en los atentados; pero encárgueseles la dirección de una Cooperativa, ó la administración de una peseta, ó póngaseles al frente de una escuela ó de un hospital... ¿Qué importa que ahora prediquen ustedes contra las tabernas y el juego, etc., y empiecen á protestar contra los crímenes sociales? Eso está bien, y les honra á ustedes. Ya es algo, pero muy poco, casi nada. Tienen que convencerse: no encontrarán cultura de provecho sin moral, y no encontrarán moral sin religión, y religión cristiana.

Hay una diferencia profunda entre las in-

moralidades del Socialismo y las que pueden achacarse al Catolicismo, ó, mejor dicho, á los católicos, que, ciertamente, no son impecables.

El Socialismo, si hace la afirmación fundamental del *materialismo*, no puede condenar ningún crimen, ninguna inmoralidad; propiamente no tiene ética, no tiene moral; todo es acciones y reacciones químicas y orgánicas; todo es instintos, necesidades y placeres; todo es lícito porque todo es necesario y gustoso. Cualquier socialista, apoyándose en los principios materialistas y en las diferentes doctrinas que corren por ahí debidas á mentalidades socialistas, es irreprochable, es lógico cometiendo los delitos más horrendos y las inmoralidades más puercas. Es la materia que vibra, es la piedra que cae, es el apetito que pide lo suyo, y hay que respetarlo como se respetan las olas del mar y los dientes del león.

En cambio, en el Cristianismo no hay un solo principio doctrinal, no podrá señalarse una sola doctrina ortodoxa que autorice ningún crimen, ninguna inmoralidad; y por eso cuando los católicos, individual ó colectivamente, caen en el delito ó en la corrupción, surge inmediatamente la protesta y la reacción dentro del mismo Catolicismo. De ahí su eficacia para la vida. El católico, obrando mal, es *ilógico* y sabe que tiene tremendas

sanciones en esta ó en la otra vida; el socialista, obrando mal, no es ilógico, y, además, no teme las sanciones de la otra vida; sólo algún palo ilógico de por acá, del que no estan difícil librarse.

¿Es que para mí no significa nada Rusia? ¿Es que yo no admito nada de la brillante descripción que usted me hace de los avances y de los triunfos del Socialismo? ¡El triunfo del Socialismo! Sí que creo en sus avances y en su triunfo definitivo; pero no es y no será el Socialismo mezquino, sectario y materialista de ustedes; será el Socialismo en sí, el Socialismo integral, el de todos, *de base cristiana*. Y no avanza y no triunfará por ustedes, pobres infelices, divididos, triturados apenas llevan un siglo de existencia, carentes de vida, de paz y satisfacción interior... sino *por la evolución general del pensamiento* y, sobre todo, por *la conciencia cristiana* de que vive y se nutre el mundo entero civilizado; y en la medida en que se desarrolle esa conciencia cristiana que moralice y haga mejores á los hombres, así triunfará ó se detendrá ese Socialismo verdadero. Porque para mí es una verdad indudable que dentro de todo *buen católico* hay encerrado un socialista, y dentro de todo *buen socialista* hay un cristiano más ó menos inconsciente.

¿Qué tal anda si no el Socialismo por esos

países bárbaros ó salvajes del centro de Asia y África, en donde aún no arraigó el Cristianismo y la civilización cristiana?

Me hace usted la impresión de aquel niño que yendo en el tranvía con su madre se hacía la ilusión de que aquel vehículo andaba y corría porque le empujaba él con sus manecitas. Así es arrastrado el carro del Socialismo al uso, con todo su tinglado de partidos diversos y de Internacionales en pugna, por el pensamiento general y, cónstele, por toda la labor veinte veces secular de la civilización cristiana. Sin esas corrientes subálveas del Cristianismo, sin toda esa inmensa labor intelectual y moral, purificando y sensibilizando y solidarizando las conciencias, el Socialismo de hoy no sería otra cosa que la bella teoría de Platón, que se perdió en el vacío del paganismo, ó la rebeldía de los gladiadores y de los esclavos de Espartaco, aplastados por los soldados y patricios romanos. Y me pone usted el contraste del triunfo del Socialismo con la decadencia, vista por usted, del Catolicismo, y me dice usted tan infantilmente: «Padre Gafo, ¿no le da á usted envidia?» Pero, hombre, ¿usted escribe para los que están algo enterados, ó para los habitantes de la luna ó de las Bautuecas?

¡Decadencia del Catolicismo! Ya ha visto usted cómo explico, admito y reconozco los

relativos triunfos del Socialismo, alegrándome yo muy mucho de ellos, en el hondo sentido en que yo soy socialista. Así quisiera yo que fuesen ustedes con el Catolicismo, imparciales y justos, nunca sectarios.

Porque, vamos á ver, ¿no se entera usted de la renovación religiosa y cristiana que se está operando en todo el mundo, después de ese gran escarmiento de la guerra en que todo ha fracasado, en que todos los valores humanos se han roto, menos los valores morales y religiosos? ¿No ve usted, no palpa usted cómo las almas vuelven á esos valores morales y religiosos y se agarran á ellos como la yedra al árbol para no arrastrarse por la tierra y enfangarse en ella como los reptiles? No, no lo verá usted. Se dice de las avestruces que esconden la cabeza debajo del ala cuando ven acercarse al cazador; así creen las muy bobas que no viendo ellas al cazador tampoco el cazador las ve á ellas. Pero usted podrá notar otra cosa que tiene una importancia muy pequeña, pero que es *sintomática*. ¿No sabe usted cómo los jefes del gran imperio inglés han declarado en documento oficial que hay que volver al Cristianismo? ¿No le dice á usted nada que Francia, la volteriana Francia de sus antiguos amores, haya vuelto á establecer su Embajada en el Vaticano y se apresuró á reanudar sus relaciones con el Papa, y que esto

mismo hayan hecho ó pretendan hacer Japón, Estados Unidos, China, etc., etc.? ¿No sabe usted que en los Estados Unidos los católicos han pasado de 15.000 á 25 millones en menos de un siglo; que son ya mayorda en los principales centros de población, y que son católicos los alcaldes de Nueva York, Baltimore, Buffalo, Boston, Filadelfia, etc.?

Ese parangón que hace usted de los triunfos del Socialismo y de la decadencia del Catolicismo, me causan la misma risible impresión que esas *gacetillas* que veo de cuando en cuando en *El Socialista* y en *La Aurora* dando cuenta de los «actos civiles» de los socialistas; de las inscripciones en el registro civil de los vástagos socialistas, sin pasar por *el remojón clerical*; de sus uniones matrimoniales ante el juez, y de sus entierros civiles.

Pues, señor, se dicen las gentes: si no nacen en el mundo más socialistillos, ni se casan más compañeros y compañeras que los que aparecen en esas listas, ¡menguado anda el Socialismo de partidarios! Y si tienen más afiliados que esos... ¡poco caso hacen de esas predicaciones laicas y sectarias que ustedes les endilgan!... Se conoce que son *socialistas de labios afuera y cristianos de labios adentro*. Esta antinomia debe desaparecer, y desaparecerá cuando entre ustedes, en sus organizaciones, haya *verdadera democracia*,

es decir, cuando las muchedumbres afiliadas tengan bastante alma, bastante energía para decir á sus jefes y directores que no quieren insultos para sus creencias, sino que lo que quieren únicamente es *la defensa del trabajo*. Esto y sólo esto.

Contestación final al P. Gafo

Por las razones expuestas en la *Explicación preliminar* de este libro, no he dado hasta ahora á mi contrincante la contestación que le ofrecí en *La Aurora Social*. De ello me alegra enormemente, porque en el tiempo transcurrido han pasado muchas cosas que robustecen los puntos de vista mantenidos por mí en esta controversia. Cuando el P. Gafo dijo su última palabra, aún pertenecía yo al Partido Socialista. Hoy pertenezco al Partido Comunista de España, Sección de la Internacional que apoya una Revolución que separó la Iglesia del Estado y que por la educación científica de sus instituciones de enseñanza está preparando las generaciones que han de vivir sin mitos religiosos y en pleno comunismo. Véase, pues, si tengo motivos para alegrarme de que sea ahora, después de un viaje á Rusia y de ponerme en contacto con aquella Revolución, cuando diga yo mi última palabra al P. Gafo.

En *La Aurora Social*—indicado queda ya—empleé una forma impersonal. En esta posterior refutación estoy obligado, naturalmente, á expresarme en forma personal.

Era mi propósito extenderme bastante en esta contestación que cierra definitivamente la polémica Materia hay para ello en los últimos artículos del P. Gafo. Pero al llegar aquí, me encuentro con que el espacio que resta hasta el número de páginas que ha de tener este libro es escaso y en él han de tenerse también otros trabajos. Me veo, por tanto, obligado á sintetizar lo posible y aun á prescindir de algunos de los materiales reunidos para documentar mis razonamientos.

Entremos en materia. La polémica ha girado sobre estos dos temas fundamentales: *La Iglesia y la cuestión social; La Iglesia y la Ciencia*. Todos los puntos tratados los abarca esta clasificación, adoptada por mí cuando señalé la necesidad de ordenar la discusión. Sujetándome á ella, voy á recoger lo que considero más merecedor de contestación.

Tres tipos de organización obrera católica define el P. Gafo: los antiguos *Círculos católicos de obreros*, «organizaciones rudimentarias en las que conviven ó se quiere que convivan patronos y obreros, con el cándido objeto de que unos y otros se entiendan por las buenas»; los *Sindicatos católicos*, «mu-

chos de los cuales tienen más trazas de Círculos disfrazados ó de Sindicatos *amarillos* que de otra cosa, pues la influencia patronal, más ó menos directa, más ó menos disimulada, se trasluce y se palpa en su manera de actuar», y los *Sindicatos libres*, en los que pone todos sus fervores el P. Gafo porque «se proclaman *libres* de las tiranías y de las ingerencias patronales, y *libres* también de las imposiciones *políticas* y *sectarias* que aprisionan á otros sectores obreros». «Prueba general de que los *Sindicatos libres* gozan de esa santa libertad y están en el verdadero plano del obrerismo—agrega el padre Gafo—es que los elementos patronales los miran con aversión y los persiguen cuanto pueden.»

No he tenido la fortuna de que el ejemplo de los ferroviarios *libres* de Madrid convenciese al P. Gafo de que esa *libertad* pregonada no es más que una ficción, un rotulito para justificar la disgregación de esos obreros del bloque sindical que deben formar todos, sin distinción de ideas políticas y religiosas. El fiero regaño de Severino Aznar á aquellos obreros porque tomaron en serio lo de opinar libremente revela, á juicio del padre Gafo, esa libertad de opinión. A juicio mío, lo que revela es que cuando los obreros llamados *libres* se desmandan, no falta en seguida el freno que los detiene y los hace

callar. Y ese freno lo aplican los que crean esas organizaciones para dividir á los trabajadores y apartarlos del campo de la lucha de clases.

Inspirados por la política social de León XIII, política de armonía de clases y por consiguiente del mantenimiento del *statu quo* que tanto agrada, por lo que les conviene, á los patronos, algunos primates del Catolicismo que previeron la catástrofe social señalada por aquél pontífice diéronse prisa á organizar *Círculos católicos de obreros*. Fracasado el propósito perseguido por esos Círculos, se pensó en la formación de *Sindicatos católicos*, que también cayeron en el *amarillismo*, y es á última hora cuando á los señores de la Democracia Cristiana se les ocurre la idea de los *Sindicatos libres*. ¿Y qué hacen estos Sindicatos *libres*? O no hacen nada, ó se mueven en beneficio de los patronos y manejados por las autoridades. Reciente tenemos el caso de Madrid con los empleados de los Bancos, engañados miserablemente por unos líderes del sindicalismo *libre* que estaban en connivencia con los patronos.

A diario sostienen grandes luchas los trabajadores de los Sindicatos de resistencia. ¿Se ve la influencia de los Sindicatos *libres* en esas luchas? No. Algun caso aislado de acercamiento en determinadas huelgas ha

sido una excepción que no probó nada. En cambio tenemos lo de Barcelona, donde los Sindicatos *libres* formados por elementos burgueses y patrocinados por las autoridades no han sido otra cosa que bandas de pistoleros al servicio del capitalismo y para estrangular la organización obrera de clase. Probablemente se me objete que esa organización de *libres* de Barcelona se formó independientemente de la otra. Si la objeción surgiese, á ella opondría que entre ambas organizaciones hay una conexión difícil de disfrazar. No se ha visto á la Democracia Cristiana ni á los Sindicatos que alienta protestar de los asesinatos cometidos por los *libres* de Barcelona. Pero sí se ha visto á todos los órganos más ó menos oficiosos del catolicismo exaltar la represión de Cataluña.

Por tanto, tengo que rechazar la aseveración del P. Gafo de que los Sindicatos *libres* «han elaborado una ideología y una táctica de todo en todo *coincidentes* con la esencia, con la alta idealidad del Socialismo». El hecho mismo de organizarse independientemente de los Sindicatos de franca lucha de clases revela que la coincidencia señalada por el P. Gafo no es más que una superchería.

Ampliando sus conceptos de la huelga—que para mí y para los que como yo piensan no es una obsesión, como cree el P. Gafo,

sino un medio de lucha que se emplea cuando es necesario—dice: «Nada se logra con la violencia. La violencia no mejora las cosas porque no modifica ni mejora las personas; no hace más que cambiar de amos ó de tiranías. *Nunca el ejército proletario podrá competir con el que puede tener siempre preparado la burguesía.*»

En primer lugar he de advertir que la violencia, en el sentido que generalmente se da á esta palabra—atentado personal, etc.—, es una táctica que rechazamos los comunistas. Queremos, sí, la violencia de masas, la violencia organizada colectivamente para movimientos concretos, pero no la violencia personal erigida en sistema. En cuanto á la afirmación del P. Gafo de que el ejército proletario no podrá competir nunca con el preparado por la burguesía, la experiencia rusa demuestra que es errónea. Lloyd George, una de las cabezas más firmes de la burguesía, declara que no hay en el mundo un ejército que pueda compararse con el ejército *proletario* de Rusia. ¡La fe, P. Gafo, es la que crea la fuerza y la superioridad en todas las cosas humanas! Y el ejército *proletario* de Rusia tiene fe en un ideal, que es lo que les falta á los ejércitos que prepara la burguesía. Además, estos últimos ejércitos se pondrán algún día, en todos los países, al lado de los trabajadores, como en Rusia,

atíenque el P. Gafo crea que la conquista del ejército por el pueblo es un *mito*.

Examínese atentamente lo que el P. Gafo dice para desvanecer mi afirmación de que la Iglesia abandonó su comunismo primitivo, aquel comunismo que la dió carácter de cristiana, y se verá que todo ello es falso. «La Iglesia no cierra el paso al supremo ideal de toda organización económica á que aspira el proletariado, que es el Comunismo», asegura. ¿Que no? A excepción de aquella parte del clero ruso que acepta y acata el régimen comunista implantado en aquel país, en el resto del mundo la Iglesia se opone al avance del Comunismo, incluso en Norte América, donde hay obispos que hacen declaraciones radicales, ciertamente, pero no se ponen de hecho enfrente del régimen capitalista. El mismo P. Gafo combate despiadadamente el comunismo ruso. Ya examinaremos sus argumentos cuando lleguemos á esta parte de su trabajo.

«¿Qué es su moral (la de la Iglesia) sino una condenación constante de la *usura* en todas sus formas, de la *avaricia*, del lujo y despilfarro, del sibaritismo y de la ociosidad, de todos esos *vicios* antisociales y *antiguallitarios*, y todo esto en favor de los pobres para que dejen de serlo?» — exclama el ilustre dominico para probar el espíritu *comunista* de la Iglesia.

¡La *usura!*! ¿Ignora el P. Gafo que en los siglos XII y XIII se planteó este problema en el seno de la Iglesia y que por mayoría decidió aceptar el contrato de préstamo con interés? Los católicos que más se golpean el pecho son los usureros. Y hablar de otras virtudes morales de la Iglesia es una falacia. No tiene derecho á atribuirlas la institución que practica los vicios contrarios á esas virtudes.

«Si esto enseña la Iglesia, me dirá usted, ¿por qué no lo *hace*? ¿Por qué ha dejado pasar tantos siglos de miseria y pobreza?» ¡Naturalmente que lo digo! Y con razón.

No se canse el P. Gafo en hacer pasar por verdad lo que notoriamente no lo es. Más respetuoso con ésta el ilustrado canónigo D. Gabriel Mozo, dice en un libro muy interesante: «En el curso de diez y nueve siglos, no obstante haberse realizado cambios tan profundos en la constitución económica como el tránsito del régimen de esclavitud al feudal y de éste á la economía individualista, las cuestiones atañentes á la propiedad nunca revistieron carácter teológico, de manera que se las juzgara íntimamente enlazadas, inmediata ó mediataamente, con la doctrina referente al dogma y á la moral.» Y más adelante agrega, á modo de complemento de lo anterior y en un arranque de sinceridad que le enaltece: «El Socialismo, al formular

y organizar la protesta del proletariado contra las injusticias sociales, al despertar y activar la conciencia de sus derechos, ha hecho bien, un grande bien, mereciendo la aprobación y reconocimiento de todos los hombres honrados.»

Pretendiendo disculpar á la Iglesia porque *no hizo* lo que hará—sin su concurso—el Socialismo, dice el P. Gafo: «La Iglesia no tiene el Poder político y social. No estableció la propiedad privada. No es autora de los Códigos civiles y penales que rigieron las sociedades políticas.»

La Iglesia ha tenido el Poder político y social en sus manos. Ejemplo: los Estados pontificios, en los cuales dominó el Papa como único soberano. Y donde no tuvo ese Poder lo compartió, unida íntimamente al Estado. Los Códigos de éste, elaborados fueron con su consentimiento e influencia, del mismo modo que los privilegios de la propiedad privada sancionados en esos Códigos defendidos y disfrutados fueron por la Iglesia. A su amparo acumuló cuantiosos bienes, que en España y en tiempos de Mendizábal la burguesía liceral le desamortizó, celosa de su excesiva preponderancia en la sociedad civil.

Se equivoca el P. Gafo al creer que los socialistas (1) tenemos en el mismo concepto

(1) Por si la palabra *socialista* originase confusión, por

á los católicos de la cepa reaccionaria que á los que quieren democratizar á la Iglesia. Aunque con éstos tampoco hemos de colaborar, por las razones que expondré más adelante, es natural que miremos con más simpatía á los católicos titulados demócratas que á los bárbaros que por cerrazón mental ó por sentimientos ancestrales siguen á los jesuítas—directores efectivos de la Iglesia desde el Concilio de Trento—y combaten ciegamente, no ya el Socialismo, sino hasta el liberalismo burgués. Digo esto en contestación á esta infundada lamentación del padre Gafo: «Dado, no concedido, que la Iglesia, en su desarrollo y por diversas circunstancias históricas, se haya equivocado ó haya abandonado la causa de los pobres; dado que ahora cambie y evolucione en sentido democrático, según dicen ustedes, ¿por qué no alegrarse, por qué no recibir bien ese cambio?»

creer alguien que sólo los que pertenecen al partido así denominado puebla llamárselo, conviene hacer constar que los comunistas nos llamamos también socialistas y colectivistas porque lo somos. «Socialismo, comunismo y colectivismo son una misma cosa», dijo el socialista más científico que hemos tenido en España. La definición de Jaime Vera no hay por qué modificarla. Y si hubiera necesidad de hacer aquí algún esclarecimiento, diría que los que en puridad podemos llamarlos verdaderos socialistas somos los comunistas, los que por pertenecer á la Tercera Internacional hemos recogido las ideas pures del Socialismo y las defendemos en la forma preconizada por la Primera, y aun por la Segunda cuando se mantenía fiel al espíritu de aquélla.

Insiste el P. Gafo en que la Iglesia no abandonó el comunismo practicado por los primeros cristianos, sino que fueron los fieles los que le abandonaron. «La Iglesia—dice—es la doctrina, la institución, la autoridad que enseña la doctrina y procura actuarla.» Y me pregunta: «¿El Socialismo lo constituyen los afiliados ó la doctrina en sí?»

Muy cómodo el desdoblamiento, pero la habilidad se quiebra por su excesiva sutileza. Yo creo que la Iglesia es la doctrina y la congregación de fieles creada para practicarla, del mismo modo que el Socialismo es la doctrina y las colectividades de afiliados que la profesan y difunden.

«Quieren ustedes que la Iglesia se ponga como tal Iglesia al lado del proletariado, sea socialista ó no lo sea. Eso no puede ser.» Al lado del proletariado, de los pobres, se puso Cristo, sin hacer distinción de ningún género. Por esto, y por sus anatemas contra los ricos, le llamaron «el primer socialista». La declaración del P. Gafo corrobora, no solamente el abandono del comunismo primitivo, sino también de toda la doctrina del crucificado (por los ricos) en el Gólgota. La gran desviación que corrompió á la Iglesia en eso ha consistido: en apartarse de los pobres, en predicarles resignación en vez de enfrentarlos—como se enfrentó Cristo—contra los ricos para implantar la igualdad social.

«No hay derecho á cargar á la Iglesia todos los baldones de la Historia», me dice el P. Gafo. ¡Naturalmente! Nada de mi pluma salió que envuelva esa imputación. Pero á lo que no tiene derecho el P. Gafo es á descartarla del baldón ignominioso de la Inquisición. ¿Quién fundó aquel *santo* Tribunal en España? ¿No fueron los Reyes llamados por antonomasia *católicos*? ¿No fueron eclesiásticos como Torquemada—de la Orden de Santo Domingo precisamente, como el padre Gafo, y no tome éste á mala parte el recuerdo—los que dictaron y sancionaron los fallos, terriblemente crueles, de aquel sanguinario Tribunal? ¿Y para qué fué fundado sino para perseguir y atormentar infieles y herejes?

Y vamos á la política social de León XIII.

A mi advertencia de que tuviese cuidado de no meterse en «terrenos escabrosillos» si no quería ponerse en contradicción—cosa que yo hubiera visto gustoso, por el avance que ello hubiera significado en su ideología—el Papa que había definido la política social de la Iglesia al P. Gafo me contestó que León XIII no se oponía á la *esencia económica* del Socialismo, que él presentó como ejemplo de bien social en la rotunda desautorización de la doctrina neorteamericano del «capitalismo social» de Henri George, de obviar todo en el socialismo de este

economista á la propiedad de la tierra. El P. Gafo tuvo á bien guardar respecto á este caso, como al del protestante Bismarck contra los socialistas alemanes, un silencio hasta elocuente. Le cité después varios pasajes de la encíclica *Rerum novarum*, en que «el Papa de los obreros» condena abiertamente la doctrina económica del Socialismo, y el P. Gafo se sale por el registro de que el Socialismo que condenó León XIII fué *el de su época, el que se presentó á su mente santa y venerable, el que él mismo describe y no otro.*

Reverendo padre: esos subterfugios son inadmisibles. No discurramos á base de fantasmas, sino de realidades. Pródiga es la Iglesia, cuando le conviene, en distinciones sutiles; pero el sistema falla en las discusiones serias y hondas. El Socialismo que vió y condenó León XIII no fué otro, no podía ser otro que el verdadero Socialismo, el que suscitó la famosa encíclica, nacida para condenarle y para encauzar el movimiento social católico. Ese Socialismo es el que define el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels, aparecido en 1848, y que cristaliza en la Primera Internacional, creada en Londres en 1864. La encíclica *Rerum novarum* aparece en 1891. Dos años antes se fundaba en París la Segunda Internacional, que recogía las esencias doctrinales de la Primera, y aquella

Internacional decretaba la Demostración anual del proletariado que tanto alarmó á la Iglesia y á su jefe. ¿Y qué otro Socialismo existe hoy diferente, *en su esencia económica*, del de 1848, del de 1864 y del de 1889? Ninguno, absolutamente ninguno. Socialismo, verdadero Socialismo, no hay más que uno: el que condenó León XIII y el que condena el P. Gafo al hacer suyas las condenaciones de aquél, «todas ellas oportunísimas y acertadas», según mi contrincante.

Del primer párrafo de la encíclica por mí copiado para demostrar la condenación de León XIII de la *esencia económica* del Socialismo, deduce el P. Gafo que en él se condena aquel Socialismo y aquellos socialistas que predicen el odio y la destrucción de los ricos por ser ricos, aquel Socialismo y aquellos socialistas que son *estatistas*, á todos los que hacen al Estado omnipotente y despótico. ¿Y qué Socialismo es ese, querido padre? Porque el Socialismo propiamente dicho, el que se conoce, no predica el odio á los ricos, á las personas de los ricos, sino al *régimen económico* creado por los ricos. Como tampoco exalta al Estado omnipotente y despótico. Al contrario, lo que declara es que el Estado no tendrá razón de ser una vez se haya socializado completamente la propiedad, que es la finalidad del Socialismo. Lo que hay es que León XIII involucra y con-

funde las cosas del Socialismo, incurriendo en los errores que el P. Gafo acoge como verdades inconcunas.

No es por odios sectarios, antirreligiosos, como dice el P. Gafo, por lo que los socialistas señalamos nuestra posición enfrente de la política social de León XIII y de la Iglesia, sino por defender *la esencia económica* y todas las esencias de nuestra doctrina, combatidas con argucias y sofismas por el citado Pontífice. Y para probarlo voy á aportar el testimonio de un escritor que no militó en las filas socialistas, que fué siempre nada más que republicano. Decía Alfredo Calderón comentando la encíclica *Rerum novarum*:

«¿Qué es, en suma, la tan cacareada encíclica? No más que una sutilísima compendio. El discípulo del predicador de la Montaña preconiza, como cualquier economista ortodoxo, el móvil del interés individual. El sucesor de los Apóstoles defiende la propiedad privada contra lo que él llama delirio comunista. El supremo órgano del misticismo cristiano dícenos que la vida presente es cosa buena en sí y apetecible. A vueltas de esto, exhorta á los patronos á que no extremen su tiranía; recomienda la equidad en el salario, la medida en las horas de trabajo, el respeto al descanso dominical. Y esto es todo. Ni vislumbre de un nuevo orden de derecho,

ni una organización más perfecta de la propiedad. El Padre Santo se queda satisfecho cuando ha enunciado esta verdad profunda: que las luchas sociales no serían tan encarnadas si patronos y obreros fuesen perfectos como nuestro Padre celeste.

»Había que hacer mucho más, ó no hacer nada. No basta recordar, como hace la encíclica, muchos de los pasajes en que Jesucristo conmina á los ricos con terribles amenazas y ensalza la pobreza como una condición de la eterna bienaventuranza, para concluir luego, con inconcebible ilogismo, con la legitimidad moral de la opulencia. De romper el silencio, fuerza era rememorar la doctrina de las grandes figuras de la Iglesia. Había que recordar cómo San Basilio dijo que el rico es un ladrón; cómo San Juan Crisóstomo predicó las excelencias de la propiedad común, que León XIII rechaza; cómo, en sentir de San Jerónimo, es siempre la riqueza efecto del despojo; cómo, al decir de San Ambrosio, la propiedad privada procede de la usurpación; cómo, en opinión de San Clemente, ordena la justicia que todo sea de todos.

»De no decir todo eso, valiera más haber callado. El tibio y lírico socialismo papal hallábase condenado á irremisible fracaso. Predicar á los pobres la paciencia y á los ricos la caridad, no es resolver el problema social. Los unos se han cansado de ser pacientes,

antes de que los otros se hayan decidido á ser caritativos. No se trata de un problema de moral, sino de derecho. Aunque la predicación pontificia lograse enternecer el corazón de los opulentos, nunca ya se resignarán los pobres á recibir como una limosna lo que reclaman como justicia. Desde el momento en que el Papa sanciona como inmutable la actual propiedad quiritaria, es un hecho la impotencia del Socialismo católico. Por eso todo el Socialismo auténtico, el Socialismo democrático, ha acogido con tan sardónica indiferencia la inusitada intervención en la social contienda de un poder que, perdido el imperio espiritual sobre las almas, se esfuerza en vano por influir en los destinos de los pueblos.»

Después de esta admirable refutación, nada tengo ya que añadir por mi parte. La famosa encíclica no es, en efecto, otra cosa, como muy bien dice el ilustre Alfredo Calderón, que una *componenda*, una componenda para condenar *todas las esencias* del Socialismo.

Vamos ahora á lo de Rusia.

En este magno problema, eje de toda la vida política y social de nuestros días, está el P. Gafo lamentablemente desorientado. Comienza por decir que el entusiasmo por la Revolución Rusa prendió principalmente en las dos penínsulas meridionales, Italia y España. Por lo que á esta última se refiere, des-

graciadamente no es cierto. Retardaría en todo, también en lo de Rusia va muy rezagada. Si en esto se equivoca, no se equivoca menos al decir que los alemanes y los franceses se muestran poco entusiasmados con el bolchevismo y la Tercera Internacional. Si el P. Gafo hubiese observado mejor el movimiento de dichos países, se hubiera dado cuenta de que caminaban briosamente hacia Rusia y la Tercera Internacional. En efecto, en Alemania el antiguo grupo Espartaco es hoy un Partido Comunista que cuenta más de 300.000 afiliados, y alrededor de él se agrupan otras fuerzas comunistas muy importantes, y en Francia el antiguo Partido Socialista acordó por gran mayoría adherirse á la Tercera Internacional, quedando fuera la minoría dirigida por Thomas, Longuet y otros jefes colaboracionistas.

El caso de Kautsky, que tan jubilosamente comenta el P. Gafo, no prueba otra cosa que la falta de temple de ese hombre. Ha sido, efectivamente, el que mejor interpretó teóricamente la doctrina marxista, pero no conoció el otro aspecto del creador de esa doctrina: el aspecto del luchador, del hombre de acción. El mérito de los revolucionarios rusos consiste en eso precisamente: en haberse asimilado profundamente la doctrina y saber convertirla en acción en momento oportuno.

Por eso resulta un tremendo disparate la

afirmación del P. Gafo de que el triunfo del Socialismo en Rusia no ha sido más que una *militarizada*. Las *militarizadas*, reverente padre, no son revolucionarias, en el sentido que aquí tenemos que darle la palabra. Lo de Rusia fué una conjunción espiritual del ejército y el pueblo para fundar el nuevo régimen que está gestándose en el diente comunista.

Esta errónea percepción del socialismo ruso más trascendental que la anterior, le induce á otros errores, que lo es de creer la dictadura del proletariado, tal como concebida por Marx después de la experiencia de la *Commune*. Toda clase social triunfante tiene que ejercer su dictadura si ha de afirmar el régimen que crea. De no haberla aplicado el proletariado ruso con el rigor que las circunstancias demandaron, su Revolución hubiera sido derribada por los enemigos del interior y del exterior combinados. Pero la dictadura es, como el Estado, una cosa transitoria, que desaparecerá—y va desapareciendo—cuando el régimen comunista haya ahuyentado todo peligro.

No le cabe en la cabeza al P. Gafo que los proletarios puedan mandar. «Esto—dice—equivalearía á sobreponer el callo al intelecto y poner los pies donde está la cabeza.» ¿Y con estas *teorías* pretende el P. Gafo pasar por socialista? Si se diese una vueltecita por

Rusia y visitara los Comisariados, los Soviets, las Universidades, las oficinas del Comintern y del Profintern, las Cooperativas, las fábricas, etc., etc., vería cómo el proletariado va creando la nueva vida sin necesidad de tutores. Porque en la gobernación del Estado obrero y campesino que sirve de tránsito al comunismo integral no están sólo los *callos*, P. Gafo, sino también los *intelectos*, puestos, como aquéllos, al servicio de la comunidad como elementos integrantes de la misma y formando unos y otros una sola clase social. El P. Gafo ve, desde aquí, á Rusia á través de los prejuicios de la sociedad burguesa, y de ahí su incomprensión del problema ruso, de la acción del proletariado en el Poder y de la dictadura.

¡El problema de la *cultura* y el problema de la *moralidad*! El P. Gafo entiende que hay que resolverlos antes de que el proletariado se apodere de los instrumentos de producción. Otro error, como los anteriores. Creer que la transformación social no puede hacerse sin solucionar previamente esos dos problemas, que «siempre habrá dos clases sociales mientras todos los hombres no sean unos sabios y unos santos», es estar fuera de toda visión real del Socialismo. No habrá cultura y moralidad, sino ignorancia y perversión, mientras existan clases distintas. «Esta sociedad es injusta porque divide á sus

miembros en dos clases desiguales y antagónicas», dice el programa de todos los partidos socialistas. Y dice también: «La sujeción económica del proletariado es la causa primera de la esclavitud en todas sus formas: la miseria social, el envilecimiento intelectual y la dependencia política.» Y termina afirmando que todos estos males solamente se curarán transformando la propiedad individual ó corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad común de la sociedad entera. Es decir, que el problema social ha de resolverse—se está resolviendo ya en un país donde triunfó el proletariado—á la inversa de como opina el P. Gafo: primero, la transformación; después, todo lo demás, que culminará en una vida superior del espíritu, en una *supercultura* para todos.

Claro está que esto no puede interpretarse como un cruzamiento de brazos y una suspensión de toda actividad intelectual y educadora mientras el *maná* llega. No; eso no lo hace ningún partido socialista. Al contrario, las actividades en ese sentido se desarrollan hasta donde se puede, que no es mucho por las causas apuntadas y además porque la clase dominante tiene múltiples medios para poner cortapisas á la extensión de la cultura y para mixtificarla á su conveniencia.

¿Comprende usted ahora, P. Gafo, el *materialismo* socialista? Fíjese usted bien: cuan-

do desaparezcan las condiciones *materiales* que rigen la sociedad actual y forman su base, y esas condiciones sean sustituidas por otras que permitan satisfacer sus necesidades *materiales* á todos los hombres, surgirá una nueva vida moral é intelectual mucho más elevada que la de ahora, alcanzando los beneficios de la transformación á *todos* los miembros de la sociedad, convertidos en una comunidad de productores. De aquí se sigue que esa idea que usted se ha forjado del socialista «cometiendo los delitos más horribles y las inmoralidades más puercas» por su concepción *materialista* de la Historia—la teoría más genial de Marx, denominada también *determinismo económico*—es completamente absurda y descabellada, é igualmente ilógica y anticientífica la conclusión de que el Socialismo sólo triunfará «por la evolución general del pensamiento y, sobre todo, por la conciencia cristiana.» No, no; el Socialismo triunfará por la evolución de las formas económicas, que conduce fatalmente á la transformación social indicada, siendo la fuerza—según la expresión de Marx—*la partera que facilitará el nacimiento de la nueva sociedad*.

Hablé yo, en uno de mis artículos anteriores, de la decadencia del Catolicismo, y el P. Gafo me opone, en demostración de lo contrario, unas estadísticas de los Estados Uni-

dos, la declaración de unos jefes políticos ingleses de que hay que volver al Cristianismo y el restablecimiento de la Embajada francesa en el Vaticano.

Vamos por partes. Para dilucidar esta cuestión no es la mejor fuente de comprobación las estadísticas. A la vista tengo una de la que no sale muy bien parado el Catolicismo. La mejor fuente de comprobación es la realidad, lo que vemos, lo que palpamos. Y la realidad nos dice que la fe católica se extingue, que la inmensa mayoría de los que figuran como católicos en los registros de la Iglesia no acuden á los templos más que cuando, siguiendo la rutina y temerosos del «qué dirán», se casan ó bautizan á sus hijos. Un ilustrado eclesiástico me señalaba hace poco tiempo el hecho de que para fomentar la vocación sacerdotal había necesidad de crear Juntas especiales en toda España, y ni aun así acuden estudiantes en número suficiente á los Seminarios.

Lo de Francia, la *volteriana* Francia de «mis antiguos amores» (?). Si el P. Gafo examinara atentamente el *fenómeno*, descubriría que la aproximación al Vaticano es una maniobra burguesa, no una resurrección del Catolicismo. ¿Y con qué fin? Con el de acumular fuerzas y aprovechar toda clase de auxilios para combatir al Comunismo, que en Francia, como en todos los países de ré-

gimen capitalista, es el *coco* de la clase dominante.

Más típico es el caso de Italia, de la *liberal* Italia que dió la batalla al Papado cuando el Socialismo era todavía un enemigo débil y lejano. En Italia hay concomitancias entre el Vaticano y el fascismo. ¿A qué obedecen? A que el fascismo persigue á sangre y fuego á los comunistas. He aquí un hecho que descubre esas concomitancias. En febrero último se celebró con inusitada pompa la boda de Finzi, subsecretario de Gobernación en el Gabinete que preside Mussolini y uno de los más prestigiosos *camisas negras* del flamante partido anticomunista. La ceremonia tuvo lugar—por excepción—en la capilla de un palacio propiedad del Vaticano, precisamente el habitado por el cardenal Vanutelli, dignidad eclesiástica la más alta después del Papa, y á ella acudió Mussolini con todos sus ministros y buen número de caracterizados correligionarios, ostentando todos ellos el vistoso uniforme de la milicia fascista. El cardenal Vanutelli pronunció una alocución, y en ella subrayó el elogio al fascismo y á su jefe, al que juzgó «digno de la fe del país y de la de sus colaboradores, por su cualidad eminente de hombre de gobierno, por su claro intelecto, por su férrea energía, designado á ser el *principal factor* de la obra de reconstrucción del país y aclamado en toda Italia

como restaurador de los destinos de la patria según las gloriosas tradiciones *religiosas* y civiles de la nación.» El cardenal Gasparri, secretario de Estado de la Santa Sede, puso desde fuera y en lugar recatado el siguiente colofón: «Las palabras del cardenal Vanutelli han causado buena impresión en el Vaticano, porque *reflejan fielmente el pensamiento de la Santa Sede.*»

El anticlericalismo del «Resurgimiento» italiano cesa. Los descreídos burgueses de Francia ya no ríen—públicamente—las sátiras de Voltaire, ni toman como artículo de fe la famosa frase de Gambetta. ¿A qué es debido todo esto? ¿A una «renovación religiosa y cristiana» después de la guerra? No, padre Gafo, no. Todo ello es debido á la necesidad que siente la clase capitalista de todos los países de agrupar fuerzas para lanzarlas contra el Comunismo. ¡Ah, Rusia, Rusia! El pavor que infundes á la burguesía internacional está originando cosas muy extraordinarias.

Al artículo en que yo abordé de lleno el tema *La Iglesia y la Ciencia*, me contesta el P. Gafo con una chirigota y una evasiva. El lector se habrá percatado de que esto significa una huída. El P. Gafo no se atrevió á refutar mis argumentos. No otra cosa se desprende de su parquedad y de la forma y el tono empleados. Preferible es que lo haya

hecho así á que hubiese urdido habilidosa-
mente unos cuantos sofismas.

Mi frase «la religión es una cosa que se va del mundo por selección científica» inició y suscitó este aspecto de la polémica. A ella opuso mi contrincante, en su segunda carta, estas dos afirmaciones: «la religión es un germen humano-divino que, contra todo esfuerzo, retóña en las almas»; «la religión es una *supercultura* del espíritu». Es lo único de aquella carta que á este respecto merece recordarse. En todo lo demás, ni una sola idea de crítica científica para desvirtuar mi afirmación. Le mostré, en la contestación inmediata, mi extrañeza por su silencio á mi ofrecimiento de citarle absurdos y disparates del Código fundamental del Catolicismo, y me arguyó que por piedad no había acogido mi ofrecimiento, pero que esperaba con impaciencia mis disertaciones bíblicas. Tiré de *Biblia*, esto es, examiné la propia fuente de la *verdad católica*—y protestante, pues en esto de la Biblia protestantes y católicos coinciden, sin más discrepancia que el estimar los primeros una profanación de los segundos el comentar el sagrado libro—, y el P. Gafo me contestó en unas cuantas líneas del modo indicado.

Quedan, pues, en pie y sin rebatir el análisis que hice del Código inmutable de los católicos y los razonamientos que alrededor

de ese análisis brotaron de mi pluma. Según todo ello, creo que demostré la falta de base científica de la religión católica, y lo que carece de esa base está condenado irremisiblemente á morir. Una estructura económica más científica de la sociedad eliminará, *selecciónará* definitivamente de la vida ese elemento que no puede satisfacer ya las ansias de justicia de las víctimas que no redimió.

Y esto me lleva como de la mano á responder á una de las preguntas que me hace el P. Gafo en su penúltima carta: «¿Cree usted que hay oposición irreductible entre el Socialismo y el Catolicismo, cree usted que es esencial al Socialismo la exclusión del Catolicismo y de toda religión positiva? Rotundamente afirmo que sí, no sólo por disciplina de afiliado en la Tercera Internacional, sino por honrada convicción de mi conciencia y de mi inteligencia. En su última reunión, celebrada en Moscú recientemente con asistencia de delegados de casi todos los países, el Comité Ejecutivo de dicha Internacional fijó la actitud de los comunistas ante la religión. Ello era necesario porque en la Prensa comunista sueca habían aparecido apreciaciones erróneas. Del acuerdo recaído es lo siguiente: «El comunista pide que la religión sea asunto privado para el Estado burgués, pero de ninguna manera para el Partido Co-

munista. Quiere que el Estado burgués, como tal, no tenga ninguna relación con la religión; que el ciudadano sea libre de profesar la religión que le plazca ó de no reconocer ninguna, es decir, ser ateo, *como lo es generalmente todo comunista consciente*. El Partido Comunista no puede ni debe ser indiferente á la inconsciencia y al obscurantismo religioso. Tiene el deber, no sólo de enseñar á sus miembros la fidelidad á un programa político, á reivindicaciones económicas determinadas y á los Estatutos, sino también de inculcarles la filosofía integral del marxismo, *de la cual es parte integrante el ateísmo.*»

Como ve el P. Gafo, entre esta posición y la fórmula de Erfurt hay alguna diferencia. Marca un paso de avance, consecuencia del progreso de las ideas, que obliga á modificaciones tácticas y aleja á la Iglesia del Socialismo. No se crea, sin embargo, que los comunistas hemos de encender luchas religiosas como las que ensangrentaron muchas páginas de la Historia. Persiguiendo el objetivo principal—destrucción del régimen capitalista y transformación económica de la sociedad—, la propaganda antirreligiosa la realizaremos con una «particular circunspección». Desde luego, el acuerdo de nuestra Internacional con respecto á la Iglesia no reza con los Sindicatos. En éstos deben estar

todos los obreros, *independientemente de sus creencias religiosas.*

«¿El Socialismo es simplemente una teoría económica ó es una teoría general de la vida?», me pregunta también el P. Gafo. Contestación: una teoría general de la vida, una nueva civilización. La filosofía marxista —que es todo el Socialismo, el verdadero Socialismo—eso significa. La concepción de Schafle, que invoca y acepta el P. Gafo, es incompleta. Y es natural: Schafle no debe figurar entre «los grandes doctores» del Socialismo. Le clasifica mal el P. Gafo.

De todo lo expuesto se deduce que entre las ideas del P. Gafo y las mías hay un abismo. Señaladas quedan las diferencias al contrastar unas y otras en el transcurso de la discusión. No es necesario, por tanto, que yo incurra en repeticiones ni aun sintetizándolas. El lector lo habrá percibido todo con perfecta claridad.

Para mí el P. Gafo no es más que un hombre animado de buen deseo. Quiere armonizar la Iglesia con el Socialismo. Eso es imposible. Sin embargo, con relación á los elementos retrógrados de esa institución representa un avance plausible. En Rusia es posible que llegara á situarse, cuando comprendiese aquella Revolución, en el campo de los que, á excepción de la parte religiosa, la aceptan íntegramente. Es decir, que sería

comunista cristiano. Aunque se lo llame, no lo es por vivir en España, que en esto, como en todo, va muy rezagada. Bien es verdad que aun los Ketteler, los Gibbons, los Manning, etc., resultan unos reaccionarios al lado de los comunistas cristianos rusos, que no sólo aceptan y acatan la República Socialista de los Soviets, sino que hasta están reformando el rito, el Catecismo y la enseñanza de su Iglesia, no obstante lo cual Lunatcharsky ha dicho: «Nosotros no sostendremos á los comunistas cristianos.»

En conclusión: creo que las religiones positivas están llamadas á desaparecer. En una escuela comunista de Moscú se lee esta inscripción: «La fuerza de la Ciencia lo transformará todo.» Y la escuela comunista es el troquel de la nueva Humanidad. Es esta una de las convicciones que obtuve en mi viaje á Rusia, y que registré cuidadosamente entre las impresiones que he traído del país de los Soviets. Por eso dije antes que me alegro enormemente de que sea ahora, después de ese viaje inolvidable, cuando haya tenido que decir yo mi última palabra al ilustre dominico con quien sostuve este largo diálogo.

JUAN JAURÉS

El 31 de julio es una fecha que registra en la historia de la Humanidad un hecho de imborrable recuerdo, uno de esos hechos que al transcurrir el tiempo atraen con más fuerza la atención de las gentes. Fué en ese día del año 1914 cuando un fanático de un nacionalismo idiota destruyó á tiros de revólver la vida más preciosa de Francia, el cerebro más luminoso de la Internacional, el corazón que latía con más hondo dolor ante los estragos del egoísmo humano. Absuelto de su crimen Vilain—vil, miserable, significa en español este apellido francés—por una justicia reaccionaria, esta circunstancia explica simbólicamente todo lo que Jaurés representaba y lo que representan los amparadores del asesino libertado.

La muerte de Jaurés produjo en todo el mundo una emoción inmensa. Fué un momento de hondísima vibración de las almas que buscaban caminos de luz. Apagada aquella antorcha, ¿quién alumbraría las extensas

zonas de sombra donde se estaba fraguando la guerra más monstruosa de los siglos?

Porque Jaurés era, en aquellos instantes precursores de la espantosa tragedia, el hombre que con más ahínco laboraba por impedirla. Recordad aquellas cominaciones angustiosas al Gabinete de París para que frenara las béticas impaciencias del de San Petersburgo. Recordad aquel prudente repliegue al interior, alejándose de las líneas fronterizas, para no dar ningún pretexto al avance alemán. Obra era todo ello de Jaurés, de la influencia de su autoridad, legítimamente conquistada por su sabiduría, por su talento, por la grandeza de su alma, siempre al bien predisposta.

Nadie como Jaurés supo verter en la conciencia de las masas raudales de luz y formar el popular sentimiento. Su elocuencia incomparable y su bondad infinita eran el vehículo prodigioso de estos resultados colectivos. Ante todo, eso fué Jaurés: un sembrador de ideas luminosas y un inspirador de sentimientos purísimos. Escudriñando en los grandes hombres, difícil es hallar quien le supere en la hermandad íntima del corazón y el cerebro, del sentimiento y la idealidad. Espíritu verdaderamente superior, jamás se dejó arrastrar por violencias de pasión ni sugerir por halagos de engrandecimiento. Siempre se mantuvo ecuánime, ponderado,

fuerte de alma é indomable de voluntad, sujetando su maravilloso verbo á los imperativos mandatos de su preclara inteligencia, robustecida por una cultura extensa, varia y profunda. Al revés de esos hombres públicos de espantosa oquedad mental, sin visiones interiores de nada, sin transformadoras inquietudes, que levantan montañas de espuma con su sonoro verbalismo y aturden con el ruido de sus hojarascas, Jaurés hablaba ó escribía después de honrado meditar, rápido en la concepción de las ideas, rápido también en las realizaciones, fácil y brillante, con brillo de arte exquisito, en la expresión. Cuando su palabra alcanzaba el máximo de exaltación, produciendo efectos de asombrosa belleza, era porque el pensamiento, motor de ella, estaba igualmente en las más firmes posiciones de la verdad. Por eso en Jaurés se completaban tan armoniosamente el fondo y la forma, la idea y su externa envoltura.

Toda su vida fué una línea recta de nobleza y sinceridad. Nunca su pensamiento evolucionó hacia atrás, y en las rectificaciones naturales que imponen los acontecimientos humanos jamás miró á su conveniencia personal; siempre se dejó guiar de su limpia conciencia. Pudiendo llegar á las más altas magistraturas, optó por recatarse en la modestia de sus preferidas actividades. Su úni-

co patrimonio eran las ideas, y de él cuidaba con abnegación de apóstol y unción de santo.

Republicana su filiación primera, cuando abrazó el Socialismo guardó á la Internacional fidelidad completa. ¿Habrá sido esta fidelidad su sentencia de muerte? Creyó un momento, con la honrada sinceridad del convencido, que en ciertos casos podían los socialistas compartir las responsabilidades del Gobierno con la burguesía radical, y por creerlo así apoyó la entrada de Millerand en un Gabinete Waldeck-Rousseau. Graves diferencias suscitó esta tesis en el seno del Partido Socialista francés; pero al ser rechazada en el Congreso de Amsterdam, Jaurés acató el acuerdo y á él ajustó lealmente su conducta, que eran para él mandatos inexcusables las resoluciones de la Internacional.

De vivir Jaurés, ¿pertenecería á la Tercera Internacional ó formaría al lado de los que le reprocharon su oportunismo y hoy colaboran descaradamente con la burguesía? En Francia sigue preocupando esta interrogación. Un jurisconsulto—Maurice Boitel—la llevó á la Facultad de Derecho de París. Boitel ha recordado que antes que Lenin reconoció Jaurés la necesidad de aplicar la dictadura del proletariado como medio rápido de transición al orden socialista. En 1905 afirmaba que «la guerra sería el más

grave de los crímenes cometidos contra la clase obrera, la cual tendría el derecho y el deber de arrancar á las fuerzas opresoras la dirección de las cosas humanas, haciendo surgir de la conmoción la revolución social».

Dos días antes de ser asesinado, vaticinaba en Ginebra que si la guerra estallaba desencadenaría la revolución, palabras que revelan que Jaurés, como Marx, como Engels, consideraba la revolución como una consecuencia lógica de una conmoción capitalista. Entendiéndolo así también los bolcheviques rusos, hicieron la revolución que dió nacimiento á la Tercera Internacional. De ahí que la creencia de que Jaurés militaría en ésta, si viviese, esté muy extendida en Francia.

«Jaurés no pondría su genio al servicio del capitalismo», ha dicho un escritor comunista. Así lo creo yo también. Jaurés no era de la madera de los Noske y Vandervelde, de los Thomas y Turati. En estos días de liquidación del régimen que ha provocado la espantosa guerra que trastornó el mundo, el ingente pensador, el escritor profundo, el mágico tribuno... «no pondría su genio al servicio del capitalismo».

Cuando yo iba camino de Rusia, me paré una vez, al pasar por París, ante el humilde café, de aspecto provinciano, donde fué asesinado Jaurés. Está situado en la rue Croi-

ssant, cerca de *L'Humanité*. Me acompañaban el administrador de este gran diario comunista, mi buen amigo Ernest Després, y un camarada español. «¿No fué aquí donde le mataron?», interrogué. «Sí, y estaba sentado en ese diván», me contestaron señalando al que estaba más cerca de nuestra vista. En mi imaginación apareció la noble figura del maestro, retorciéndose, ensangrentado, en los estertores de la agonía. Y sentí en lo más hondo del alma lo que no podría expresar con palabras.

EL FRENTE ÚNICO

Uno de los problemas más importantes planteados en la actualidad á la organización obrera mundial es el frente único. ¿Y qué es el frente único, en qué consiste esta táctica de las Internacionales de Moscú y cómo, con quiénes, por qué y para qué quieren desenvolverla?

El Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional definió así el frente único en un documento dirigido á los trabajadores de todo el mundo en la primavera del año anterior: «El frente único no quiere ni debe ser una simple unión de los jefes. El frente único no se creará en conferencias con socialistas que hace poco tiempo aún eran ministros burgueses. El frente único significa la unidad de todos los trabajadores comunistas, anarquistas, socialistas, socialistas independientes ó sin partido, ó aun cristianos, contra la burguesfa. Con los jefes, si éstos consienten en ello; sin los jefes, si éstos permanecen indiferentes; *a pesar* de los jefes y *contra* los

jefes, si éstos sabotean el frente único de los trabajadores.»

Lenin, el hombre más representativo de la Tercera Internacional y de la Revolución Rusa, sintetizó en estas pocas palabras la finalidad táctica del frente único: «Para ayudar á las masas proletarias á combatir al capital, para ayudarlas á comprender el mecanismo complicado de los dos frentes en la política y en la economía internacionales, hemos adoptado la táctica del frente único y la aplicaremos hasta el final.»

Zinovief, sugeridor de esta cuestión y ponente de ella en las sesiones plenarias del Ejecutivo de la Tercera Internacional que precedieron al último Congreso de ésta, definió así el frente único: «No es el medio de reconciliarse con los jefes socialistas de Londres ó de Viena. No conduce á la atenuación de las divergencias y de los antagonismos. La táctica del frente único moviliza á los obreros contra los capitalistas, y, por lo mismo, también contra los jefes del socialismo colaboracionista. Los que se dan cuenta de esto son hoy una pequeña minoría; mañana será toda la clase trabajadora. La unidad obrera contra el capital y contra los jefes traidores del Socialismo: esta es la perspectiva del frente único. Apenas se desenvuelva prácticamente ante nosotros, podremos decir que la victoria definitiva está próxima.»

En el último Congreso mundial de la Internacional Comunista, abierto en Petrogrado el 5 de noviembre del año anterior y clausurado en Moscú el mismo día del mes siguiente, se sancionó por unanimidad la táctica del frente único, é igualmente en el que á continuación de aquél celebró la Sindical Roja. En ambos Congresos aporté yo, en nombre de la delegación española, las experiencias de nuestro país, que fueron escuchadas con profunda atención y subrayados con enérgico asentimiento los ataques, nada suaves, que dirigí á los italianos y especialmente á los franceses por no haber guardado fidelidad á la resolución que en orden al frente único había recaído en la reunión del Comité Ejecutivo á que antes me refiero. Desde la celebración de dichos Congresos, la táctica del frente único va abriéndose camino en todo el mundo.

Dos antecedentes fundamentales tiene esta táctica: un libro de Lenin, en el que el cerebro más luminoso del Socialismo fustiga severamente á los extremistas y diagnostica admirablemente la *enfermedad infantil del Comunismo*, y el grito «¡á las masas!», lanzado por el penúltimo Congreso de la Tercera Internacional, grito que encierra y sintetiza todo un programa de acción.

No se forma el frente único para reconciliarse con los que traicionaron la revolución y continúan colaborando con los patronos y

con los Gobiernos burgueses. Antes al contrario, se forma para desenmascarar á esos jefes y atraer al buen camino á las masas que tienen sugestionadas. Claramente se consigna esto en las palabras de Zinovief que quedan copiadas. Tampoco se forma para objetivos finales de común idealidad, sino para cuestiones concretas é inmediatas, entre las que destaca, constituyendo el eje de la acción, la contraofensiva de los obreros para impedir que los patronos reduzcan los salarios y aumenten la jornada de trabajo. Fuera de esto, cada partido y cada organización obrera conserva sus postulados doctrinales y sus tácticas, como igualmente su más amplia libertad de crítica.

Vivas discusiones suscita aún la táctica del frente único. Por incomprendión unos, por ciego fanatismo sectario otros, por habilidades de bastardo interés los profesionales del obrerismo, contra esta táctica se dispara furiosamente desde distintos campos. Ciertamente que las Internacionales de Moscú no hubieran lanzado al mundo la consigna del frente único si se hubiese respondido más decididamente al gigantesco esfuerzo de los rusos. La táctica preferida entonces hubiera sido la que primeramente desarrollaron dichas Internacionales contra todo y contra todos; pero ¿qué culpa tienen ellas de que los acontecimientos no se hayan producido

como esperaban? Se encontraron con esta realidad: el hundimiento de la república soviética de Hungría á poco de instaurarse; la paralización del movimiento revolucionario en Alemania después de la revolución de Baviera, y como consecuencia de esto y del fracaso de las conmociones de Italia, la ofensiva general del capitalismo contra el proletariado de todos los países para arrebatarle las concesiones que le había otorgado al salir de la gran guerra, en 1919 y 1920, ante el temor de perderlo todo. Esta realidad—la ofensiva del capitalismo internacional de un lado y la paralización del movimiento revolucionario de otro—impuso la necesidad del frente único para contener el avance del enemigo. «La estrategia de la lucha de clases— como muy bien dice Lozovsky—no es menos complicada que la estrategia militar moderna.»

Ante la ofensiva mundial de la burguesía contra el proletariado, es absolutamente indispensable la concentración de éste en un frente de común defensa. Después, las circunstancias señalarán la táctica que convenga seguir. Así lo entienden la Internacional Comunista y la Internacional Sindical Roja. Seguramente acabarán por entenderlo del mismo modo los obreros de todos los países, que nada hay como la realidad para guiar al hombre por las rutas de su destino.

Síntoma halagüeño de esta afirmación es la actitud de Eddo Fimmen, secretario de la Internacional de Amsterdam y de la Internacional de Transportes. Con una sinceridad que no logró infundir completamente cuando en la Conferencia de esta última celebrada en Berlín en mayo de este año puso su firma al lado de la de Lozovsky en una resolución de frente único, en el Congreso celebrado después por las Trade Unions pronunció un discurso que es un alegato formidable contra los líderes colaboracionistas. Eddo Fimmen ha dicho que los trabajadores de todos los países han sido engañados y traicionados, que se han asesinado mutuamente en la guerra en beneficio exclusivo de los capitalistas, que la reacción adviene más fuerte que nunca para aplastar el movimiento obrero y que sólo manteniéndose unidos todos los trabajadores serán capaces de triunfar sobre el capitalismo e imponer la libertad y el Socialismo en el mundo.

Esta actitud de Fimmen impulsará, indudablemente, la formación del frente único internacional, reduciendo la influencia de los socialdemócratas sobre las masas y atrayendo á éstas al campo revolucionario.

Colaboracionismo y lucha de clases

Este tema del colaboracionismo y la lucha de clases se debatió ya en el seno del Partido Socialista cuando todavía convivían en él los hombres que por dignidad mental y por exigencias imperiosas de su espíritu tuvieron que abandonarle para luchar en los cuadros de la Tercera Internacional. Verificado el desprendimiento, que produjo, entre otros efectos, una intensificación del sentido conservador en dicho partido, no le preocupa ya á éste, realmente, el citado tema. Su táctica colaboracionista, afirmada en multitud de sus actuaciones, dibuja con toda claridad el criterio que mantiene en esta materia. Si acaso, alguna pretensión teórica, asomando débilmente á las columnas de sus órganos de publicidad, puede extraviar el juicio de los que no examinan atentamente el desarrollo de las agrupaciones políticas, pero ello no puede estimarse más que como habilidad, y las habilidades no deben valorarse cuando se estudian seriamente los problemas que

agitan la conciencia humana. La verdad: ese es el valor eterno de las cosas.

El colaboracionismo de obreros y patronos para resolver las cuestiones del trabajo es la secuela de la política reformista. Si se admite que la transformación de la sociedad ha de verificarse en virtud de una serie de reformas y no por una revolución que ponga el Poder en manos de la clase trabajadora; si en teoría se formulan concepciones radicales y en la práctica se escalonan programas mínimos de realizaciones sucesivas, forzosamente hay que colaborar con la burguesía, estableciendo entre ésta y el proletariado lazos de mutua confianza. Si, por el contrario, se cree que por medio de reformas jamás ha de liberarse el proletariado y que el régimen capitalista ha entrado en la última fase de su descomposición, habrá que apartarse completamente de la burguesía, luchando contra ella en campo propio y no prestándose á servir de instrumento en el intrincado mecanismo de la sociedad capitalista, donde libran cruentas batallas muchos intereses que no son de los trabajadores.

El colaboracionismo es la antítesis de la lucha de clases. Son dos tácticas que se repelen. Se objetará: pero es que la lucha de clases es una resultante de la actual constitución económica de la sociedad, y como hecho, como principio reconocido, no puede

determinar una táctica. A la objeción corresponde argüir lo siguiente: cierto que es un hecho, pero con él hay que concordar la acción, y la acción—que es táctica, como la concepción de los hechos es doctrina—será de lucha de clases si el proletariado no establece contactos con la burguesía y será colaboracionista si entre las dos clases, burguesía y proletariado, se procuran sistemáticamente soluciones que armonicen los intereses de ambas, antagónicos por su propia naturaleza. Radeck, que une á su calidad de teórico formidable la voluntad de acción característica de los comunistas rusos, definió con gran precisión la táctica revolucionaria al señalar la evolución del Socialismo de la Ciencia á la acción. No basta explicar científicamente los hechos, exponer doctrina; es necesario, además, concordar la acción con la naturaleza de los hechos mismos. Y esta es la diferencia que existe entre socialistas de un lado y comunistas y sindicalistas de otro: los primeros, en el campo de las especulaciones teóricas llegan á radicales aspiraciones, pero en las realidades cotidianas colaboran con la burguesía; los segundos, definen teóricamente sus concepciones ideológicas, diferentes en algunos puntos, pero en el movimiento obrero, en su dinamismo, huyn del colaboracionismo, practican en toda su pureza la lucha de clases; es decir, que

corresponden la teoría con la acción, la doctrina con la táctica. Es en el campo del socialismo vienesés y del sindicalismo amsterdámiano donde se da la paradoja de declarar en pugna los intereses de los obreros con los de los patronos y á la par enlazarlos en una colaboración tan descarada que no hay modo ya de disimular.

La táctica colaboracionista, desvirtuadora de ideas y corruptora de hombres, perfectamente delineada está en la actuación de los socialistas reformistas, que la desenvuelven en múltiples modalidades inconfundibles. La táctica de lucha de clases, en la que se refleja en toda su pureza la idealidad marxista, la desarrollan los comunistas y los sindicalistas, y se caracteriza por una adusta acción desarrollada directamente contra la burguesía y el Estado capitalista.

¿Cuál de estas dos tácticas conducirá al proletariado á su emancipación? Si miramos, con Marx, el fondo de la Historia—lucha eterna de las clases, que decide en cada período el triunfo de la más energética y capacitada—habrá que elegir la que desarrollan los comunistas y los sindicalistas. Si la trama de la Historia la forman las ideas abstractas y el determinismo económico no es más que una fantasía marxista, habrá que aceptar la de los socialistas reformistas, colaborando con la burguesía para dar solución á los pro-

blemas inmediatos y reformar la sociedad sin sacudidas violentas. La realidad histórica de nuestros días—el hecho ruso—resuelve la cuestión á favor de la táctica revolucionaria. Es esta otra de las convicciones que obtuve en el país de los Soviets. En aquella fuente de enseñanzas eternas se aprende más en poco tiempo que en muchos años de estudio sobre los libros. Y es que allí los problemas, al pasar por el tamiz de la experiencia, ofrecen una comprensión más perfecta. Mi viaje á Rusia, del que he traído impresiones imborrables, me ha servido para contrastar en la realidad de una Revolución triunfante muchas cosas que ahora veo en mi inteligencia con más claridad que antes.

FIN

INDICE

Páginas

Explicación preliminar.....	5
Prólogo	7
Impresiones de un viaje á Rusia.....	17
Interviú con una revolucionaria rusa.....	59
Una discusión presidida por Casanellas.....	69
Controversia con el P. Gafo.....	77
Juan Jaurés.....	237
El frente único.....	243
Colaboracionismo y lucha de clases.....	249